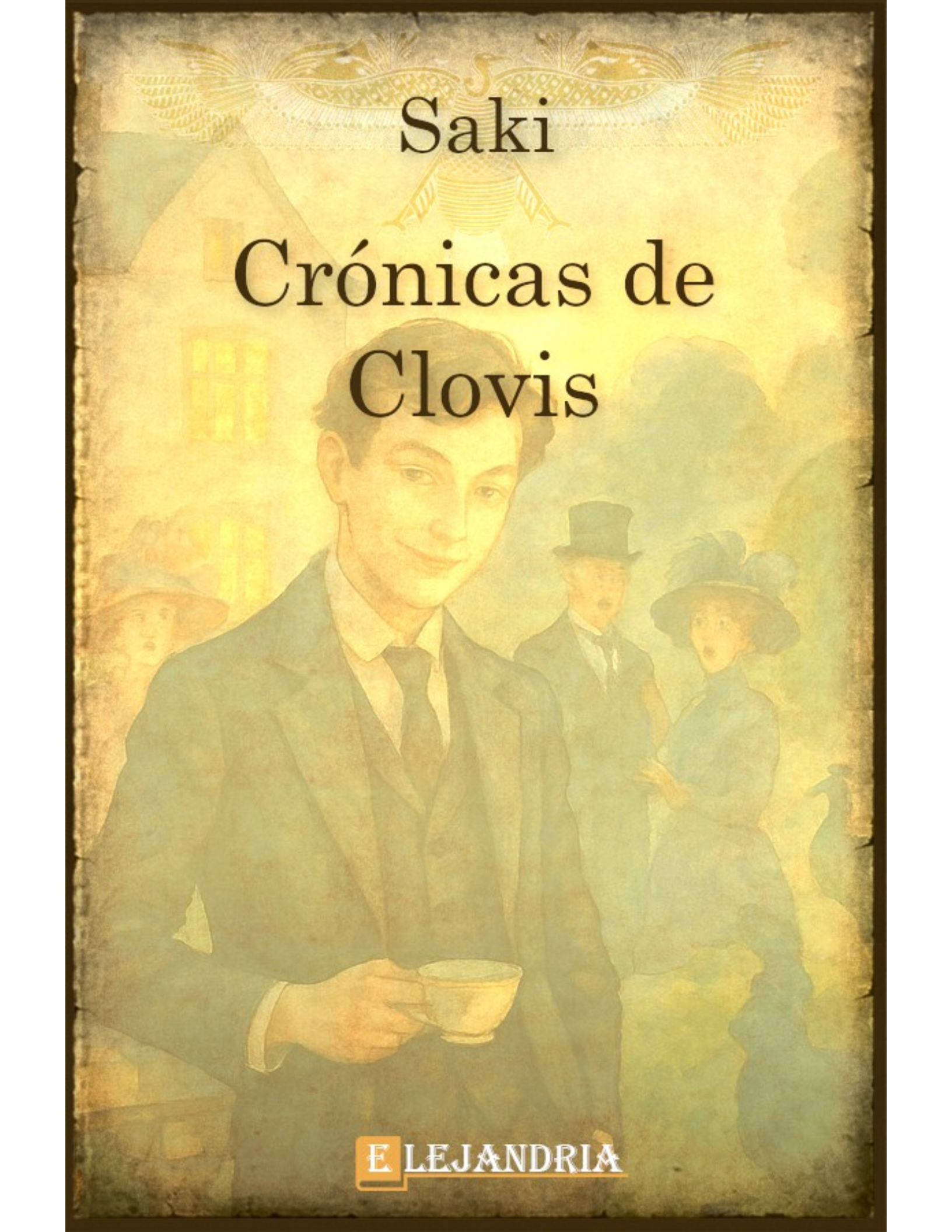




Saki

Crónicas de Clovis

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

CRÓNICAS DE CLOVIS

SAKI

**PUBLICADO: 1845
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

INTRODUCCIÓN POR A. A. MILNE

Hay cosas buenas que queremos compartir con el mundo y cosas buenas que preferimos guardar para nosotros. El secreto de nuestro restaurante favorito, por ejemplo, se guarda celosamente de todos, salvo de unos pocos íntimos; el secreto, por poner un caso contrario, de nuestro remedio infalible para el mareo se le impone a todo viajero que nos encontramos, aunque no sea más que un conocido casual a punto de cruzar el Serpentine. Lo mismo ocurre con nuestros libros. Hay libros muy queridos de los que parloteamos con un vecino en la cena, insistiendo en que comparta nuestro deleite; y hay otros libros, igualmente queridos, de los que no decimos nada, por temor a que el elogio ajeno abarate la gloria de nuestro descubrimiento. Los libros de «Saki» pertenecían, al menos para mí, a la segunda categoría.

Fue en la *WESTMINSTER GAZETTE* donde lo descubrí (me gusta recordarlo ahora) casi tan pronto como fue descubrible. Dediquemos un momento, y una lágrima, a aquellos días dorados de principios del siglo XX, cuando había cinco periódicos vespertinos de lectura pausada en los que el escritor independiente podía graduarse, y podía hablar de su Alma Mater, ya fuera el *GLOBE* o el *PALL MALL*, con tanto orgullo como, no dudaba, el *GLOBE* o el *PALL MALL* hablarían un día de él. Yo mismo, recién salido del *ST. JAMES'*, no era demasiado orgulloso para interesarme, con cierta lástima, por los hombres de otras universidades. El nombre inusual de un novato en el *WESTMINSTER* atrajo mi atención; leí lo que tenía que decir;

y solo recitando rápidamente con los ojos cerrados los nombres de nuestros propios exalumnos famosos, empezando con confianza por Barrie y terminando, ya con muchas dudas, conmigo mismo, fui capaz de conservar mi ecuanimidad. Más tarde, se oyó decir que este estudiante de ultramar había ingresado a una edad más avanzada de lo habitual; y así como se sabe que los hombres de Cambridge se quejan de la madurez de los becarios Rhodes de Oxford, uno sentía que este escritor independiente del *WESTMINSTER*, ya en la treintena, no era un competidor adecuado para la juventud de otras universidades. De hecho, no podía competir.

Bueno, lo descubrí, pero solo hablé de él a unos pocos, a los favorecidos. Pudo haber sido mi incertidumbre (que aún persiste) sobre si se llamaba Sayki, Sahki o Sakki lo que me hizo tan poco generoso con su nombre, o pudo haber sido el sentimiento de que los demás no eran dignos de él; pero ¡qué reconfortante era cuando un extraño intelectualmente engreído decía «¿Lee usted a Saki?» responder, con la misma pronunciación y una condescendencia aún mayor: «¡Saki! ¡Ha sido mi autor favorito durante años!».

Una extraña y exótica criatura, este Saki, para los muchos otros que intentábamos hacer lo mismo. Porque nosotros éramos tan domésticos, y él, tan atterradoramente cosmopolita. Mientras nosotros nos hacíamos los graciosos, como estaba planeado, con gemelos y bolsas de agua caliente, él era mucho más gracioso con hombres lobo y tigres. Nuestros pequeños diálogos eran entre John y Mary; los suyos, y cuánto mejores, entre Bertie van Tahn y la Baronesa. Incluso el intruso más casual en uno de sus bocetos, como podría ser nuestro Tomkins, tenía que llamarse Belturbet o de Ropp, y para su héroe, un hombre de mundo hastiado a los diecisiete años, nada menos emocionante que Clovis Sangrail sería suficiente. En nuestra envidia, a veces nos habremos preguntado si no sería mucho más fácil ser gracioso con tigres que con gemelos; si la descuidada crueldad de Saki, esa extraña insensibilidad juvenil suya, no le daba una ventaja injusta en la búsqueda de la risa. Pudo haber sido así; pero, afortunadamente, nuestros esfuerzos por ser graciosos al estilo de Saki no han sobrevivido para demostrarlo.

¿Cuál es el estilo de Saki, cuál es su talismán mágico? Como todo artista digno de consideración, no tenía una receta. Si su exótica elección de temas fue a menudo su fuerza, a menudo fue su debilidad; si su insensibilidad lo llevó, a veces, a la victoria, lo llevó, otras veces, a la derrota. No creo que posea esa «maestría del *conte*» —al menos en este libro— que algunos le

han atribuido. Tal maestría implica una pasión por el orden que no formaba parte del equipamiento del juvenil Saki. Deja cabos sueltos por todas partes. Tampoco en su diálogo, por delicioso que sea a menudo, por divertido que sea casi siempre, es el maestro supremo; con demasiada frecuencia se convierte en un monólogo juiciosamente alimentado, con un personaje dando y el otro recibiendo. Pero en el comentario, en la referencia, en la descripción, en cada desarrollo de su historia, tiene una elección de palabras, una «manera de decir las cosas» que es tan inevitablemente de su propia cosecha como, una vez probada, se convierte en la cosecha privada del conocedor.

Tomemos una o dos muestras de «Saki, 1911».

«Las primeras etapas de la cena habían pasado. Se habían consultado las cartas de vinos, por algunos con el desconcierto inexpresivo de un colegial al que de repente se le pide que ubique a un Profeta Menor en el enmarañado interior del Antiguo Testamento, por otros con el severo escrutinio que sugiere que han visitado la mayoría de los vinos más caros en sus propias casas y han sondeado sus debilidades familiares.»

«Ubicar» es la palabra agradable aquí. Aún más satisfactoria, en la historia del hombre que fue tatuado «desde la clavícula hasta la cintura con una resplandeciente representación de la Caída de Ícaro», es la palabra «privilegio»:

«El diseño, una vez desarrollado, fue una ligera decepción para Monsieur Deplis, quien había sospechado que Ícaro era una fortaleza tomada por Wallenstein en la Guerra de los Treinta Años, pero quedó más que satisfecho con la ejecución de la obra, que fue aclamada por todos los que tuvieron el privilegio de verla como la obra maestra de Pincini.»

Esta historia, *EL TRASFONDO*, y *EL TIGRE DE LA SEÑORA PACKLE-TIDE* me parecen las obras maestras de este libro. En ambas, Clovis ejerce, innecesariamente, su derecho titular de entrada, pero se le puede eliminar sin daño alguno, dejando a Saki en su mejor y más característica versión, salvo que muestra aquí, además de sus propias cualidades brillantes, una compacidad y un acabado que no siempre logró. Con estas os lo presento, confiado en que diez minutos de su conversación, más seguramente que cualquier palabra mía, le habrán dado la libertad de vuestra casa.

A. A. MILNE.

ESMÉ

—Todas las historias de caza son iguales —dijo Clovis—; al igual que todas las historias de carreras de caballos son iguales, y todas...

—Mi historia de caza no se parece en nada a ninguna que hayas oído —dijo la Baronesa—. Sucedió hace bastante tiempo, cuando yo tenía unos veintitrés años. Entonces no vivía separada de mi marido; verás, ninguno de los dos podía permitirse pagarle al otro una asignación. A pesar de todo lo que puedan decir los proverbios, la pobreza mantiene unidos más hogares de los que rompe. Pero siempre cazábamos con jaurías diferentes. Todo esto no tiene nada que ver con la historia.

—Todavía no hemos llegado a la reunión. Supongo que hubo una reunión —dijo Clovis.

—Por supuesto que hubo una reunión —dijo la Baronesa—; estaba toda la multitud de siempre, especialmente Constance Broddle. Constance es una de esas chicas corpulentas y rubicundas que quedan tan bien con el paisaje otoñal o las decoraciones navideñas en la iglesia. «Tengo el presentimiento de que algo terrible va a suceder», me dijo; «¿estoy pálida?».

—Estaba tan pálida como una remolacha que de repente ha recibido malas noticias.

—«Estás más guapa de lo habitual», le dije, «pero eso es tan fácil para ti». Antes de que hubiera entendido bien el alcance de mi comentario, nos habíamos puesto manos a la obra; los sabuesos habían encontrado un zorro escondido en unos tojos.

—Lo sabía —dijo Clovis—, en todas las historias de caza de zorros que he oído, ha habido un zorro y unos tojos.

—Constance y yo íbamos bien montadas —continuó la Baronesa serenamente—, y no tuvimos dificultad en mantenernos en el primer grupo, aunque fue una carrera bastante dura. Hacia el final, sin embargo, debimos de seguir una línea demasiado independiente, pues perdimos a los sabuesos y nos encontramos avanzando sin rumbo a millas de distancia de cualquier lugar. Era bastante exasperante, y mi genio empezaba a desatarse poco a poco, cuando al abrirnos paso a través de un seto complaciente, nos alegró la vista de los sabuesos en plena persecución en una hondonada justo debajo de nosotras.

—«¡Ahí van!», exclamó Constance, y luego añadió con un jadeo: «Por el amor de Dios, ¿qué están cazando?».

—Ciertamente no era un zorro mortal. Era más del doble de alto, tenía una cabeza corta y fea, y un cuello enorme y grueso.

—«¡Es una hiena!», grité; «debe de haberse escapado del parque de Lord Pabham».

—En ese momento, la bestia perseguida se volvió y se enfrentó a sus perseguidores, y los sabuesos (solo había unas seis parejas de ellos) se quedaron en semicírculo y parecieron desconcertados. Evidentemente, se habían separado del resto de la jauría siguiendo este rastro extraño, y no estaban muy seguros de cómo tratar a su presa ahora que la tenían.

—La hiena saludó nuestra llegada con un alivio inconfundible y demostraciones de amabilidad. Probablemente había estado acostumbrada a la amabilidad constante de los humanos, mientras que su primera experiencia con una jauría de sabuesos le había dejado una mala impresión. Los sabuesos parecían más desconcertados que nunca mientras su presa hacía alarde de su repentina intimidación con nosotras, y el débil sonido de un cuerno en la distancia fue aprovechado como una bienvenida señal para una partida discreta. Constance, yo y la hiena nos quedamos solas en el crepúsculo que se cernía.

—«¿Qué vamos a hacer?», preguntó Constance.

—«¡Qué persona más preguntona eres!», dije yo.

— «Bueno, no podemos quedarnos aquí toda la noche con una hiena», replicó ella.

— «No sé cuáles son tus ideas de comodidad», le dije, «pero no se me ocurriría quedarme aquí toda la noche ni siquiera sin una hiena. Mi hogar puede que sea infeliz, pero al menos tiene agua corriente, fría y caliente, servicio doméstico y otras comodidades que no encontraríamos aquí. Será mejor que nos dirijamos a esa cresta de árboles a la derecha; imagino que la carretera de Crowley está justo detrás».

— Nos pusimos en marcha lentamente por un camino de carros apenas visible, con la bestia siguiéndonos alegremente a los talones.

— «¿Qué diablos vamos a hacer con la hiena?», llegó la pregunta inevitable.

— «¿Qué se hace generalmente con las hienas?», pregunté enfadada.

— «Nunca he tenido nada que ver con una», dijo Constance.

— «Bueno, yo tampoco. Si al menos supiéramos su sexo, podríamos ponerle un nombre. Quizá podríamos llamarla Esmé. Serviría en cualquier caso».

— Todavía había suficiente luz diurna para distinguir los objetos del camino, y nuestro ánimo apático se reavivó al encontrarnos con un niño gitano, pequeño y medio desnudo, que recogía moras de un arbusto bajo. La repentina aparición de dos amazonas y una hiena lo hizo ponerse a llorar, y en cualquier caso, apenas habríamos obtenido información geográfica útil de esa fuente; pero existía la probabilidad de que nos topáramos con un campamento gitano en algún punto de nuestra ruta. Continuamos cabalgando con esperanza pero sin incidentes durante una milla más o menos.

— «Me pregunto qué estaría haciendo ese niño allí», dijo Constance al cabo de un rato.

— «Recogiendo moras. Obviamente».

— «No me gusta cómo lloraba», prosiguió Constance; «de alguna manera su lamento sigue resonando en mis oídos».

— No reprendí a Constance por sus fantasías morbosas; de hecho, la misma sensación, la de ser perseguida por un gemido persistente y lastimero, se

había estado abriendo paso en mis nervios bastante fatigados. Para tener compañía, llamé a Esmé, que se había quedado algo rezagado. Con unos pocos saltos elásticos, se puso a nuestro nivel y luego pasó de largo.

—El acompañamiento lastimero quedó explicado. El niño gitano estaba firmemente, y supongo que dolorosamente, sujeto entre sus mandíbulas.

—«¡Cielo santo!», gritó Constance, «¿qué diablos vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?».

—Estoy completamente segura de que en el Juicio Final Constance hará más preguntas que cualquiera de los serafines examinadores.

—«¿No podemos hacer algo?», insistió entre lágrimas, mientras Esmé galopaba con facilidad delante de nuestros caballos cansados.

—Personalmente, yo estaba haciendo todo lo que se me ocurría en ese momento. Grité, regañé y engatusé en inglés, francés y lenguaje de guardabosques; di cortes absurdos e ineficaces en el aire con mi fusta sin tralla; le arrojé mi sandwichera a la bestia; de hecho, realmente no sé qué más podría haber hecho. Y aun así seguíamos avanzando pesadamente a través del crepúsculo cada vez más profundo, con esa forma oscura y tosca avanzando delante de nosotras, y un zumbido de música lúgubre flotando en nuestros oídos. De repente, Esmé saltó a un lado hacia unos arbustos espesos, donde no podíamos seguirlo; el gemido se convirtió en un chillido y luego cesó por completo. Esta parte de la historia siempre la cuento deprisa, porque es francamente horrible. Cuando la bestia se unió a nosotras de nuevo, tras una ausencia de unos minutos, había un aire de paciente comprensión en él, como si supiera que había hecho algo que desaprobábamos, pero que él sentía que era totalmente justificable.

—«¿Cómo puedes dejar que esa bestia voraz trote a tu lado?», preguntó Constance. Parecía más que nunca una remolacha albina.

—«En primer lugar, no puedo evitarlo», dije; «y en segundo lugar, sea lo que sea, dudo que esté voraz en este momento».

—Constance se estremeció. «¿Crees que el pobrecito sufrió mucho?», llegó otra de sus preguntas inútiles.

—«Todos los indicios apuntaban a ello», dije; «por otro lado, por supuesto, puede que estuviera llorando de pura rabieta. Los niños a veces lo

hacen».

—Era casi noche cerrada cuando emergimos de repente a la carretera principal. El destello de unas luces y el zumbido de un motor pasaron junto a nosotras en el mismo instante, a una distancia incómodamente cercana. Un golpe seco y un agudo chillido siguieron un segundo después. El coche se detuvo, y cuando volví al lugar, encontré a un joven inclinado sobre una masa oscura e inmóvil que yacía junto a la carretera.

—«Ha matado a mi Esmé», exclamé con amargura.

—«Lo siento muchísimo», dijo el joven; «yo también tengo perros, así que sé cómo debe sentirse. Haré lo que pueda para compensarla».

—«Por favor, entiérrelo de inmediato», dije; «creo que es lo mínimo que puedo pedirle».

—«Trae la pala, William», le gritó al chófer. Evidentemente, los entierros apresurados junto a la carretera eran contingencias que se habían previsto.

—Cavar una fosa lo suficientemente grande llevó algún tiempo. «Vaya, qué magnífico ejemplar», dijo el automovilista mientras el cadáver era rodado hacia la zanja. «Me temo que debía ser un animal bastante valioso».

—«Quedó segundo en la clase de cachorros en Birmingham el año pasado», dije con resolución.

—Constance resopló ruidosamente.

—«No llores, querida», dije con la voz quebrada; «todo terminó en un instante. No pudo haber sufrido mucho».

—«Mire», dijo el joven desesperadamente, «tiene que dejarme hacer algo a modo de compensación».

—Me negué dulcemente, pero como insistió, le di mi dirección.

—Por supuesto, guardamos para nosotras los episodios anteriores de la velada. Lord Pabham nunca anunció la pérdida de su hiena; cuando un animal estrictamente frugívoro se extravió de su parque uno o dos años antes, se le exigió una compensación en once casos de ataques a ovejas y prácticamente tuvo que repoblar los gallineros de sus vecinos, y una hiena escapada habría ascendido a algo de la escala de una subvención gubernamental. Los gitanos fueron igualmente discretos sobre su descendencia desaparecida; no

supongo que en campamentos grandes sepan realmente, con un margen de un niño o dos, cuántos tienen.

La Baronesa hizo una pausa reflexiva y luego continuó:

—Hubo una secuela de la aventura, sin embargo. Recibí por correo un encantador broche de diamantes, con el nombre Esmé engastado en una ramita de romero. Incidentalmente, también perdí la amistad de Constance Broddle. Verá, cuando vendí el broche, me negué, con toda razón, a darle parte alguna de las ganancias. Le señalé que la parte de Esmé en el asunto fue invención mía, y la parte de la hiena le pertenecía a Lord Pabham, si es que realmente era su hiena, de lo cual, por supuesto, no tengo ninguna prueba.

LA CASAMENTERA

El reloj de la parrilla dio las once con la discreción respetuosa de quien tiene por misión en la vida ser ignorado. Cuando el paso del tiempo hiciera realmente imperativas la abstinencia y la migración, el sistema de iluminación lo señalaría de la manera habitual.

Seis minutos después, Clovis se acercó a la mesa de la cena, con la bendita expectación de quien ha cenado someramente y hace mucho tiempo.

—Me muero de hambre —anunció, haciendo un esfuerzo por sentarse con gracia y leer el menú al mismo tiempo.

—Eso me pareció —dijo su anfitrión—, por el hecho de que fuiste casi puntual. Debería haberte dicho que soy un reformista alimentario. He pedido dos cuencos de pan con leche y unas galletas saludables. Espero que no te importe.

Clovis fingió después que no se puso blanco por encima del cuello de la camisa ni por una fracción de segundo.

—Aun así —dijo—, no deberías bromear sobre esas cosas. Realmente existe gente así. He conocido a gente que los ha conocido. Pensar en todas las cosas adorables que hay para comer en el mundo, y luego pasar por la vida masticando serrín y estando orgulloso de ello.

—Son como los flagelantes de la Edad Media, que iban por ahí mortificándose.

—Ellos tenían alguna excusa —dijo Clovis—. Lo hacían para salvar sus almas inmortales, ¿no? No me dirás que un hombre al que no le gustan las

ostras, los espárragos y los buenos vinos tiene alma, ni estómago tampoco. Simplemente tiene el instinto de ser infeliz muy desarrollado.

Clovis se sumergió durante unos momentos dorados en tiernas intimidades con una sucesión de ostras que desaparecían rápidamente.

—Creo que las ostras son más hermosas que cualquier religión —reanudó al poco—. No solo perdonan nuestra crueldad hacia ellas; la justifican, nos incitan a seguir siendo perfectamente horribles con ellas. Una vez que llegan a la mesa, parecen entrar de lleno en el espíritu del asunto. No hay nada en el cristianismo o el budismo que iguale el altruismo comprensivo de una ostra. ¿Te gusta mi nuevo chaleco? Lo estreno esta noche.

—Se parece a muchos otros que has tenido últimamente, solo que peor. Los chalecos de cena nuevos se están convirtiendo en un hábito para ti.

—Dicen que uno siempre paga por los excesos de su juventud; afortunadamente, eso no es cierto con la ropa. Mi madre está pensando en casarse.

—¡Otra vez!

—Es la primera vez.

—Por supuesto, tú deberías saberlo. Tenía la impresión de que se había casado una o dos veces al menos.

—Tres veces, para ser matemáticamente exactos. Quería decir que es la primera vez que ha *pensado* en casarse; las otras veces lo hizo sin pensar. De hecho, soy yo quien está pensando por ella en este caso. Verás, han pasado ya dos años desde que murió su último marido.

—Evidentemente, piensas que la brevedad es el alma de la viudez.

—Bueno, me pareció que se estaba deprimiendo y empezando a sentar la cabeza, lo cual no le iría nada bien. El primer síntoma que noté fue cuando empezó a quejarse de que vivíamos por encima de nuestras posibilidades. Toda la gente decente vive por encima de sus posibilidades hoy en día, y los que no son respetables viven por encima de las de los demás. Unos pocos individuos dotados consiguen hacer ambas cosas.

—Apenas es un don, es más bien una industria.

—La crisis llegó —replicó Clovis—, cuando de repente empezó con la teoría de que trasnochar era malo para uno, y quería que estuviera en casa a la una todas las noches. Imagina algo así para mí, que cumplí dieciocho en mi último cumpleaños.

—En tus dos últimos cumpleaños, para ser matemáticamente exactos.

—Oh, bueno, eso no es culpa mía. No voy a cumplir diecinueve mientras mi madre siga en los treinta y siete. Hay que guardar las apariencias.

—Quizá tu madre envejecería un poco en el proceso de sentar la cabeza.

—Eso es lo último en lo que pensaría. Las reformas femeninas siempre empiezan por los defectos de los demás. Por eso estaba tan entusiasmado con la idea del marido.

—¿Llegaste a seleccionar al caballero, o simplemente lanzaste una idea general y confiaste en la fuerza de la sugestión?

—Si uno quiere que algo se haga con prisa, tiene que encargarse uno mismo. Encontré a un militarote que andaba sin rumbo fijo por el club y lo llevé a comer a casa un par de veces. Había pasado la mayor parte de su vida en la frontera india, construyendo carreteras, aliviando hambrunas, minimizando terremotos y todo ese tipo de cosas que uno hace en las fronteras. Podía hablarle con sensatez a una cobra malhumorada en quince idiomas nativos, y probablemente sabía qué hacer si te encontrabas un elefante salvaje en tu campo de croquet; pero era tímido y apocado con las mujeres. Le dije a mi madre en privado que era un absoluto misógino; así que, por supuesto, ella se dedicó a coquetear con todo su saber, que no es poco.

—¿Y fue receptivo el caballero?

—He oído que le dijo a alguien en el club que estaba buscando un puesto en las colonias, con mucho trabajo duro, para un joven amigo suyo, así que deduzco que tiene alguna idea de emparentar con la familia.

—Parece que estás destinado a ser la víctima de la reforma, después de todo.

Clovis se limpió el rastro de café turco y el comienzo de una sonrisa de los labios, y bajó lentamente el párpado diestro. Lo que, interpretado, probablemente significaba: «¡NO lo creo!».

TOBERMORY

Era una tarde fría y lluviosa de un día de finales de agosto, esa estación indefinida en la que las perdices todavía están a salvo o en cámaras frigoríficas, y no hay nada que cazar —a menos que uno esté limitado al norte por el Canal de Bristol, en cuyo caso se puede galopar legalmente tras gordos ciervos rojos—. La reunión en casa de Lady Blemley no estaba limitada al norte por el Canal de Bristol, por lo que había una reunión completa de sus invitados alrededor de la mesa del té en esa tarde en particular. Y, a pesar de la vacuidad de la estación y la trivialidad de la ocasión, no había rastro en la compañía de esa inquieta fatiga que significa un temor a la pianola y un anhelo reprimido por el bridge de subasta. La atención abierta y sin disimulo de todo el grupo estaba fija en la personalidad sencilla y anodina del señor Cornelius Appin. De todos sus invitados, él era el que había llegado a casa de Lady Blemley con la reputación más vaga. Alguien había dicho que era «listo», y había recibido su invitación con la moderada expectativa, por parte de su anfitriona, de que al menos una parte de su listeza contribuyera al entretenimiento general. Hasta la hora del té de ese día, ella no había podido descubrir en qué dirección, si es que en alguna, residía su listeza. No era ni un ingenio ni un campeón de croquet, ni una fuerza hipnótica ni un creador de teatro aficionado. Tampoco su exterior sugería el tipo de hombre en quien las mujeres están dispuestas a perdonar una generosa medida de deficiencia mental. Se había reducido a ser simplemente el señor Appin, y el Cornelius parecía una transparente fanfarronada bautismal. Y ahora afirmaba haber lanzado al mundo un descubrimiento junto al cual la invención de la pólvora, de la imprenta y de la locomoción a vapor eran nimiedades. La ciencia había dado pasos desconcertantes en muchas direc-

ciones durante las últimas décadas, pero esto parecía pertenecer al dominio del milagro más que al del logro científico.

—¿Y de verdad nos pide que creamos —decía Sir Wilfrid— que ha descubierto un medio para instruir a los animales en el arte del habla humana, y que el bueno de Tobermory ha resultado ser su primer alumno exitoso?

—Es un problema en el que he trabajado durante los últimos diecisiete años —dijo el señor Appin—, pero solo durante los últimos ocho o nueve meses he sido recompensado con atisbos de éxito. Por supuesto, he experimentado con miles de animales, pero últimamente solo con gatos, esas maravillosas criaturas que se han asimilado tan maravillosamente a nuestra civilización conservando todos sus instintos ferales altamente desarrollados. De vez en cuando, entre los gatos, uno se encuentra con un intelecto superior destacado, al igual que ocurre entre la masa de seres humanos, y cuando conocí a Tobermory hace una semana, vi de inmediato que estaba en contacto con un «gato excepcional» de inteligencia extraordinaria. Había avanzado mucho en el camino hacia el éxito en experimentos recientes; con Tobermory, como lo llaman ustedes, he alcanzado la meta.

El señor Appin concluyó su notable declaración con una voz de la que se esforzó en despojar cualquier inflexión triunfante. Nadie dijo «¡Bah!», aunque los labios de Clovis se movieron en una contorsión monosilábica que probablemente invocaba a esos roedores de la incredulidad.

—¿Y quiere decir —preguntó la señorita Resker, tras una breve pausa— que le ha enseñado a Tobermory a decir y entender frases fáciles de una sílaba?

—Mi querida señorita Resker —dijo el hacedor de maravillas con paciencia—, uno enseña a los niños pequeños, a los salvajes y a los adultos atrasados de esa manera fragmentaria; cuando uno ha resuelto el problema de empezar con un animal de inteligencia altamente desarrollada, no necesita esos métodos vacilantes. Tobermory puede hablar nuestro idioma con perfecta corrección.

Esta vez Clovis dijo muy claramente: «¡Más que bah!». Sir Wilfrid fue más educado, pero igualmente escéptico.

—¿No sería mejor que trajéramos al gato y juzgáramos por nosotros mismos? —sugirió Lady Blemley.

Sir Wilfrid fue en busca del animal, y la compañía se acomodó con la lánguida expectativa de presenciar una ventriloquia de salón más o menos hábil.

En un minuto, Sir Wilfrid estaba de vuelta en la habitación, con el rostro pálido bajo el bronceado y los ojos dilatados por la excitación.

—¡Por Dios, es verdad!

Su agitación era inequívocamente genuina, y sus oyentes se inclinaron hacia adelante en un escalofrío de interés despertado.

Desplomándose en un sillón, continuó sin aliento: —Lo encontré durmiendo en el salón de fumar y lo llamé para que viniera a tomar el té. Me parpadeó a su manera habitual, y le dije: «Vamos, Toby; no nos hagas esperar»; y, ¡por Dios!, ¡dijo arrastrando las palabras con una voz horriblemente natural que vendría cuando le diera la real gana! ¡Casi me salgo de mi pellejo!

Appin había predicado a oyentes absolutamente incrédulos; la declaración de Sir Wilfrid produjo una convicción instantánea. Se levantó un coro similar al de Babel de exclamaciones de sorpresa, en medio del cual el científico se sentó, disfrutando en silencio del primer fruto de su estupendo descubrimiento.

En medio del clamor, Tobermory entró en la habitación y se abrió paso con paso de terciopelo y estudiada despreocupación hacia el grupo sentado alrededor de la mesa del té.

Un súbito silencio de incomodidad y tensión cayó sobre la compañía. De alguna manera, parecía haber un elemento de embarazo en dirigirse en términos de igualdad a un gato doméstico de reconocida habilidad dental.

—¿Quieres un poco de leche, Tobermory? —preguntó Lady Blemley con una voz bastante forzada.

—No me importaría —fue la respuesta, expresada en un tono de pareja indiferencia. Un escalofrío de excitación reprimida recorrió a los oyentes, y se podía excusar a Lady Blemley por servir el platillo de leche con bastante poca firmeza.

—Me temo que he derramado bastante —dijo a modo de disculpa.

—Después de todo, no es mi alfombra de Axminster —fue la réplica de Tobermory.

Otro silencio cayó sobre el grupo, y entonces la señorita Resker, con sus mejores modales de visitadora de distrito, preguntó si el lenguaje humano había sido difícil de aprender. Tobermory la miró fijamente por un momento y luego fijó su mirada serenamente en la media distancia. Era obvio que las preguntas aburridas quedaban fuera de su esquema de vida.

—¿Qué opinas de la inteligencia humana? —preguntó Mavis Pellington débilmente.

—¿De la inteligencia de quién en particular? —preguntó Tobermory fríamente.

—Oh, bueno, de la mía, por ejemplo —dijo Mavis, con una risa débil.

—Me pone usted en una posición embarazosa —dijo Tobermory, cuyo tono y actitud ciertamente no sugerían ni una pizca de embarazo—. Cuando se sugirió su inclusión en esta reunión, Sir Wilfrid protestó diciendo que era usted la mujer más descerebrada que conocía, y que había una gran distinción entre la hospitalidad y el cuidado de los débiles mentales. Lady Blemley replicó que su falta de capacidad cerebral era precisamente la cualidad que le había valido la invitación, ya que era la única persona en la que podía pensar que fuera lo suficientemente idiota como para comprar su viejo coche. Ya sabe, ese que llaman «La envidia de Sísifo», porque sube las cuentas bastante bien si lo empujas.

Las protestas de Lady Blemley habrían tenido mayor efecto si no le hubiera sugerido casualmente a Mavis esa misma mañana que el coche en cuestión sería perfecto para ella en su casa de Devonshire.

El comandante Barfield se lanzó pesadamente para desviar la atención.

—¿Y qué me dices de tus tejemanejes con la gata carey de las caballerizas, eh?

En el momento en que lo dijo, todos se dieron cuenta del error.

—Normalmente no se discuten estos asuntos en público —dijo Tobermory frígidamente—. Por una ligera observación de sus costumbres desde que está en esta casa, me imagino que le resultaría inconveniente que yo desviara la conversación hacia sus propios asuntillos.

El pánico que siguió no se limitó al comandante.

—¿Te gustaría ir a ver si la cocinera tiene lista tu cena? —sugirió Lady Blemley apresuradamente, fingiendo ignorar que faltaban al menos dos horas para la hora de la cena de Tobermory.

—Gracias —dijo Tobermory—, no tan pronto después de mi té. No quiero morir de indigestión.

—Los gatos tienen siete vidas, ya sabes —dijo Sir Wilfrid cordialmente.

—Posiblemente —respondió Tobermory—, pero solo un hígado.

—¡Adelaide! —dijo la señora Cornett—, ¿piensas animar a ese gato a que salga a cotillear sobre nosotros en el cuarto de los criados?

El pánico se había vuelto general. Una estrecha barandilla ornamental corría delante de la mayoría de las ventanas de los dormitorios en The Towers, y se recordó con consternación que esta había sido un paseo favorito para Tobermory a todas horas, desde donde podía observar a las palomas —y sabe Dios qué más—. Si tenía la intención de volverse rememorador en su actual tono franco, el efecto sería algo más que desconcertante. La señora Cornett, que pasaba mucho tiempo en su tocador y cuya tez tenía fama de ser de disposición nómada aunque puntual, parecía tan incómoda como el comandante. La señorita Scrawen, que escribía poesía ferozmente sensual y llevaba una vida intachable, simplemente mostró irritación; si eres metódica y virtuosa en privado, no necesariamente quieres que todo el mundo lo sepa. Bertie van Tahn, que era tan depravado a los diecisiete años que hacía tiempo que había renunciado a intentar ser peor, se puso de un tono blanco gardenia apagado, pero no cometió el error de salir corriendo de la habitación como Odo Finsberry, un joven caballero que se suponía que estaba estudiando para la Iglesia y que posiblemente estaba preocupado por los escándalos que podría oír sobre otras personas. Clovis tuvo la presencia de ánimo de mantener una compostura exterior; en privado, estaba calculando cuánto tiempo tardaría en conseguir una caja de ratones de colores a través de la agencia del *EXCHANGE AND MART* como una especie de soborno para guardar silencio.

Incluso en una situación delicada como la presente, Agnes Resker no podía soportar permanecer demasiado tiempo en segundo plano.

—¿Por qué vine aquí? —preguntó dramáticamente.

Tobermory aceptó inmediatamente la oportunidad.

—A juzgar por lo que le dijo a la señora Cornett en el campo de croquet ayer, venía por la comida. Describió a los Blemley como la gente más aburrida con la que quedarse que conocía, pero dijo que eran lo suficientemente listos como para contratar a una cocinera de primera; de lo contrario, les resultaría difícil conseguir que alguien volviera por segunda vez.

—¡No hay ni una palabra de verdad en ello! Apelo a la señora Cornett...
—exclamó la desconcertada Agnes.

—La señora Cornett repitió su comentario después a Bertie van Tahn — continuó Tobermory —, y dijo: «Esa mujer es una auténtica manifestante del hambre; iría a cualquier parte por cuatro comidas decentes al día», y Bertie van Tahn dijo...

En este punto, la crónica cesó misericordiosamente. Tobermory había vislumbrado al gran gato amarillo de la rectoría abriéndose paso a través de los arbustos hacia el ala de las caballerizas. En un instante, había desaparecido a través de la puerta vidriera abierta.

Con la desaparición de su demasiado brillante alumno, Cornelius Appin se vio acosado por un huracán de amargos reproches, ansiosas preguntas y súplicas asustadas. La responsabilidad de la situación recaía sobre él, y debía evitar que las cosas empeoraran. ¿Podría Tobermory impartir su peligroso don a otros gatos? fue la primera pregunta que tuvo que responder. Era posible, replicó, que hubiera iniciado a su íntima amiga, la gata de las caballerizas, en su nueva habilidad, pero era poco probable que su enseñanza hubiera alcanzado un rango más amplio por el momento.

—Entonces —dijo la señora Cornett—, Tobermory puede que sea un gato valioso y una gran mascota; pero estoy segura de que estarás de acuerdo, Adelaide, en que tanto él como la gata de las caballerizas deben ser eliminados sin demora.

—No supondrás que he disfrutado del último cuarto de hora, ¿verdad? —dijo Lady Blemley con amargura—. Mi marido y yo queremos mucho a Tobermory —al menos, lo queríamos antes de que se le infundiera esta horrible habilidad; pero ahora, por supuesto, lo único que se puede hacer es mandarlo sacrificar lo antes posible.

—Podemos poner un poco de estricnina en las sobras que siempre recibe a la hora de la cena —dijo Sir Wilfrid—, y yo mismo iré a ahogar a la gata de las caballerizas. Al cochero le dolerá mucho perder a su mascota, pero diré que ha brotado una forma muy contagiosa de sarna en ambos gatos y tememos que se extienda a las perreras.

—¡Pero mi gran descubrimiento! —protestó el señor Appin—; después de todos mis años de investigación y experimentación...

—Puede ir a experimentar con las shorthorn de la granja, que están bajo el debido control —dijo la señora Cornett—, o con los elefantes del Jardín Zoológico. Se dice que son muy inteligentes, y tienen la recomendación de que no andan merodeando por nuestros dormitorios y debajo de las sillas, y demás.

Un arcángel proclamando extasiado el Milenio, y luego descubriendo que chocaba imperdonablemente con Henley y que tendría que ser pospuesto indefinidamente, difícilmente podría haberse sentido más abatido que Cornelius Appin ante la recepción de su maravilloso logro. La opinión pública, sin embargo, estaba en su contra; de hecho, si se hubiera consultado la voz general sobre el tema, es probable que un fuerte voto minoritario hubiera estado a favor de incluirlo en la dieta de estricnina.

Unos horarios de tren defectuosos y un nervioso deseo de ver las cosas terminadas impidieron una dispersión inmediata del grupo, pero la cena de esa noche no fue un éxito social. Sir Wilfrid había pasado un mal rato con la gata de las caballerizas y posteriormente con el cochero. Agnes Resker limitó ostentosamente su cena a un trozo de tostada seca, que mordió como si fuera un enemigo personal; mientras que Mavis Pellington mantuvo un silencio vengativo durante toda la comida. Lady Blemley mantuvo un flujo de lo que esperaba que fuera conversación, pero su atención estaba fija en la puerta. Un plato lleno de sobras de pescado cuidadosamente dosificadas estaba listo en el aparador, pero los dulces, el plato salado y el postre pasaron, y no apareció ningún Tobermory ni en el comedor ni en la cocina.

La cena sepulcral fue alegre en comparación con la vigilia posterior en el salón de fumar. Comer y beber al menos habían proporcionado una distracción y un manto para el embarazo reinante. El bridge estaba fuera de lugar en la tensión general de nervios y temperamentos, y después de que Odo Finsberry diera una lúgubre interpretación de «Mélisande en el bosque» a

un público frígido, la música se evitó tácitamente. A las once, los criados se fueron a la cama, anunciando que la pequeña ventana de la despensa se había dejado abierta como de costumbre para el uso privado de Tobermory. Los invitados leyeron concienzudamente el lote actual de revistas, y recurrieron gradualmente a la «Biblioteca Badminton» y a los volúmenes encuadernados de *PUNCH*. Lady Blemley hacía visitas periódicas a la despensa, regresando cada vez con una expresión de depresión apática que anticipaba cualquier pregunta.

A las dos, Clovis rompió el silencio dominante.

—No aparecerá esta noche. Probablemente esté en la redacción del periódico local en este preciso momento, dictando la primera entrega de sus memorias. El libro de Lady Fulana de Tal no tendrá nada que hacer. Será el acontecimiento del día.

Habiendo hecho esta contribución al regocijo general, Clovis se fue a la cama. A largos intervalos, los diversos miembros de la reunión siguieron su ejemplo.

Los criados que llevaban el té de la mañana hicieron un anuncio uniforme en respuesta a una pregunta uniforme. Tobermory no había regresado.

El desayuno fue, si cabe, una función más desagradable que la cena, pero antes de su conclusión la situación se alivió. El cadáver de Tobermory fue traído desde los arbustos, donde un jardinero acababa de descubrirlo. Por las mordeduras en su garganta y el pelaje amarillo que cubría sus garras, era evidente que había caído en un combate desigual con el gran gato de la rectoría.

A mediodía, la mayoría de los invitados habían abandonado The Towers, y después del almuerzo, Lady Blemley había recuperado el ánimo lo suficiente como para escribir una carta extremadamente desagradable a la rectoría sobre la pérdida de su valiosa mascota.

Tobermory había sido el único alumno exitoso de Appin, y estaba destinado a no tener sucesor. Pocas semanas después, un elefante del Jardín Zoológico de Dresde, que no había mostrado signos previos de irritabilidad, se soltó y mató a un inglés que aparentemente lo había estado molestando. El nombre de la víctima fue reportado diversamente en los periódicos como

Oppin y Eppelin, pero su nombre de pila fue fielmente transcrito como Cornelius.

—Si estaba intentando usar los verbos irregulares alemanes con la pobre bestia —dijo Clovis—, se merecía todo lo que le pasó.

EL TIGRE DE LA SEÑORA PACKLETIDE

Era el placer y la intención de la señora Packletide cazar un tigre. No es que el ansia de matar la hubiera poseído de repente, ni que sintiera que dejaría la India más segura y saludable de lo que la había encontrado, con una fracción menos de fieras por cada millón de habitantes. El motivo imperioso de su repentina desviación hacia los pasos de Nimrod fue el hecho de que Loona Bimberton había sido recientemente transportada once millas en un aeroplano por un aviador argelino, y no hablaba de otra cosa; solo una piel de tigre conseguida personalmente y una copiosa cosecha de fotografías de prensa podrían contrarrestar con éxito ese tipo de cosas. La señora Packletide ya había planeado en su mente el almuerzo que daría en su casa de Curzon Street, ostensiblemente en honor de Loona Bimberton, con una alfombra de piel de tigre ocupando la mayor parte del primer plano y toda la conversación. También había diseñado ya en su mente el broche de garra de tigre que le iba a regalar a Loona Bimberton en su próximo cumpleaños. En un mundo que se supone que está principalmente regido por el hambre y por el amor, la señora Packletide era una excepción; sus movimientos y motivos estaban en gran medida gobernados por su animadversión hacia Loona Bimberton.

Las circunstancias resultaron propicias. La señora Packletide había ofrecido mil rupias por la oportunidad de cazar un tigre sin demasiado riesgo ni esfuerzo, y dio la casualidad de que un pueblo vecino podía jactarse de ser el punto de encuentro predilecto de un animal de respetables antecedentes,

que se había visto obligado por las crecientes flaquezas de la edad a abandonar la caza mayor y limitar su apetito a los animales domésticos más pequeños. La perspectiva de ganar las mil rupias había estimulado el instinto deportivo y comercial de los aldeanos; se apostaban niños día y noche en las afueras de la jungla local para hacer retroceder al tigre en el improbable caso de que intentara vagar hacia nuevos terrenos de caza, y se dejaban cabras de las más baratas con un elaborado descuido para mantenerlo satisfecho en su actual morada. La única gran ansiedad era que muriera de viejo antes de la fecha fijada para la cacería de la memsahib. Las madres que llevaban a sus bebés a casa a través de la jungla después del trabajo del día en los campos acallaban sus cantos para no perturbar el sueño reparador del venerable ladrón de rebaños.

La gran noche llegó puntualmente, iluminada por la luna y sin nubes. Se había construido una plataforma en un árbol cómodo y convenientemente situado, y allí se agazapaban la señora Packletide y su acompañante pagada, la señorita Mebbin. Una cabra, dotada de un balido particularmente persistente, como el que incluso un tigre parcialmente sordo podría razonablemente esperar oír en una noche tranquila, fue atada a la distancia correcta. Con un rifle de mira precisa y una baraja de solitarios en miniatura, la deportista esperaba la llegada de la presa.

—Supongo que corremos algún peligro —dijo la señorita Mebbin.

No estaba realmente nerviosa por la fiera, pero tenía un temor mórbido a realizar un átomo más de servicio del que le habían pagado.

—Tonterías —dijo la señora Packletide—; es un tigre muy viejo. No podría saltar hasta aquí aunque quisiera.

—Si es un tigre viejo, creo que debería conseguirlo más barato. Mil rupias es mucho dinero.

Louisa Mebbin adoptaba una actitud protectora de hermana mayor hacia el dinero en general, independientemente de la nacionalidad o denominación. Su enérgica intervención había salvado muchos rublos de disiparse en propinas en algún hotel de Moscú, y los francos y céntimos se aferraban a ella instintivamente en circunstancias que los habrían ahuyentado de manos menos simpáticas. Sus especulaciones sobre la depreciación del mercado de los restos de tigre fueron interrumpidas por la aparición en escena

del propio animal. Tan pronto como avistó a la cabra atada, se tumbó en el suelo, aparentemente menos por un deseo de aprovechar toda la cobertura disponible que con el propósito de tomarse un breve descanso antes de comenzar el gran ataque.

—Creo que está enfermo —dijo Louisa Mebbin, en voz alta en indostaní, para el beneficio del jefe del pueblo, que estaba emboscado en un árbol vecino.

—¡Chist! —dijo la señora Packletide, y en ese momento el tigre comenzó a caminar pesadamente hacia su víctima.

—¡Ahora, ahora! —instó la señorita Mebbin con cierta excitación—; si no toca a la cabra, no tenemos que pagarla. (El cebo era un extra).

El rifle destelló con un fuerte estruendo, y la gran bestia de color leonado saltó a un lado y luego rodó en la quietud de la muerte. En un momento, una multitud de nativos excitados había invadido la escena, y sus gritos llevaron rápidamente la buena nueva al pueblo, donde el redoble de los tam-tams retomó el coro de triunfo. Y su triunfo y regocijo encontraron un eco inmediato en el corazón de la señora Packletide; ya esa comida en Curzon Street parecía inmensurablemente más cercana.

Fue Louisa Mebbin quien llamó la atención sobre el hecho de que la cabra estaba en las últimas, con una herida de bala mortal, mientras que no se encontraba rastro alguno de la obra letal del rifle en el tigre. Evidentemente, se había acertado al animal equivocado, y la bestia de presa había sucumbido a un fallo cardíaco, causado por el súbito estruendo del rifle, acelerado por la decadencia senil. La señora Packletide estaba perdonablemente molesta por el descubrimiento; pero, en cualquier caso, era la poseedora de un tigre muerto, y los aldeanos, ansiosos por sus mil rupias, consintieron gustosamente en la ficción de que ella había matado a la bestia. Y la señorita Mebbin era una acompañante pagada. Por lo tanto, la señora Packletide se enfrentó a las cámaras con el corazón ligero, y su fama retratada llegó desde las páginas del *TEXAS WEEKLY SNAPSHOT* hasta el suplemento ilustrado del lunes del *NOVOE VREMYA*. En cuanto a Loona Bimberton, se negó a mirar un periódico ilustrado durante semanas, y su carta de agradecimiento por el regalo de un broche de garra de tigre fue un modelo de emociones reprimidas. Rechazó la comida; hay límites más allá de los cuales las emociones reprimidas se vuelven peligrosas.

Desde Curzon Street, la alfombra de piel de tigre viajó hasta la Casa Solariega, y fue debidamente inspeccionada y admirada por la alta sociedad del condado, y pareció algo apropiado y adecuado cuando la señora Packletide fue al Baile de Disfraces del Condado con el personaje de Diana. Se negó, sin embargo, a seguir la tentadora sugerencia de Clovis de una fiesta de baile primitiva, en la que todos llevarían las pieles de las bestias que hubieran matado recientemente. —Estaría en una condición bastante parecida a la del conejito Bunting —confesó Clovis—, con una miserable piel de conejo o dos para abrigarme, pero entonces —añadió, con una mirada bastante maliciosa a las proporciones de Diana—, mi figura es tan buena como la de ese bailarín ruso.

—Qué divertido sería para todos si supieran lo que realmente pasó —dijo Louisa Mebbin unos días después del baile.

—¿Qué quieres decir? —preguntó rápidamente la señora Packletide.

—Cómo mató a la cabra y asustó al tigre hasta la muerte —dijo la señorita Mebbin, con su risa desagradablemente agradable.

—Nadie lo creería —dijo la señora Packletide, su rostro cambiando de color tan rápidamente como si estuviera pasando por un libro de muestras antes de la hora del correo.

—Loona Bimberton lo creería —dijo la señorita Mebbin. El rostro de la señora Packletide se fijó en un tono blanco verdoso poco favorecedor.

—Seguro que no me delatarías, ¿verdad? —preguntó ella.

—He visto una casita de fin de semana cerca de Dorking que me gustaría bastante comprar —dijo la señorita Mebbin con aparente irrelevancia—. Seiscientos ochenta, en propiedad. Toda una ganga, solo que no tengo el dinero.

La bonita casita de fin de semana de Louisa Mebbin, bautizada por ella «Les Fauves», y alegre en verano con sus arriates de lirios tigre, es la maravilla y admiración de sus amigos.

—Es una maravilla cómo Louisa se las arregla —es el veredicto general.

La señora Packletide ya no se entrega a la caza mayor.

—Los gastos imprevistos son muy elevados —confía a los amigos que preguntan.

LA ESTAMPIDA DE LADY BASTABLE

—Sería bastante amable por tu parte que alojaras a Clovis otros seis días mientras yo voy al norte con los MacGregor —dijo la señora Sangrail somnolientamente sobre la mesa del desayuno. Era su plan invariable hablar con una voz somnolienta y cómoda cada vez que estaba inusualmente interesada en algo; pillaba a la gente con la guardia baja, y con frecuencia accedían a sus deseos antes de haberse dado cuenta de que realmente estaba pidiendo algo. Lady Bastable, sin embargo, no era tan fácil de tomar desprevenida; posiblemente conocía esa voz y lo que presagiaba —en cualquier caso, conocía a Clovis.

Frunció el ceño ante una tostada y se la comió muy lentamente, como si deseara transmitir la impresión de que el proceso le dolía más a ella que a la tostada; pero ninguna extensión de hospitalidad en nombre de Clovis brotó de sus labios.

—Sería una gran comodidad para mí —prosiguió la señora Sangrail, abandonando el tono despreocupado—. Particularmente no quiero llevarlo a casa de los MacGregor, y solo serán seis días.

—Parecerá más tiempo —dijo Lady Bastable con tristeza—. La última vez que se quedó aquí una semana...

—Lo sé —interrumpió la otra apresuradamente—, pero eso fue hace casi dos años. Era más joven entonces.

—Pero no ha mejorado —dijo su anfitriona—; de nada sirve envejecer si solo aprendes nuevas formas de portarte mal.

La señora Sangrail no pudo discutir el punto; desde que Clovis había alcanzado la edad de diecisiete años, no había dejado de lamentar su irreprimible rebeldía ante todo su círculo de conocidos, y un escepticismo cortés habría saludado el más mínimo indicio de una futura reforma. Descartó el infructuoso esfuerzo de engatusamiento y recurrió al soborno manifiesto.

—Si lo tienes aquí estos seis días, cancelaré esa cuenta de bridge pendiente.

Era solo por cuarenta y nueve chelines, pero Lady Bastable amaba los chelines con un amor grande y fuerte. Perder dinero en el bridge y no tener que pagarlo era una de esas raras experiencias que daban a la mesa de juego un encanto a sus ojos que de otro modo nunca podría haber poseído. La señora Sangrail era casi igualmente devota de sus ganancias en las cartas, pero la perspectiva de alojar convenientemente a su vástago durante seis días, y de paso ahorrarle el billete de tren al norte, la reconcilió con el sacrificio; cuando Clovis hizo una aparición tardía en la mesa del desayuno, el trato ya estaba cerrado.

—Imagínate —dijo la señora Sangrail somnolientamente—; Lady Bastable ha tenido la amabilidad de pedirte que te quedes aquí mientras yo voy a casa de los MacGregor.

Clovis dijo cosas apropiadas de una manera muy inapropiada, y procedió a hacer expediciones punitivas entre los platos del desayuno con un ceño fruncido en el rostro que habría ahuyentado el ronroneo de una conferencia de paz. El arreglo que se había concluido a sus espaldas le resultaba doblemente desagradable. En primer lugar, deseaba particularmente enseñar a los chicos MacGregor, que bien podían permitirse el conocimiento, a jugar al póquer-solitario; en segundo lugar, el servicio de comidas de los Bastable era del tipo que se clasifica como una abundancia ruda, que Clovis traducía como una abundancia que da lugar a comentarios rudos. Observándolo desde detrás de párpados ostentosamente somnolientos, su madre se dio cuenta, a la luz de una larga experiencia, de que cualquier regocijo por el éxito de su maniobra sería claramente prematuro. Una cosa era encajar a Clovis en un nicho conveniente del rompecabezas doméstico; otra muy distinta era conseguir que se quedara allí.

Lady Bastable solía retirarse con solemnidad al salón de la mañana inmediatamente después del desayuno y pasar una hora tranquila ojeando los periódicos; estaban allí, así que más valía sacarles provecho. La política no le interesaba mucho, pero estaba obsesionada con un presentimiento favorito de que uno de estos días habría una gran convulsión social, en la que todos serían asesinados por todos los demás. «Llegará antes de lo que pensamos», observaba sombríamente; un experto matemático de poderes excepcionalmente altos se habría visto en apuros para calcular la fecha aproximada a partir de la base delgada y confusa que esta afirmación proporcionaba.

En esta mañana en particular, la vista de Lady Bastable entronizada entre sus periódicos le dio a Clovis la pista que su mente había estado buscando durante todo el desayuno. Su madre había subido a supervisar las operaciones de empaque, y él estaba solo en la planta baja con su anfitriona — y los criados —. Estos últimos eran la clave de la situación. Irrumpiendo salvajemente en las dependencias de la cocina, Clovis gritó una llamada frenética aunque estrictamente no comprometedora: — ¡Pobre Lady Bastable! ¡En el salón de la mañana! ¡Oh, rápido! —. Al instante siguiente, el mayordomo, la cocinera, el botones, dos o tres doncellas y un jardinero que casualmente se encontraba en una de las cocinas exteriores lo seguían en una apresurada carrera tras Clovis mientras se dirigía de nuevo al salón de la mañana. Lady Bastable fue despertada del mundo de la sabiduría periodística al oír cómo un biombo japonés en el vestíbulo se derrumbaba con estrépito. Luego, la puerta que conducía del vestíbulo se abrió de golpe y su joven invitado irrumpió como un loco por la habitación, le gritó al pasar: «¡La *jacquerie*! ¡Están sobre nosotros!», y salió disparado como un halcón fugitivo por la puerta vidriera. La asustada turba de criados irrumpió tras él, el jardinero todavía aferrando la hoz con la que había estado podando los setos, y el ímpetu de su precipitada prisa los llevó, resbalando y deslizándose, sobre el liso suelo de parqué hacia la silla donde su ama estaba sentada con un asombro lleno de pánico. Si se le hubiera concedido un momento para reflexionar, se habría comportado, como explicó más tarde, con considerable dignidad. Probablemente fue la hoz lo que la decidió, pero de todos modos siguió la iniciativa que Clovis le había dado a través de la puerta vidriera, y corrió bien y lejos por el césped ante los ojos de sus asombrados sirvientes.

La dignidad perdida no es una posesión que pueda restaurarse en un instante, y tanto Lady Bastable como el mayordomo encontraron el proceso de volver a las condiciones normales casi tan doloroso como una lenta recuperación de un ahogamiento. Una *jacquerie*, incluso si se lleva a cabo con las intenciones más respetuosas, no puede dejar de dejar algunos rastros de embarazo a su paso. A la hora del almuerzo, sin embargo, el decoro se había reafirmado con un rigor realzado como un rebote natural de su reciente derrocamiento, y la comida se sirvió con una solemnidad frígida que podría haber sido enmarcada en un modelo bizantino. A mitad de su duración, a la señora Sangrail se le presentó solemnemente un sobre sobre una bandeja de plata. Contenía un cheque por cuarenta y nueve chelines.

Los chicos MacGregor aprendieron a jugar al póquer-solitario; después de todo, podían permitírselo.

EL TRASFONDO

—La jerga artística de esa mujer me cansa —dijo Clovis a su amigo periodista—. Le gusta mucho hablar de ciertos cuadros como si «le crecieran a uno», como si fueran una especie de hongo.

—Eso me recuerda —dijo el periodista— la historia de Henri Deplis. ¿Te la he contado alguna vez?

Clovis negó con la cabeza.

—Henri Deplis era, por nacimiento, natural del Gran Ducado de Luxemburgo. Tras una reflexión más madura, se convirtió en viajante de comercio. Sus actividades comerciales lo llevaban con frecuencia más allá de los límites del Gran Ducado, y se encontraba en una pequeña ciudad del norte de Italia cuando le llegaron noticias de casa de que una herencia de un pariente lejano y fallecido había caído en sus manos.

—No era una gran herencia, ni siquiera desde el modesto punto de vista de Henri Deplis, pero lo impulsó a algunas extravagancias aparentemente inofensivas. En particular, lo llevó a patrocinar el arte local representado por las agujas de tatuar del Signor Andreas Pincini. El Signor Pincini era, quizás, el más brillante maestro del arte del tatuaje que Italia había conocido, pero sus circunstancias eran decididamente empobrecidas, y por la suma de seiscientos francos se comprometió gustosamente a cubrir la espalda de su cliente, desde la clavícula hasta la cintura, con una resplandeciente representación de la Caída de Ícaro. El diseño, una vez desarrollado, fue una ligera decepción para Monsieur Deplis, quien había sospechado que Ícaro era una fortaleza tomada por Wallenstein en la Guerra de los Treinta Años, pero

quedó más que satisfecho con la ejecución de la obra, que fue aclamada por todos los que tuvieron el privilegio de verla como la obra maestra de Pincini.

—Fue su mayor esfuerzo, y el último. Sin siquiera esperar a que le pagaran, el ilustre artesano partió de esta vida, y fue enterrado bajo una ornamentada lápida, cuyos querubines alados habrían ofrecido singularmente poco campo para el ejercicio de su arte favorito. Quedaba, sin embargo, la viuda Pincini, a quien se le debían los seiscientos francos. Y entonces surgió la gran crisis en la vida de Henri Deplis, viajante de comercio. La herencia, bajo la presión de numerosas pequeñas demandas sobre su sustancia, había menguado a proporciones muy insignificantes, y cuando se pagó una apremiante factura de vino y varias otras cuentas corrientes, quedaron poco más de 430 francos para ofrecer a la viuda. La dama se indignó debidamente, no del todo, como explicó volublemente, por la sugerencia de cancelar 170 francos, sino también por el intento de depreciar el valor de la reconocida obra maestra de su difunto esposo. En una semana, Deplis se vio obligado a reducir su oferta a 405 francos, circunstancia que avivó la indignación de la viuda hasta convertirla en furia. Canceló la venta de la obra de arte, y unos días después Deplis se enteró con una sensación de consternación de que la había donado a la municipalidad de Bérgamo, que la había aceptado agradecidamente. Abandonó la zona tan discretamente como pudo, y se sintió genuinamente aliviado cuando sus negocios lo llevaron a Roma, donde esperaba que su identidad y la del famoso cuadro se perdieran de vista.

—Pero llevaba sobre su espalda la carga del genio del hombre muerto. Al presentarse un día en el humeante pasillo de un baño de vapor, fue inmediatamente devuelto a sus ropas por el propietario, que era del norte de Italia, y que se negó enfáticamente a permitir que la célebre Caída de Ícaro se exhibiera públicamente sin el permiso de la municipalidad de Bérgamo. El interés público y la vigilancia oficial aumentaron a medida que el asunto se hizo más conocido, y Deplis no podía darse un simple chapuzón en el mar o en el río en la tarde más calurosa a menos que estuviera vestido hasta la clavícula con un sustancial traje de baño. Más tarde, las autoridades de Bérgamo concibieron la idea de que el agua salada podría ser perjudicial para la obra maestra, y se obtuvo una orden judicial perpetua que prohibía al muy acosado viajante de comercio bañarse en el mar bajo cualquier cir-

cunstancia. En conjunto, estaba fervientemente agradecido cuando su empresa le encontró un nuevo campo de actividades en los alrededores de Burdeos. Su agradecimiento, sin embargo, cesó bruscamente en la frontera franco-italiana. Un imponente despliegue de fuerza oficial le impidió la salida, y se le recordó severamente la estricta ley que prohíbe la exportación de obras de arte italianas.

—Siguió una conversación diplomática entre los gobiernos de Luxemburgo e Italia, y en un momento dado la situación europea se ensombreció con las posibilidades de conflicto. Pero el gobierno italiano se mantuvo firme; se negó a preocuparse en lo más mínimo por la fortuna o incluso la existencia de Henri Deplis, viajante de comercio, pero fue inamovible en su decisión de que la Caída de Ícaro (del difunto Pincini, Andreas), actualmente propiedad de la municipalidad de Bérgamo, no saliera del país.

—La excitación se calmó con el tiempo, pero el desafortunado Deplis, que era de una disposición constitucionalmente reservada, se encontró unos meses después, una vez más, en el centro de una furiosa controversia. Cierta experto en arte alemán, que había obtenido de la municipalidad de Bérgamo permiso para inspeccionar la famosa obra maestra, la declaró un Pincini espurio, probablemente obra de algún alumno que había empleado en sus años de declive. El testimonio de Deplis sobre el tema era obviamente inútil, ya que había estado bajo la influencia de los narcóticos habituales durante el largo proceso de grabado del diseño. El editor de una revista de arte italiana refutó las afirmaciones del experto alemán y se comprometió a demostrar que su vida privada no se ajustaba a ningún estándar moderno de decencia. Toda Italia y Alemania se vieron arrastradas a la disputa, y el resto de Europa pronto se vio envuelta en la querella. Hubo escenas tormentosas en el Parlamento español, y la Universidad de Copenhague otorgó una medalla de oro al experto alemán (enviando después una comisión para examinar sus pruebas in situ), mientras que dos colegas polacos en París se suicidaron para mostrar lo que ELLOS pensaban del asunto.

—Mientras tanto, el infeliz trasfondo humano no lo pasaba mejor que antes, y no fue sorprendente que derivara hacia las filas de los anarquistas italianos. Al menos cuatro veces fue escoltado a la frontera como un extranjero peligroso e indeseable, pero siempre fue devuelto como la Caída de Ícaro (atribuida a Pincini, Andreas, principios del siglo XX). Y entonces un día, en un congreso anarquista en Génova, un compañero de trabajo, en el

fragor del debate, le rompió un frasco lleno de líquido corrosivo en la espalda. La camisa roja que llevaba mitigó los efectos, pero el Ícaro quedó arruinado sin posibilidad de reconocimiento. Su agresor fue severamente reprendido por agredir a un compañero anarquista y recibió siete años de prisión por desfigurar un tesoro artístico nacional. Tan pronto como pudo salir del hospital, Henri Deplis fue puesto al otro lado de la frontera como un extranjero indeseable.

—En las calles más tranquilas de París, especialmente en las cercanías del Ministerio de Bellas Artes, a veces se puede encontrar a un hombre deprimido y de aspecto ansioso que, si le das los buenos días, te responderá con un ligero acento luxemburgués. Alimenta la ilusión de que es uno de los brazos perdidos de la Venus de Milo, y espera que el gobierno francés pueda ser persuadido de comprarlo. Sobre todos los demás temas, creo que es tolerablemente cuerdo.

HERMANN EL IRASCIBLE — UNA HISTORIA DEL GRAN LLANTO

Fue en la segunda década del siglo XX, después de que la Gran Plaga devastara Inglaterra, cuando Hermann el Irascible, apodado también el Sabio, se sentó en el trono británico. La Enfermedad Mortal había barrido a toda la Familia Real, hasta la tercera y cuarta generación, y así fue como Hermann XIV de Sajonia-Drachsen-Wachtelstein, que ocupaba el trigésimo lugar en el orden de sucesión, se encontró un día gobernante de los dominios británicos dentro y fuera de los mares. Fue una de esas cosas inesperadas que suceden en la política, y sucedió con gran minuciosidad. En muchos sentidos, fue el monarca más progresista que se había sentado en un trono importante; antes de que la gente supiera dónde estaba, ya estaba en otro lugar. Incluso sus ministros, progresistas como eran por tradición, encontraban difícil seguir el ritmo de sus sugerencias legislativas.

—De hecho —admitió el Primer Ministro—, estamos obstaculizados por estas criaturas del voto para las mujeres; perturban nuestras reuniones en todo el país, e intentan convertir Downing Street en una especie de merendero político.

—Hay que ocuparse de ellas —dijo Hermann.

—Ocuparse de ellas —dijo el Primer Ministro—; exactamente, justo así; pero, ¿cómo?

—Le redactaré un proyecto de ley —dijo el Rey, sentándose a su máquina de escribir—, que decrete que las mujeres votarán en todas las futuras elecciones. *Votarán*, observe usted; o, para decirlo más claramente, *deberán*. El voto seguirá siendo opcional, como antes, para los electores varones; pero toda mujer entre las edades de veintiún y setenta años estará obligada a votar, no solo en las elecciones al Parlamento, los consejos de condado, las juntas de distrito, los consejos parroquiales y las municipalidades, sino también para forenses, inspectores escolares, guardas de iglesia, curadores de museos, autoridades sanitarias, intérpretes de tribunales de policía, instructores de piscinas, contratistas, directores de coro, superintendentes de mercado, profesores de escuelas de arte, sacristanes de catedral y otros funcionarios locales cuyos nombres añadiré a medida que se me ocurran. Todos estos cargos se volverán electivos, y el no votar en cualquier elección que caiga dentro de su área de residencia implicará para la electora una multa de 10 libras. La ausencia, no respaldada por un certificado médico adecuado, no será aceptada como excusa. Apruebe este proyecto de ley en las dos Cámaras del Parlamento y tráigamelo para su firma pasado mañana.

Desde el principio, el Sufragio Femenino Obligatorio produjo poca o ninguna euforia, incluso en los círculos que más habían clamado por el voto. La mayor parte de las mujeres del país se habían mostrado indiferentes u hostiles a la agitación sufragista, y las sufragistas más fanáticas comenzaron a preguntarse qué habían encontrado tan atractivo en la perspectiva de meter papeletas en una urna. En los distritos rurales, la tarea de llevar a cabo las disposiciones de la nueva ley era bastante fastidiosa; en los pueblos y ciudades se convirtió en una carga. Lavanderas y costureras tenían que apresurarse a dejar su trabajo para ir a votar, a menudo por un candidato cuyo nombre no habían oído antes, y a quien seleccionaban al azar; empleadas y camareras se levantaban más temprano para votar antes de ir a sus lugares de trabajo. Las mujeres de la alta sociedad encontraron sus planes impedidos y trastornados por la continua necesidad de asistir a los colegios electorales, y las fiestas de fin de semana y las vacaciones de verano se convirtieron gradualmente en un lujo masculino. En cuanto a El Cairo y la Riviera, solo eran posibles para inválidos genuinos o personas de enorme riqueza, pues la acumulación de multas de 10 libras durante una ausencia prolongada era una contingencia que ni siquiera la gente normalmente adinerada podía permitirse arriesgar.

No es de extrañar que la agitación por la privación del derecho al voto femenino se convirtiera en un movimiento formidable. La Liga No-Votos-para-Mujeres contaba con sus adherentes femeninas por millones; sus colores, cidra y rubia de Holanda envejecida, se ostentaban por doquier, y su himno de batalla, «No queremos votar», se convirtió en un estribillo popular. Como el Gobierno no mostraba signos de dejarse impresionar por la persuasión pacífica, se pusieron en boga métodos más violentos. Se perturbaron reuniones, se acosó a ministros, se mordió a policías y se rechazó la comida ordinaria de la prisión, y en la víspera del aniversario de Trafalgar, las mujeres se ataron en hileras a lo largo de toda la columna de Nelson, de modo que su habitual decoración floral tuvo que ser abandonada. Aun así, el Gobierno se aferró obstinadamente a su convicción de que las mujeres debían tener el voto.

Entonces, como último recurso, alguna mujer ingeniosa dio con un expediente en el que era extraño que nadie hubiera pensado antes. Se organizó el Gran Llanto. Relevos de mujeres, diez mil a la vez, lloraban continuamente en los lugares públicos de la metrópoli. Lloraban en las estaciones de tren, en el metro y en los autobuses, en la Galería Nacional, en los Almacenes del Ejército y la Marina, en el Parque de St. James, en conciertos de baladas, en Prince's y en la Burlington Arcade. El hasta entonces ininterrumpido éxito de la brillante comedia farsesca «El conejo de Henry» se vio amenazado por la presencia de mujeres que lloraban lúgubrementemente en el patio de butacas, el círculo y la galería, y uno de los casos de divorcio más brillantes que se habían juzgado en muchos años fue despojado de gran parte de su chispa por el comportamiento lacrimoso de una sección del público.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el Primer Ministro, cuya cocinera había llorado en todos los platos del desayuno y cuya niñera había salido, llorando silenciosa y miserablemente, a llevar a los niños a pasear por el parque.

—Hay un tiempo para todo —dijo el Rey—; hay un tiempo para ceder. Apruebe una medida en las dos Cámaras que prive a las mujeres del derecho al voto, y tráigamela para el asentimiento real pasado mañana.

Mientras el ministro se retiraba, Hermann el Irascible, que también era apodado el Sabio, soltó una profunda carcajada.

—Hay más formas de matar a un gato que ahogándolo en nata —citó—, pero no estoy seguro —añadió—, de que no sea la mejor manera.

LA CURA DE DESASOSIEGO

En la rejilla del portaequipajes del vagón de tren, justo enfrente de Clovis, había una maleta de viaje sólidamente fabricada, con una etiqueta cuidadosamente escrita en la que se leía: «J. P. Huddle, The Warren, Tilfield, cerca de Slowborough». Inmediatamente debajo de la rejilla se sentaba la encarnación humana de la etiqueta, un individuo sólido y sereno, vestido serenamente, conversador sereno. Incluso sin su conversación (que iba dirigida a un amigo sentado a su lado, y tocaba principalmente temas como el retraso de los jacintos romanos y la prevalencia del sarampión en la rectoría), uno podría haber calibrado con bastante precisión el temperamento y la perspectiva mental del propietario de la maleta. Pero él parecía reacio a dejar algo a la imaginación de un observador casual, y su charla se volvió pronto personal e introspectiva.

—No sé cómo es —le dijo a su amigo—, no tengo mucho más de cuarenta años, pero parece que me he instalado en un profundo surco de mediana edad avanzada. Mi hermana muestra la misma tendencia. Nos gusta que todo esté exactamente en su lugar acostumbrado; nos gusta que las cosas sucedan exactamente a sus horas señaladas; nos gusta que todo sea usual, ordenado, puntual, metódico, al milímetro, al minuto. Nos angustia y nos trastorna si no es así. Por ejemplo, por tomar un asunto muy trivial, un tordo ha construido su nido año tras año en el amento del césped; este año, sin razón aparente, lo está construyendo en la hiedra del muro del jardín. Hemos dicho muy poco al respecto, pero creo que ambos sentimos que el cambio es innecesario, y un poco irritante.

—Quizás —dijo el amigo—, sea un tordo diferente.

—Lo hemos sospechado —dijo J. P. Huddle—, y creo que nos da aún más motivo de molestia. No sentimos que queramos un cambio de tordo a nuestra edad; y sin embargo, como he dicho, apenas hemos llegado a una edad en la que estas cosas deberían hacerse sentir seriamente.

—Lo que necesitas —dijo el amigo—, es una cura de desasosiego.

—¿Una cura de desasosiego? Nunca he oído hablar de tal cosa.

—Has oído hablar de curas de reposo para personas que se han derrumbado bajo el estrés de demasiadas preocupaciones y una vida extenuante; bueno, tú estás sufriendo de un exceso de reposo y placidez, y necesitas el tipo de tratamiento opuesto.

—Pero, ¿dónde iría uno a buscar tal cosa?

—Bueno, podrías presentarte como candidato orangista por Kilkenny, o hacer un curso de visitas de distrito en uno de los barrios apaches de París, o dar conferencias en Berlín para demostrar que la mayor parte de la música de Wagner fue escrita por Gambetta; y siempre está el interior de Marruecos para viajar. Pero, para ser realmente efectiva, la cura de desasosiego debería probarse en casa. Cómo lo harías, no tengo la menor idea.

Fue en este punto de la conversación cuando Clovis se galvanizó en una atención alerta. Después de todo, su visita de dos días a un pariente anciano en Slowborough no prometía mucha emoción. Antes de que el tren se detuviera, había decorado el siniestro puño de su camisa con la inscripción: «J. P. Huddle, The Warren, Tilfield, cerca de Slowborough».

Dos mañanas después, el señor Huddle irrumpió en la intimidad de su hermana mientras ella leía *Country Life* en el salón de la mañana. Era su día, hora y lugar para leer *Country Life*, y la intrusión era absolutamente irregular; pero llevaba en la mano un telegrama, y en esa casa los telegramas se reconocían como sucesos por obra de Dios. Este telegrama en particular participaba de la naturaleza de un rayo. «Obispo examinando clase confirmación vecindario no puede alojarse rectoría por sarampión invoca su hospitalidad enviando secretario para arreglos».

—Apenas conozco al Obispo; solo he hablado con él una vez —exclamó J. P. Huddle, con el aire exculpatorio de quien se da cuenta demasiado tarde de la indiscreción de hablar con obispos desconocidos. La señorita Huddle

fue la primera en recuperarse; detestaba los rayos tanto como su hermano, pero el instinto femenino le decía que a los rayos hay que alimentarlos.

—Podemos hacer curry con el pato frío —dijo. No era el día señalado para el curry, pero el pequeño sobre naranja implicaba una cierta desviación de la regla y la costumbre. Su hermano no dijo nada, pero sus ojos le agradecieron su valentía.

—Un joven caballero desea verla —anunció la doncella.

—¡El secretario! —murmuraron los Huddle al unísono; al instante se pusieron rígidos en una actitud que proclamaba que, aunque consideraban a todos los extraños culpables, estaban dispuestos a escuchar cualquier cosa que tuvieran que decir en su defensa. El joven caballero, que entró en la habitación con cierta elegante altivez, no era en absoluto la idea que Huddle tenía de un secretario de obispo; no había supuesto que el establecimiento episcopal pudiera permitirse un artículo tan lujosamente tapizado cuando había tantas otras demandas sobre sus recursos. El rostro le resultaba fugazmente familiar; si hubiera prestado más atención al compañero de viaje sentado frente a él en el vagón de tren dos días antes, podría haber reconocido a Clovis en su visitante actual.

—¿Es usted el secretario del Obispo? —preguntó Huddle, volviéndose conscientemente deferente.

—Su secretario confidencial —respondió Clovis—. Puede llamarme Estanislao; mi otro nombre no importa. El Obispo y el Coronel Alberti pueden estar aquí para almorzar. Yo estaré aquí en cualquier caso.

Sonaba bastante como el programa de una visita real.

—El Obispo está examinando una clase de confirmación en el vecindario, ¿no es así? —preguntó la señorita Huddle.

—Ostensiblemente —fue la oscura respuesta, seguida de una solicitud de un mapa a gran escala de la localidad.

Clovis todavía estaba inmerso en un estudio aparentemente profundo del mapa cuando llegó otro telegrama. Estaba dirigido a «Príncipe Estanislao, a la atención de Huddle, The Warren, etc.». Clovis echó un vistazo al contenido y anunció: —El Obispo y Alberti no estarán aquí hasta última hora de la tarde—. Luego volvió a su escrutinio del mapa.

El almuerzo no fue una función muy festiva. El secretario principesco comió y bebió con buen apetito, pero desalentó severamente la conversación. Al final de la comida, rompió de repente en una sonrisa radiante, agradeció a su anfitriona por un ágape encantador y le besó la mano con un éxtasis deferente.

La señorita Huddle no pudo decidir en su mente si la acción sabía a la cortesía de Luis XIV o a la reprobable actitud romana hacia las mujeres sabinas. No era su día para tener dolor de cabeza, pero sintió que las circunstancias la excusaban, y se retiró a su habitación para tener todo el dolor de cabeza que fuera posible antes de la llegada del Obispo. Clovis, habiendo preguntado el camino a la oficina de telégrafos más cercana, desapareció poco después por el camino de entrada. El señor Huddle se lo encontró en el vestíbulo unas dos horas más tarde y le preguntó cuándo llegaría el Obispo.

—Está en la biblioteca con Alberti —fue la respuesta.

—Pero, ¿por qué no me lo dijeron? ¡No sabía que había llegado! —exclamó Huddle.

—Nadie sabe que está aquí —dijo Clovis—; cuanto más tranquilos podamos mantener los asuntos, mejor. Y bajo ningún concepto lo molesten en la biblioteca. Esas son sus órdenes.

—Pero, ¿a qué viene todo este misterio? ¿Y quién es Alberti? ¿Y no va a tomar el té el Obispo?

—El Obispo ha salido a buscar sangre, no té.

—¡Sangre! —jadeó Huddle, quien no encontraba que el rayo mejorara al conocerlo mejor.

—Esta noche va a ser una gran noche en la historia de la cristiandad —dijo Clovis—. Vamos a masacrar a todos los judíos del vecindario.

—¡Masacrar a los judíos! —dijo Huddle indignado—. ¿Quiere decir que hay un levantamiento general contra ellos?

—No, es idea del propio Obispo. Está ahí dentro arreglando todos los detalles ahora.

—Pero... el Obispo es un hombre tan tolerante y humano.

—Eso es precisamente lo que realzará el efecto de su acción. La sensación será enorme.

Eso, al menos, Huddle podía creerlo.

—¡Lo ahorcarán! —exclamó con convicción.

—Un coche está esperando para llevarlo a la costa, donde un yate de vapor está listo.

—Pero no hay treinta judíos en todo el vecindario —protestó Huddle, cuyo cerebro, bajo los repetidos choques del día, operaba con la incertidumbre de un cable de telégrafo durante un terremoto.

—Tenemos veintiséis en nuestra lista —dijo Clovis, refiriéndose a un fajo de notas—. Podemos ocuparnos de ellos con mayor minuciosidad.

—¿Quiere decir que está meditando violencia contra un hombre como Sir Leon Birberry? —tartamudeó Huddle—; es uno de los hombres más respetados del país.

—Está en nuestra lista —dijo Clovis descuidadamente—; después de todo, tenemos hombres de confianza para hacer nuestro trabajo, así que no tendremos que depender de la ayuda local. Y tenemos algunos Boy Scouts ayudándonos como auxiliares.

—¡Boy Scouts!

—Sí; cuando entendieron que había matanza de verdad, se mostraron aún más entusiastas que los hombres.

—¡Esto será una mancha en el siglo XX!

—Y su casa será el papel secante. ¿Se ha dado cuenta de que la mitad de los periódicos de Europa y Estados Unidos publicarán fotografías de ella? Por cierto, he enviado algunas fotografías tuyas y de su hermana, que encontré en la biblioteca, al *MATIN* y a *DIE WOCHE*; espero que no le importe. También un boceto de la escalera; la mayor parte de la matanza probablemente se hará en la escalera.

Las emociones que bullían en el cerebro de J. P. Huddle eran casi demasiado intensas para ser expresadas con palabras, pero logró jadear: —No hay judíos en esta casa.

—Por el momento —dijo Clovis.

—¡Iré a la policía! —gritó Huddle con súbita energía.

—En los arbustos —dijo Clovis—, hay diez hombres apostados que tienen órdenes de disparar a cualquiera que salga de la casa sin mi señal de permiso. Otro piquete armado está emboscado cerca de la puerta principal. Los Boy Scouts vigilan las dependencias traseras.

En ese momento se oyó el alegre toque de una bocina de coche desde el camino de entrada. Huddle corrió hacia la puerta del vestíbulo con la sensación de un hombre medio despertado de una pesadilla, y vio a Sir Leon Birberry, que había venido en su coche. —Recibí su telegrama —dijo—, ¿qué pasa?

¿Telegrama? Parecía ser un día de telegramas.

«Venga aquí de inmediato. Urgente. James Huddle», era el contenido del mensaje que se desplegó ante los ojos desconcertados de Huddle.

—¡Ya lo entiendo todo! —exclamó de repente con voz temblorosa por la agitación, y con una mirada de agonía en dirección a los arbustos, metió al asombrado Birberry en la casa. El té acababa de servirse en el vestíbulo, pero el ahora completamente aterrorizado Huddle arrastró a su protestante invitado escaleras arriba, y en pocos minutos toda la casa había sido convocada a esa región de seguridad momentánea. Solo Clovis honró la mesa del té con su presencia; los fanáticos de la biblioteca estaban evidentemente demasiado inmersos en sus monstruosas maquinaciones como para entretenerse con el consuelo de una taza de té y una tostada caliente. Una vez el joven se levantó, en respuesta a la llamada del timbre de la puerta principal, y admitió al señor Paul Isaacs, zapatero y concejal, que también había recibido una apremiante invitación a The Warren. Con una atroz asunción de cortesía, que un Borgia difícilmente podría haber superado, el secretario escoltó a este nuevo cautivo de su red a lo alto de la escalera, donde su anfitrión involuntario lo esperaba.

Y entonces siguió una larga y espantosa vigilia de observación y espera. Una o dos veces, Clovis salió de la casa para pasear hasta los arbustos, regresando siempre a la biblioteca, con el propósito evidente de hacer un breve informe. Una vez recogió las cartas del cartero de la tarde, y las llevó

a lo alto de las escaleras con una cortesía puntillosa. Después de su siguiente ausencia, subió hasta la mitad de las escaleras para hacer un anuncio.

—Los Boy Scouts confundieron mi señal y han matado al cartero. He tenido muy poca práctica en este tipo de cosas, ya ve. Otra vez lo haré mejor.

La doncella, que estaba prometida con el cartero de la tarde, se entregó a un dolor clamoroso.

—Recuerde que su señora tiene dolor de cabeza —dijo J. P. Huddle. (El dolor de cabeza de la señorita Huddle era peor).

Clovis bajó corriendo las escaleras, y tras una breve visita a la biblioteca regresó con otro mensaje:

—El Obispo lamenta saber que la señorita Huddle tiene dolor de cabeza. Está dando órdenes de que, en la medida de lo posible, no se usen armas de fuego cerca de la casa; cualquier matanza que sea necesaria en las instalaciones se hará con arma blanca. El Obispo no ve por qué un hombre no puede ser un caballero además de un cristiano.

Eso fue lo último que vieron de Clovis; eran casi las siete, y a su pariente anciano le gustaba que se vistiera para la cena. Pero, aunque los había dejado para siempre, la sugerencia latente de su presencia rondaba las regiones inferiores de la casa durante las largas horas de la noche de vigilia, y cada crujido de la escalera, cada susurro del viento a través de los arbustos, estaba cargado de un significado horrible. Hacia las siete de la mañana siguiente, el jardinero y el cartero temprano finalmente convencieron a los vigilantes de que el siglo XX seguía sin mancha.

—No creo —reflexionó Clovis, mientras un tren temprano lo llevaba hacia la ciudad—, que vayan a estar lo más mínimo agradecidos por la cura de desasosiego.

LAS BROMAS DE ARLINGTON STRINGHAM

Arlington Stringham hizo una broma en la Cámara de los Comunes. Era una sesión concurrida, y una broma muy floja; algo sobre que la raza anglosajona tenía muchos ángulos. Es posible que fuera involuntaria, pero un colega, que no quería que se supusiera que estaba dormido porque tenía los ojos cerrados, se rio. Uno o dos de los periódicos anotaron «una risa» entre paréntesis, y otro, que era notorio por el descuido de sus noticias políticas, mencionó «risas». Las cosas a menudo empiezan de esa manera.

—Arlington hizo una broma en la Cámara anoche —le dijo Eleanor Stringham a su madre—; en todos los años que llevamos casados ninguno de los dos ha hecho bromas, y no me gusta ahora. Me temo que es el comienzo de la brecha en el laúd.

—¿Qué laúd? —dijo su madre.

—Es una cita —dijo Eleanor.

Decir que algo era una cita era un método excelente, a los ojos de Eleanor, para retirarlo de la discusión, del mismo modo que siempre se podía defender un cordero indiferente a finales de temporada diciendo «Es carnero».

Y, por supuesto, Arlington Stringham continuó recorriendo el espinoso sendero del humor consciente al que el Destino lo había llamado.

—El campo se ve muy verde, pero, después de todo, para eso está —le comentó a su esposa dos días después.

—Eso es muy moderno, y me atrevo a decir que muy ingenioso, pero me temo que es en vano conmigo —observó ella fríamente. Si hubiera sabido cuánto esfuerzo le había costado hacer el comentario, podría haberlo recibido con un espíritu más amable. Es la tragedia del esfuerzo humano que tan a menudo trabaje sin ser visto ni adivinado.

Arlington no dijo nada, no por orgullo herido, sino porque estaba pensando intensamente en algo que decir. Eleanor confundió su silencio con una asunción de superioridad tolerante, y su ira la impulsó a una nueva burla.

—Será mejor que se lo cuentes a Lady Isobel. No dudo de que ella lo apreciaría.

Lady Isobel era vista en todas partes con un collie de color cervato en una época en la que todo el mundo no tenía más que pequineses, y una vez se había comido cuatro manzanas verdes en un té de la tarde en los Jardines Botánicos, por lo que se le atribuía ampliamente un ingenio bastante desagradable. Los censores decían que dormía en una hamaca y entendía los poemas de Yeats, pero su familia negaba ambas historias.

—La brecha se está ensanchando hasta convertirse en un abismo —le dijo Eleanor a su madre esa tarde.

—Yo no le contaría eso a nadie —comentó su madre, tras una larga reflexión.

—Naturalmente, no hablaría mucho de ello —dijo Eleanor—, pero ¿por qué no debería mencionárselo a nadie?

—Porque no puedes tener un abismo en un laúd. No hay espacio.

La perspectiva de Eleanor sobre la vida no mejoró a medida que avanzaba la tarde. El botones había traído de la biblioteca *POR LAGUNA Y CAMPIÑA* en lugar de *POR MERA CASUALIDAD*, el libro que todo el mundo negaba haber leído. El sustituto inoportuno parecía ser una colección de notas sobre la naturaleza aportadas por el autor a las páginas de algún semanario del Norte, y cuando uno se había preparado para sumergirse con mente desaprobadora en una lamentable crónica de vidas malgastadas, era intensamente irritante leer «los delicados escribanos cerillos ya están

con nosotros y ostentan su librea ictérica desde cada arbusto y montículo». Además, la cosa era tan obviamente falsa; o debía de haber apenas arbustos o montículos en esas partes, o el campo debía de estar terriblemente superpoblado de escribanos cerillos. Apenas parecía que valiera la pena contar tal mentira sobre el asunto. Y el botones estaba allí, con su pelo pulcramente cepillado y peinado con raya, y su aire de indiferencia casta e insensible a los deseos y pasiones del mundo. Eleanor odiaba a los niños, y le habría gustado azotar a este largo y tendido. Quizás era el anhelo de una mujer que no tenía hijos propios.

Pasó al azar a otro párrafo. «Acuéstese tranquilamente oculto entre el helecho y la zarza en el claro junto al viejo serbal, y podrá ver, casi todas las tardes durante el principio del verano, a un par de currucas zarcerillas trepando arriba y abajo por las ortigas y la maleza que enmascaran su lugar de anidación».

¡La insufrible monotonía de la recreación propuesta! Eleanor no habría visto la más brillante actuación en el Teatro de Su Majestad ni una sola noche en circunstancias tan incómodas, y que le pidieran que viera a las currucas zarcerillas trepar arriba y abajo por una ortiga «casi todas las tardes» en plena temporada le pareció una imputación a su inteligencia que era positivamente ofensiva. Con impaciencia, transfirió su atención al menú de la cena, que el muchacho había traído pensativamente como alternativa al plato literario más sólido. «Curry de conejo» saltó a su vista, y las líneas de desaprobación se profundizaron en su ya fruncido ceño. La cocinera era una gran creyente en la influencia del entorno, y albergaba la obstinada convicción de que si juntabas conejo y curry en polvo en un plato, el resultado sería un curry de conejo. Y Clovis y el odioso Bertie van Tahn venían a cenar. Seguramente, pensó Eleanor, si Arlington supiera cuánto había tenido que soportar ese día, se abstendría de hacer bromas.

En la cena de esa noche fue la propia Eleanor quien mencionó el nombre de cierto estadista, que puede ser decentemente cubierto bajo el disfraz de X.

—X—dijo Arlington Stringham—, tiene el alma de un merengue.

Era un comentario útil para tener a mano, porque se aplicaba igualmente bien a cuatro estadistas prominentes de la época, lo que cuadruplicaba las oportunidades de usarlo.

—Los merengues no tienen alma —dijo la madre de Eleanor.

—Es una suerte que no la tengan —dijo Clovis—; siempre las estarían perdiendo, y gente como mi tía organizaría misiones para merengues, y diría que es maravilloso cuánto se les puede enseñar y cuánto más se puede aprender de ellos.

—¿Qué se podría aprender de un merengue? —preguntó la madre de Eleanor.

—Se sabe que mi tía ha aprendido humildad de un ex-Virrey —dijo Clovis.

—Ojalá la cocinera aprendiera a hacer curry, o tuviera el buen juicio de dejarlo en paz —dijo Arlington, de repente y con saña.

El rostro de Eleanor se suavizó. Era como uno de sus antiguos comentarios en los días en que no había abismo entre ellos.

Fue durante el debate sobre la partida del Ministerio de Asuntos Exteriores que Stringham hizo su gran comentario de que «el pueblo de Creta, por desgracia, produce más historia de la que puede consumir localmente». No fue brillante, pero llegó en medio de un discurso aburrido, y la Cámara quedó bastante complacida con él. Viejos caballeros con mala memoria dijeron que les recordaba a Disraeli.

Fue la amiga de Eleanor, Gertrude Ilpton, quien llamó su atención sobre el nuevo exabrupto de Arlington. Eleanor en esos días evitaba los periódicos de la mañana.

—Es muy moderno, y supongo que muy ingenioso —observó ella.

—Por supuesto que es ingenioso —dijo Gertrude—; todos los dichos de Lady Isobel son ingeniosos, y afortunadamente se pueden repetir.

—¿Estás segura de que es uno de sus dichos? —preguntó Eleanor.

—Querida, se lo he oído decir docenas de veces.

—Así que de ahí saca su humor —dijo Eleanor lentamente, y las duras líneas se profundizaron alrededor de su boca.

La muerte de Eleanor Stringham por una sobredosis de cloral, ocurrida al final de una temporada bastante monótona, suscitó una cierta cantidad de

especulación discreta. Clovis, que quizás exageraba la importancia del curry en el hogar, insinuó una pena doméstica.

Y por supuesto, Arlington nunca lo supo. Fue la tragedia de su vida el perderse el efecto completo de sus chanzas.

SREDNI VASHTAR

Conradin tenía diez años, y el médico había pronunciado su opinión profesional de que el niño no viviría otros cinco años. El médico era melifluo y decadente, y contaba poco, pero su opinión fue respaldada por la señora de Ropp, que contaba para casi todo. La señora de Ropp era prima y tutora de Conradin, y a sus ojos representaba esas tres quintas partes del mundo que son necesarias, desagradables y reales; las otras dos quintas partes, en perpetuo antagonismo con las anteriores, se resumían en él mismo y su imaginación. Uno de estos días, suponía Conradin, sucumbiría a la presión abrumadora de las tediosas cosas necesarias —como enfermedades, mimos restrictivos y un aburrimiento prolongado—. Sin su imaginación, que era desbordante bajo el acicate de la soledad, habría sucumbido mucho antes.

La señora de Ropp nunca, en sus momentos más sinceros, se habría confesado a sí misma que no le gustaba Conradin, aunque podría haber sido vagamente consciente de que contrariarlo «por su bien» era un deber que no encontraba particularmente pesado. Conradin la odiaba con una sinceridad desesperada que era perfectamente capaz de enmascarar. Los pocos placeres que podía procurarse ganaban un sabor adicional por la probabilidad de que fueran desagradables para su tutora, y del reino de su imaginación ella estaba excluida —una cosa impura, que no debía encontrar entrada.

En el jardín soso y desangelado, vigilado por tantas ventanas que estaban listas para abrirse con un mensaje de no hacer esto o aquello, o un recordatorio de que era la hora de las medicinas, encontraba poco atractivo. Los pocos árboles frutales que contenía estaban celosamente apartados de su alcance, como si fueran raros especímenes de su especie floreciendo en un

páramo árido; probablemente habría sido difícil encontrar un hortelano que hubiera ofrecido diez chelines por toda su producción anual. En un rincón olvidado, sin embargo, casi oculto detrás de un lúgubre matorral, había un cobertizo de herramientas en desuso de proporciones respetables, y dentro de sus muros Conradin encontró un refugio, algo que adoptaba los variados aspectos de una sala de juegos y una catedral. Lo había poblado con una legión de fantasmas familiares, evocados en parte de fragmentos de la historia y en parte de su propio cerebro, pero también contaba con dos inquilinos de carne y hueso. En un rincón vivía una gallina Houdan de plumaje desaliñado, a la que el niño prodigaba un afecto que apenas tenía otra salida. Más atrás, en la penumbra, había una gran conejera, dividida en dos compartimentos, uno de los cuales estaba protegido por barrotes de hierro apretados. Esta era la morada de un gran hurón turón, que un amable mozo de carnicero había introducido una vez de contrabando, con jaula y todo, en sus actuales aposentos, a cambio de un tesoro largamente guardado de pequeñas monedas de plata. Conradin tenía un miedo terrible de la bestia ágil y de afilados colmillos, pero era su posesión más preciada. Su mera presencia en el cobertizo era una alegría secreta y temible, que debía mantenerse escrupulosamente alejada del conocimiento de la Mujer, como apodaba en privado a su prima. Y un día, de sabe Dios qué material, tejió para la bestia un nombre maravilloso, y desde ese momento se convirtió en un dios y una religión. La Mujer practicaba la religión una vez a la semana en una iglesia cercana, y llevaba a Conradin con ella, pero para él el servicio religioso era un rito ajeno en la Casa de Rimón. Todos los jueves, en el silencio oscuro y mohoso del cobertizo, adoraba con un ceremonial místico y elaborado ante la conejera de madera donde habitaba Sredni Vashtar, el gran hurón. Flores rojas en su estación y bayas escarlatas en invierno se ofrecían en su santuario, pues era un dios que ponía un énfasis especial en el lado feroz e impaciente de las cosas, en oposición a la religión de la Mujer, que, por lo que Conradin podía observar, se esforzaba mucho en la dirección contraria. Y en las grandes festividades se esparcía nuez moscada en polvo delante de su conejera, siendo una característica importante de la ofrenda que la nuez moscada tenía que ser robada. Estas festividades eran de ocurrencia irregular, y se designaban principalmente para celebrar algún acontecimiento pasajero. En una ocasión, cuando la señora de Ropp sufrió un agudo dolor de muelas durante tres días, Conradin mantuvo la festividad durante los tres días completos, y casi logró persuadirse de que Sredni Vashtar era personal-

mente responsable del dolor de muelas. Si la dolencia hubiera durado un día más, el suministro de nuez moscada se habría agotado.

La gallina Houdan nunca fue introducida en el culto de Sredni Vashtar. Conradin había decidido hacía mucho tiempo que era anabaptista. No pretendía tener el más remoto conocimiento de lo que era un anabaptista, pero en privado esperaba que fuera algo audaz y no muy respetable. La señora de Ropp era el plano sobre el cual él basaba y detestaba toda respetabilidad.

Después de un tiempo, la absorción de Conradin en el cobertizo de herramientas comenzó a atraer la atención de su tutora. «No es bueno para él que ande merodeando por allí con cualquier tiempo», decidió prontamente, y en el desayuno una mañana anunció que la gallina Houdan había sido vendida y se la habían llevado durante la noche. Con sus ojos miopes escudriñó a Conradin, esperando un estallido de rabia y pena, que estaba dispuesta a reprender con un torrente de excelentes preceptos y razonamientos. Pero Conradin no dijo nada: no había nada que decir. Algo, quizás en su rostro blanco y tenso, le causó un momentáneo remordimiento, pues en el té de esa tarde había tostadas en la mesa, un manjar que ella usualmente prohibía con el argumento de que era malo para él; también porque hacerlas «daba problemas», una ofensa mortal a los ojos de la mujer de clase media.

—Creía que te gustaban las tostadas —exclamó ella, con aire ofendido, al observar que no las tocaba.

—A veces —dijo Conradin.

En el cobertizo esa noche hubo una innovación en el culto al dios de la conejera. Conradin solía cantar sus alabanzas, esa noche pidió un favor.

—Haz una cosa por mí, Sredni Vashtar.

La cosa no fue especificada. Como Sredni Vashtar era un dios, debía suponerse que lo sabía. Y reprimiendo un sollozo mientras miraba aquel otro rincón vacío, Conradin regresó al mundo que tanto odiaba.

Y cada noche, en la bienvenida oscuridad de su dormitorio, y cada tarde en la penumbra del cobertizo, la amarga letanía de Conradin se elevaba: «Haz una cosa por mí, Sredni Vashtar».

La señora de Ropp notó que las visitas al cobertizo no cesaban, y un día hizo un nuevo viaje de inspección.

—¿Qué guardas en esa conejera cerrada con llave? —preguntó—. Creo que son cobayas. Haré que las quiten todas.

Conradin apretó los labios, pero la Mujer registró su dormitorio hasta que encontró la llave cuidadosamente escondida, y acto seguido marchó hacia el cobertizo para completar su descubrimiento. Era una tarde fría, y a Conradin se le había ordenado que se quedara en casa. Desde la ventana más lejana del comedor apenas se veía la puerta del cobertizo, más allá de la esquina del matorral, y allí se apostó Conradin. Vio entrar a la Mujer, y luego la imaginó abriendo la puerta de la sagrada conejera y asomándose con sus ojos miopes a la espesa cama de paja donde su dios yacía escondido. Quizás hurgaría en la paja con su torpe impaciencia. Y Conradin respiró fervientemente su oración por última vez. Pero sabía, mientras rezaba, que no creía. Sabía que la Mujer saldría en breve con esa sonrisa de labios fruncidos que tanto detestaba en su rostro, y que en una o dos horas el jardinero se llevaría a su maravilloso dios, ya no un dios, sino un simple hurón marrón en una conejera. Y sabía que la Mujer triunfaría siempre como triunfaba ahora, y que él se volvería cada vez más enfermizo bajo su acoso, su dominio y su sabiduría superior, hasta que un día nada importaría mucho más para él, y se demostraría que el médico tenía razón. Y en el escozor y la miseria de su derrota, comenzó a cantar en voz alta y desafiante el himno de su ídolo amenazado:

Sredni Vashtar salió,

Sus pensamientos eran pensamientos rojos y sus dientes eran blancos.

Sus enemigos pidieron la paz, pero él les trajo la muerte.

Sredni Vashtar el Hermoso.

Y entonces, de repente, dejó de cantar y se acercó más al cristal de la ventana. La puerta del cobertizo seguía entreabierta como la habían dejado, y los minutos pasaban. Eran minutos largos, pero pasaban sin embargo. Observó a los estorninos correr y volar en pequeños grupos por el césped; los contó una y otra vez, con un ojo siempre en esa puerta oscilante. Una doncella de cara agria entró a poner la mesa para el té, y Conradin seguía de pie, esperando y observando. La esperanza se había deslizado centímetro a centímetro en su corazón, y ahora una mirada de triunfo comenzó a brillar en sus ojos que solo habían conocido la paciencia melancólica de la derrota.

En voz baja, con una exultación furtiva, comenzó de nuevo el peán de victoria y devastación. Y pronto sus ojos fueron recompensados: por esa puerta salió una bestia larga, baja, amarilla y marrón, con los ojos parpadeando ante la luz menguante del día, y manchas oscuras y húmedas alrededor del pelaje de las mandíbulas y la garganta. Conradin cayó de rodillas. El gran hurón turón se dirigió a un pequeño arroyo al pie del jardín, bebió por un momento, luego cruzó un pequeño puente de tablones y se perdió de vista entre los arbustos. Tal fue el paso de Sredni Vashtar.

—El té está listo —dijo la doncella de cara agria— ; ¿dónde está la señora?

—Bajó al cobertizo hace un rato —dijo Conradin.

Y mientras la doncella iba a llamar a su señora para el té, Conradin sacó un tenedor de tostar del cajón del aparador y procedió a tostarse un trozo de pan. Y durante el tostado y el untado con mucha mantequilla y el lento disfrute de comerlo, Conradin escuchó los ruidos y silencios que caían en rápidos espasmos más allá de la puerta del comedor. El fuerte y tonto grito de la doncella, el coro de respuesta de exclamaciones asombradas desde la región de la cocina, los pasos apresurados y las embajadas urgentes en busca de ayuda exterior, y luego, tras una calma, los sollozos asustados y el arrastrar de pies de quienes llevaban una pesada carga a la casa.

—¿Quién se lo dirá al pobre niño? ¡Yo no podría por nada del mundo! —exclamó una voz chillona. Y mientras debatían el asunto entre ellos, Conradin se hizo otra tostada.

ADRIÁN

UN CAPÍTULO DE ACLIMATACIÓN

Su partida de bautismo hablaba de él pesimistamente como John Henry, pero eso lo había dejado atrás con las otras enfermedades de la infancia, y sus amigos lo conocían por el nombre de Adrián. Su madre vivía en Bethnal Green, lo que no era del todo culpa suya; uno puede desalentar demasiada historia en su familia, pero no siempre puede evitar la geografía. Y, después de todo, la costumbre de Bethnal Green tiene esta virtud: rara vez se transmite a la siguiente generación. Adrián vivía en un cuartucho que caía bajo la auspiciosa constelación de W.

Cómo vivía era en gran medida un misterio incluso para él mismo; su lucha por la existencia probablemente coincidía en muchos detalles materiales con los relatos bastante dramáticos que daba de ella a conocidos compasivos. Todo lo que se sabe con certeza es que de vez en cuando emergía de la lucha para cenar en el Ritz o en el Carlton, correctamente ataviado y con un apetito correctamente crítico. En estas ocasiones solía ser el invitado de Lucas Croyden, un amable mundano, que tenía tres mil libras al año y un gusto por presentar a gente imposible a una cocina irreprochable. Como la mayoría de los hombres que combinan tres mil libras al año con una digestión incierta, Lucas era socialista, y argumentaba que no se puede esperar-

ar elevar a las masas hasta que no se hayan introducido los huevos de chorlito en sus vidas y se les haya enseñado a apreciar la diferencia entre una *coupe Jacques* y una macedonia de frutas. Sus amigos señalaban que era una amabilidad dudosa iniciar a un chico de detrás de un mostrador de telas en la bienaventuranza de la alta cocina, a lo que Lucas invariablemente respondía que todas las amabilidades eran dudosas. Lo cual quizás era cierto.

Fue después de una de sus veladas con Adrián que Lucas se encontró con su tía, la señora Mebberley, en un salón de té de moda, donde la lámpara de la vida familiar aún se mantiene encendida y te encuentras con parientes que de otro modo podrían haberse deslizado de tu memoria.

—¿Quién era ese chico guapo que cenaba contigo anoche? —preguntó ella—. Parecía demasiado agradable para ser desperdiciado contigo.

Susan Mebberley era una mujer encantadora, pero también era una tía.

—¿Quiénes son su gente? —continuó, cuando se le dio el nombre del protegido (versión revisada).

—Su madre vive en Beth...

Lucas se detuvo en el umbral de lo que quizás era una indiscreción social.

—¿Beth? ¿Dónde está eso? Suena como Asia Menor. ¿Está relacionada con gente consular?

—Oh, no. Su trabajo se desarrolla entre los pobres.

Esto fue un desliz hacia la verdad. La madre de Adrián trabajaba en una lavandería.

—Ya veo —dijo la señora Mebberley—, algún tipo de trabajo misionero. Y mientras tanto el chico no tiene a nadie que lo cuide. Es obviamente mi deber asegurarme de que no le pase nada malo. Tráelo a visitarme.

—Mi querida tía Susan —protestó Lucas—, realmente sé muy poco sobre él. Puede que no sea nada agradable, ya sabes, al conocerlo mejor.

—Tiene un pelo delicioso y una boca débil. Me lo llevaré conmigo a Homburg o a El Cairo.

—Es la cosa más loca que he oído en mi vida —dijo Lucas enfadado.

—Bueno, hay una fuerte vena de locura en nuestra familia. Si no te has dado cuenta tú mismo, todos tus amigos deben de haberlo hecho.

—Uno está terriblemente a la vista de todo el mundo en Homburg. Al menos podrías darle una prueba preliminar en Étretat.

—¿Y estar rodeada de americanos intentando hablar francés? No, gracias. Adoro a los americanos, pero no cuando intentan hablar francés. Qué bendición que nunca intenten hablar inglés. Mañana a las cinco puedes traer a tu joven amigo a visitarme.

Y Lucas, dándose cuenta de que Susan Mebberley era una mujer además de una tía, vio que tendría que permitírsele salirse con la suya.

Adrián fue debidamente llevado al extranjero bajo el ala de Mebberley; pero como una concesión reacia a la cordura, Homburg y otros centros turísticos inconvenientemente de moda fueron evitados, y el establecimiento Mebberley se instaló en el mejor hotel de Dohledorf, un pueblecito alpino en algún lugar detrás de la Engadina. Era el tipo de lugar de veraneo habitual, con el tipo de visitantes habituales, que uno encuentra en la mayor parte de Suiza durante la temporada de verano, pero para Adrián todo era inusual. El aire de la montaña, la certeza de comidas regulares y abundantes, y en particular la atmósfera social, le afectaron de la misma manera que el fervor indiscriminado de un invernadero podría afectar a una mala hierba que se hubiera colado dentro de sus límites. Se había criado en un mundo donde las roturas se consideraban crímenes y se expiaban como tales; era algo nuevo y totalmente estimulante descubrir que te consideraban bastante divertido si rompías cosas de la manera correcta y en las horas reconocidas. Susan Mebberley había expresado la intención de mostrarle a Adrián un trozo del mundo; el trozo particular del mundo representado por Dohledorf comenzó a ver mucho de Adrián.

Lucas recibía atisbos ocasionales de la estancia alpina, no de su tía ni de Adrián, sino de la pluma industriosa de Clovis, que también se movía como un satélite en la constelación Mebberley.

«La fiesta que Susan organizó anoche terminó en desastre. Pensé que lo haría. El niño Grobmayer, un pequeño de cinco años particularmente repugnante, había aparecido como "Burbujas" durante la primera parte de la velada, y lo habían acostado durante el intermedio. Adrián esperó su oportu-

nidad y lo secuestró cuando la niñera estaba abajo, y lo presentó durante la segunda mitad del espectáculo, apenas disfrazado de cerdo amaestrado. Ciertamente *PARECÍA* mucho un cerdo, y gruñía y babeaba igual que el artículo genuino; nadie sabía exactamente qué era, pero todos decían que era terriblemente ingenioso, especialmente los Grobmayer. Al tercer telón, Adrián lo pellizcó demasiado fuerte, y gritó "¡Mamá!". Se supone que soy bueno para las descripciones, pero no me pidas que describa los dichos y hechos de los Grobmayer en ese momento; fue como uno de los Salmos más airados con música de Strauss. Nos hemos mudado a un hotel más arriba en el valle».

La siguiente carta de Clovis llegó cinco días después, y estaba escrita desde el Hotel Steinbock.

«Dejamos el Hotel Victoria esta mañana. Era bastante cómodo y tranquilo —al menos había un aire de reposo cuando llegamos—. Antes de que hubiéramos residido veinticuatro horas, la mayor parte del reposo había desaparecido "como una brema obediente", como lo expresó Adrián. Sin embargo, no ocurrió nada indebidamente escandaloso hasta anoche, cuando Adrián tuvo un ataque de insomnio y se entretuvo desenroscando e intercambiando todos los números de las habitaciones de su piso. Trasladó la etiqueta del cuarto de baño a la puerta del dormitorio contiguo, que resultó ser el de la Frau Hofrath Schilling, y esta mañana, a partir de las siete, la anciana tuvo un torrente de visitantes involuntarios; al parecer, estaba demasiado horrorizada y escandalizada para levantarse y cerrar la puerta con llave. Los aspirantes a bañistas volaron en confusión a sus habitaciones y, por supuesto, el cambio de números los desvió de nuevo, y el pasillo se fue llenando gradualmente de humanos presas del pánico, escasamente vestidos, corriendo salvajemente como conejos en una madriguera infestada de hurones. Se tardó casi una hora en clasificar a todos los huéspedes en sus respectivas habitaciones, y el estado de la Frau Hofrath seguía causando cierta ansiedad cuando nos fuimos. Susan está empezando a parecer un poco preocupada. No puede simplemente abandonar al chico, ya que no tiene dinero, y no puede enviarlo con su gente porque no sabe dónde están. Adrián dice que su madre se muda mucho y que ha perdido su dirección. Probablemente, si se supiera la verdad, ha tenido una pelea en casa. Tantos chicos hoy en día parecen pensar que pelear con la familia de uno es una ocupación reconocida».

La siguiente comunicación de Lucas de los viajeros tomó la forma de un telegrama de la propia señora Mebberley. Fue enviado con «respuesta pagada», y consistía en una sola frase: «Por el amor de Dios, ¿dónde está Beth?».

LA GUIRNALDA

Un silencio inusitado reinaba en el restaurante; era uno de esos raros momentos en que la orquesta no interpretaba los acordes del vals del Marinero de los Helados.

—¿Te conté alguna vez —preguntó Clovis a su amigo—, la tragedia de la música a la hora de comer?

»Era una noche de gala en el Grand Sybaris Hotel, y se servía una cena especial en el comedor Amatista. El comedor Amatista tenía una reputación casi europea, especialmente en esa sección de Europa que se identifica históricamente con el valle del Jordán. Su cocina era irreprochable, y su orquesta tenía un salario lo suficientemente alto como para estar por encima de toda crítica. Allí acudían en tropel los intensamente musicales y los casi intensamente musicales, que son muchísimos, y en número aún mayor los meramente musicales, que saben cómo se pronuncia el nombre de Chaikovski y pueden reconocer varios de los nocturnos de Chopin si se les avisa con la debida antelación; estos comen de la manera nerviosa y distraída de los corzos que se alimentan al aire libre, y mantienen los oídos atentos hacia la orquesta en busca del primer indicio de una melodía reconocible.

»"Ah, sí, *Pagliacci*", murmuran, mientras los primeros compases siguen de cerca a la sopa, y si no surge ninguna contradicción de alguna fuente mejor informada, prorrumpen en un tarareo contenido a modo de complemento de los esfuerzos de los músicos. A veces la melodía comienza al mismo nivel que la sopa, en cuyo caso los comensales se las arreglan de alguna manera para tararear entre cucharadas; la expresión facial de los entusiastas

que puntúan la *potage St. Germain* con *Pagliacci* no es hermosa, pero deberían verla aquellos que están decididos a observar todos los aspectos de la vida. No se pueden descartar las cosas desagradables de este mundo simplemente mirando para otro lado.

»Además de los tipos mencionados, el restaurante era frecuentado por un buen número de personas absolutamente no musicales; su presencia en el comedor solo podía explicarse bajo la suposición de que habían venido allí a cenar.

»Las primeras etapas de la cena habían pasado. Se habían consultado las cartas de vinos, por algunos con el desconcierto inexpresivo de un colegial al que de repente se le pide que ubique a un Profeta Menor en el enmarañado interior del Antiguo Testamento, por otros con el severo escrutinio que sugiere que han visitado la mayoría de los vinos más caros en sus propias casas y han sondeado sus debilidades familiares. Los comensales que elegían su vino de esta última manera siempre daban sus órdenes con voz penetrante, con un abundante aderezo de acotaciones escénicas. Insistiendo en que tu botella apunte al norte cuando se está descorchando, y llamando al camarero Max, puedes inducir una impresión en tus invitados que horas de laboriosa jactancia serían incapaces de lograr. Para este propósito, sin embargo, los invitados deben ser elegidos con tanto cuidado como el vino.

»Apartado de los juerguistas, a la sombra de un macizo pilar, había un espectador interesado que ciertamente era del festín, y sin embargo no estaba en él. Monsieur Aristide Saucourt era el *CHEF* del Grand Sybaris Hotel, y si tenía un igual en su profesión, nunca lo había reconocido. En su propio dominio era un potentado, rodeado de la fría brutalidad que el Genio espera más que excusa en sus hijos; nunca perdonaba, y quienes le servían tenían cuidado de que hubiera poco que perdonar. En el mundo exterior, el mundo que devoraba sus creaciones, era una influencia; cuán profunda o superficial era esa influencia, nunca intentó adivinarlo. Es la pena y la salvaguarda del genio que se computa a sí mismo por peso troy en un mundo que mide por vulgares quintales.

»De vez en cuando, el gran hombre era presa de un deseo de observar el efecto de sus obras maestras, al igual que el cerebro rector de Krupp podría desear en un momento supremo inmiscuirse en la línea de fuego de un duelo de artillería. Y tal ocasión era la presente. Por primera vez en la historia

del Grand Sybaris Hotel, presentaba a sus huéspedes el plato que había llevado a ese punto de perfección que casi equivale al escándalo. *Canetons à la mode d'Amblève*. En delgadas letras doradas sobre el blanco cremoso del menú, ¡qué poco transmitían esas palabras a la mayoría de los comensales imperfectamente educados! Y sin embargo, cuánto esfuerzo especializado se había prodigado, cuánta sabiduría cuidadosamente atesorada se había recolectado, antes de que esas seis palabras pudieran escribirse. En el Departamento de Deux-Sèvres, los patitos habían vivido vidas peculiares y hermosas y habían muerto en olor de saciedad para proporcionar el tema principal del plato; *champignons*, que incluso un purista del inglés sajón habría dudado en llamar champiñones, habían contribuido con sus cuerpos lánguidos y atrofiados al aderezo, y una salsa concebida en el reinado crepuscular de Luis XV había sido convocada desde el pasado imperecedero para tomar su parte en la maravillosa confección. Hasta aquí había trabajado el esfuerzo humano para lograr el resultado deseado; el resto se había dejado al genio humano: el genio de Aristide Saucourt.

»Y ahora había llegado el momento de servir el gran plato, el plato que los Grandes Duques hastiados del mundo y los magnates del dinero obsesionados por el mercado contaban entre sus recuerdos más felices. Y en el mismo momento ocurrió algo más. El director de la orquesta de alto salario colocó su violín acariciadoramente contra su barbilla, bajó los párpados y flotó en un mar de melodía.

»— ¡Escuchad! —dijeron la mayoría de los comensales—, está tocando "La guirnalda".

»Sabían que era "La guirnalda" porque la habían oído tocar en el almuerzo y en el té de la tarde, y en la cena de la noche anterior, y no habían tenido tiempo de olvidarla.

»— Sí, está tocando "La guirnalda" —se tranquilizaron unos a otros. La voz general fue unánime sobre el tema. La orquesta ya la había tocado once veces ese día, cuatro por petición y siete por fuerza de la costumbre, pero los compases familiares fueron recibidos con el arrebató debido a una revelación. Un murmullo de mucho tarareo se elevó de la mitad de las mesas de la sala, y algunos de los oyentes más sobreexcitados dejaron cuchillo y tenedor para poder irrumpir con fuertes aplausos en el momento más temprano permitido.

»¿Y los *Canetons à la mode d'Amblève*? Con un asombro estupefacto y nauseabundo, Aristide los vio enfriarse en total abandono, o sufrir la indignidad casi peor de picoteos superficiales y masticaciones apáticas mientras los comensales prodigaban su aprobación y aplauso a los músicos. Hígado de ternera con tocino y salsa de perejil difícilmente podría haber figurado más ignominiosamente en el entretenimiento de la noche. Y mientras el maestro del arte culinario se recostaba contra el pilar protector, ahogándose con una horrible rabia que le abrasaba el cerebro y no encontraba salida para su agonía, el director de la orquesta agradecía con reverencias los aplausos que se elevaban en una tormenta a su alrededor. Volviéndose hacia sus colegas, asintió con la señal para un bis. Pero antes de que el violín hubiera sido levantado de nuevo a su posición, llegó desde la sombra del pilar una negativa explosiva.

»—¡No! ¡No! ¡No volverá a tocar eso!

»El músico se volvió con furioso asombro. Si hubiera tomado advertencia de la mirada en los ojos del otro hombre, podría haber actuado de manera diferente. Pero los aplausos de admiración resonaban en sus oídos, y gruñó bruscamente: —Eso lo decido yo.

»—¡No! No volverá a tocar eso nunca más —gritó el *CHEF*, y al instante siguiente se había arrojado violentamente sobre el ser odiado que lo había suplantado en la estima del mundo. Una gran sopera de metal, llena hasta el borde de sopa humeante, acababa de ser colocada en una mesa auxiliar para un grupo tardío de comensales; antes de que el personal de servicio o los invitados tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Aristide había arrastrado a su víctima forcejeante hasta la mesa y le había hundido la cabeza profundamente en el contenido casi hirviendo de la sopera. En el otro extremo de la sala, los comensales seguían aplaudiendo espasmódicamente en espera de un bis.

»Si el director de la orquesta murió ahogado por la sopa, o por el shock a su vanidad profesional, o fue escaldado hasta la muerte, los médicos nunca pudieron ponerse del todo de acuerdo. Monsieur Aristide Saucourt, que ahora vive en completo retiro, siempre se inclinó por la teoría del ahogamiento.

LA BÚSQUEDA

Una paz inusitada reinaba sobre Villa Elsinore, rota, sin embargo, a intervalos frecuentes, por lamentos clamorosos que sugerían un duelo desconcertado. Los Momeby habían perdido a su hijo pequeño; de ahí la paz que su ausencia conllevaba; lo estaban buscando de manera salvaje y desordenada, dando voces todo el tiempo, lo que explicaba el clamor que barría la casa y el jardín cada vez que volvían a intentar de nuevo en los escondites de casa. Clovis, que era temporal e involuntariamente un huésped de pago en la villa, había estado dormitando en una hamaca en el extremo más alejado del jardín cuando la señora Momeby le había dado la noticia.

—Hemos perdido al Bebé —gritó ella.

—¿Quieres decir que está muerto, o en estampida, o que lo apostaste a las cartas y lo perdiste de esa manera? —preguntó Clovis perezosamente.

—Estaba correteando muy feliz por el césped —dijo la señora Momeby entre lágrimas—, y Arnold acababa de llegar, y yo le estaba preguntando qué tipo de salsa querría con los espárragos...

—Espero que dijera holandesa —interrumpió Clovis, con una muestra de interés avivado—, porque si hay algo que odio...

—Y de repente eché de menos al Bebé —continuó la señora Momeby en un tono más agudo—. Hemos buscado por todas partes, en la casa y el jardín y fuera de las puertas, y no se le ve por ninguna parte.

—¿Se le oye en alguna parte? —preguntó Clovis—; si no, debe estar al menos a dos millas de distancia.

—¿Pero dónde? ¿Y cómo? —preguntó la madre desesperada.

—Quizás un águila o una fiera se lo ha llevado —sugirió Clovis.

—No hay águilas ni fieras en Surrey —dijo la señora Momeby, pero una nota de horror se había deslizado en su voz.

—Se escapan de vez en cuando de los circos ambulantes. A veces creo que los dejan sueltos por la publicidad. Piensa qué titular tan sensacional sería en los periódicos locales: "Hijo pequeño de prominente inconformista devorado por hiena manchada". Tu marido no es un prominente inconformista, pero su madre era de estirpe wesleyana, y debes permitir a los periódicos cierta libertad.

—Pero habríamos encontrado sus restos —sollozó la señora Momeby.

—Si la hiena tenía realmente hambre y no estaba simplemente jugando con su comida, no habría mucho en cuanto a restos. Sería como la historia del niño y la manzana: no va a quedar ni el corazón.

La señora Momeby se alejó apresuradamente para buscar consuelo y consejo en otra dirección. Con la egoísta absorción de la joven maternidad, ignoró por completo la obvia ansiedad de Clovis sobre la salsa de los espárragos. Antes de que hubiera avanzado un metro, sin embargo, el clic de la puerta lateral la hizo detenerse en seco. La señorita Gilpet, de Villa Peterhof, había venido a enterarse de los detalles del duelo. Clovis ya estaba bastante aburrido de la historia, pero la señora Momeby estaba equipada con esa facultad despiadada que encuentra tanta alegría en contarla por nonagésima vez como en la primera.

—Arnold acababa de llegar; se quejaba de reumatismo...

—Hay tantas cosas de las que quejarse en esta casa que nunca se me habría ocurrido quejarme de reumatismo —murmuró Clovis.

—Se quejaba de reumatismo —continuó la señora Momeby, intentando lanzar una inflexión gélida en una voz que ya estaba bastante ocupada sollozando y hablando a alta presión.

Fue interrumpida de nuevo.

—No existe tal cosa como el reumatismo —dijo la señorita Gilpet. Lo dijo con el aire consciente de desafío que un camarero adopta al anunciar

que el clarete más barato de la carta de vinos se ha acabado. No procedió, sin embargo, a ofrecer la alternativa de alguna dolencia más cara, sino que negó la existencia de todas ellas.

El genio de la señora Momeby comenzó a brillar a través de su dolor.

—Supongo que lo siguiente que dirás es que el Bebé no ha desaparecido realmente.

—Ha desaparecido —concedió la señorita Gilpet—, pero solo porque no tienes suficiente fe para encontrarlo. Es solo la falta de fe por tu parte lo que impide que te sea devuelto sano y salvo.

—Pero si mientras tanto se lo ha comido una hiena y está parcialmente digerido —dijo Clovis, que se aferraba afectuosamente a su teoría de la fiera—, ¿seguramente se notarían algunos efectos adversos?

La señorita Gilpet quedó bastante desconcertada por esta complicación de la cuestión.

—Estoy segura de que una hiena no se lo ha comido —dijo débilmente.

—La hiena puede estar igualmente segura de que sí. Verás, puede que tenga tanta fe como tú, y más conocimiento especializado sobre el paradero actual del bebé.

La señora Momeby estaba llorando de nuevo. —Si tienes fe —sollozó, tocada por una feliz inspiración—, ¿no encontrarías a nuestro pequeño Erik por nosotros? Estoy segura de que tienes poderes que nos son negados.

Rose-Marie Gilpet era completamente sincera en su adhesión a los principios de la Ciencia Cristiana; si los entendía o los exponía correctamente, los doctos en tales materias podrán decidirlo mejor. En el presente caso, se enfrentaba indudablemente a una gran oportunidad, y al emprender su vaga búsqueda convocó enérgicamente en su ayuda cada ápice de fe que poseía. Salió a la carretera desnuda y abierta, seguida por la advertencia de la señora Momeby: «No sirve de nada ir allí, hemos buscado una docena de veces». Pero los oídos de Rose-Marie ya estaban sordos a todo excepto a la autocomplacencia; pues sentado en medio de la carretera, jugando contento con el polvo y unos ranúnculos marchitos, había un bebé con un delantal blanco y un mechón de pelo color estopa atado sobre una sien con una cinta azul pálido. Tomando primero la habitual precaución femenina de mirar

para ver que no había ningún coche en el horizonte lejano, Rose-Marie se abalanzó sobre el niño y lo llevó, a pesar de su vigorosa oposición, a través de los portales de Elsinore. Los furiosos gritos del niño ya habían anunciado el hecho de su descubrimiento, y los padres casi histéricos corrieron por el césped para recibir a su vástago restaurado. El valor estético de la escena se vio empañado en cierto grado por la dificultad de Rose-Marie para sostener al niño que se debatía, que era llevado con el lado equivocado hacia el agitado seno de su familia. —Nuestro propio pequeño Erik ha vuelto a nosotros —gritaron los Momeby al unísono; como el niño se había metido los puños apretados en las cuencas de los ojos y no se podía ver nada de su cara excepto una boca muy abierta, el reconocimiento fue en sí mismo casi un acto de fe.

—¿Está contento de volver con papá y mamá? —canturreó la señora Momeby; la preferencia que el niño mostraba por sus distracciones de polvo y ranúnculos era tan marcada que la pregunta le pareció a Clovis innecesariamente falta de tacto.

—Dale un paseo en el rodillo de jardín —sugirió el padre brillantemente, mientras los aullidos continuaban sin signo de pronta disminución. En un momento, el niño había sido colocado a horcajadas sobre el gran rodillo de jardín y se le dio un tirón preliminar para ponerlo en movimiento. De las profundidades huecas del cilindro salió un rugido ensordecedor, ahogando incluso los esfuerzos vocales del bebé que chillaba, e inmediatamente después salió arrastrándose un infante con delantal blanco y un mechón de pelo color estopa atado sobre una sien con una cinta azul pálido. No había duda ni en los rasgos ni en la potencia pulmonar del recién llegado.

—¡Nuestro propio pequeño Erik! —gritó la señora Momeby, abalanzándose sobre él y casi asfixiándolo a besos—; ¿se escondió en el rodillo de jardín para darnos a todos un gran susto?

Esta era la explicación obvia de la repentina desaparición y el igualmente abrupto descubrimiento del niño. Quedaba, sin embargo, el problema del bebé intruso, que ahora estaba sentado gimoteando en el césped en un desfavor tan gélido como indeseada había sido su popularidad anterior. Los Momeby lo miraban con furia como si se hubiera abierto camino en sus efímeros afectos mediante pretensiones desalmadas e indignas. El rostro de la señorita Gilpet adquirió un tinte ceniciento mientras miraba impotente la

figura encogida que había sido una vista tan gozosa para sus ojos unos momentos antes.

—Cuando el amor se acaba, qué poco del amor entiende incluso el amante —se citó Clovis a sí mismo.

Rose-Marie fue la primera en romper el silencio.

—Si ese es Erik el que tienes en tus brazos, ¿quién es... *ese*?

—Eso, creo, te corresponde a ti explicarlo —dijo la señora Momeby con rigidez.

—Obviamente —dijo Clovis—, es un Erik duplicado que tus poderes de fe han traído a la existencia. La pregunta es: ¿qué vas a hacer con él?

La palidez cenicienta se intensificó en las mejillas de Rose-Marie. La señora Momeby apretó al Erik genuino más cerca de su lado, como si temiera que su extraña vecina, por puro despecho, lo convirtiera en una pecera de peces de colores.

—Lo encontré sentado en medio de la carretera —dijo Rose-Marie débilmente.

—No puedes llevarlo de vuelta y dejarlo allí —dijo Clovis—; la carretera está destinada al tráfico, no para ser utilizada como un trastero para milagros en desuso.

Rose-Marie lloró. El proverbio «Llora y llorarás solo» se derrumbó tan estrepitosamente en su aplicación como la mayoría de su clase. Ambos bebés gemían lúgubrementemente, y los padres Momeby apenas se habían recuperado de su anterior estado lacrimoso. Solo Clovis mantenía una alegría imperturbable.

—¿Debo quedármelo siempre? —preguntó Rose-Marie con tristeza.

—No siempre —dijo Clovis consoladoramente—; puede entrar en la Marina cuando cumpla trece años. —Rose-Marie lloró de nuevo.

—Por supuesto —añadió Clovis—, puede haber un sinfín de problemas con su certificado de nacimiento. Tendrás que explicarle las cosas al Almirantazgo, y son terriblemente chapados a la antigua.

Fue un alivio cuando una niñera sin aliento de Villa Charlottenburg, al otro lado del camino, vino corriendo por el césped para reclamar al pequeño Percy, que se había escapado por la puerta principal y había desaparecido como un parpadeo de la carretera.

E incluso entonces Clovis consideró necesario ir en persona a la cocina para asegurarse de la salsa de los espárragos.

WRATISLAV

Los dos hijos mayores de la Gräfin habían contraído matrimonios deplorables. Era, observó Clovis, una costumbre familiar. El hijo menor, Wratislav, que era la oveja negra de una familia más bien grisácea, aún no había contraído matrimonio alguno.

—Ciertamente, esto es lo que se puede decir a favor del vicio —dijo la Gräfin—, mantiene a los chicos alejados de las travesuras.

—¿De verdad? —preguntó la Baronesa Sophie, no a modo de cuestionar la afirmación, sino con un esmerado esfuerzo por hablar inteligentemente. Era el único asunto en el que intentaba anular los decretos de la Providencia, que obviamente nunca había tenido la intención de que ella hablara de otra manera que no fuera necia.

—No sé por qué no debería hablar con ingenio —se quejaba—; mi madre era considerada una conversadora brillante.

—Esas cosas suelen saltarse una generación —dijo la Gräfin.

—Eso parece tan injusto —dijo Sophie—; a una no le importa que su madre la haya eclipsado como conversadora inteligente, pero debo admitir que me molestaría bastante que mis hijas hablaran con brillantez.

—Bueno, ninguna de ellas lo hace —dijo la Gräfin consoladoramente.

—No estoy tan segura de eso —dijo la Baronesa, virando prontamente en defensa de su prole—. Elsa dijo algo bastante ingenioso el jueves sobre la Triple Alianza. Algo sobre que era como un paraguas de papel, que estaba

bien siempre que no lo sacaras bajo la lluvia. No cualquiera podría decir eso.

— Todo el mundo lo ha dicho; al menos todo el mundo que conozco. Pero claro, conozco a muy poca gente.

— No creo que estés particularmente agradable hoy.

— Nunca lo estoy. ¿No has notado que las mujeres con un perfil realmente perfecto como el mío rara vez son siquiera moderadamente agradables?

— No creo que tu perfil sea tan perfecto —dijo la Baronesa.

— Sería sorprendente que no lo fuera. Mi madre fue una de las bellezas clásicas más notables de su época.

— Esas cosas a veces se saltan una generación, ya sabes —intervino la Baronesa, con la prisa jadeante de alguien a quien la agudeza le llega tan raramente como el hallazgo de un paraguas con mango de oro.

— Mi querida Sophie —dijo la Gräfin dulcemente—, eso no es en lo más mínimo ingenioso; pero te esfuerzas tanto que supongo que no debería desanimarte. Dime algo: ¿se te ha ocurrido alguna vez que Elsa sería perfecta para Wratislav? Ya es hora de que se case con alguien, ¿y por qué no con Elsa?

— ¡Elsa casarse con ese chico terrible! —jadeó la Baronesa.

— A buen hambre no hay pan duro —observó la Gräfin.

— ¡Elsa no está en la indigencia!

— No financieramente, o no habría sugerido el enlace. Pero se le está pasando el arroz, ya sabes, y no tiene pretensiones de cerebro ni de belleza ni nada por el estilo.

— Pareces olvidar que es mi hija.

— Eso demuestra mi generosidad. Pero, en serio, no veo qué hay en contra de Wratislav. No tiene deudas, al menos, nada de lo que valga la pena hablar.

— ¡Pero piensa en su reputación! Si la mitad de las cosas que dicen de él son ciertas...

—Probablemente tres cuartas partes lo son. Pero, ¿y qué? No quieres un arcángel por yerno.

—No quiero a Wratislav. Mi pobre Elsa sería desdichada con él.

—Un poco de desdicha no le importaría mucho a ella; iría tan bien con la forma en que se peina, y si no pudiera llevarse bien con Wratislav siempre podría ir a hacer el bien entre los pobres.

La Baronesa cogió una fotografía enmarcada de la mesa.

—Ciertamente es muy guapo —dijo dubitativa; añadiendo aún más dubitativamente—: Me atrevo a decir que la querida Elsa podría reformarlo.

La Gräfin tuvo la presencia de ánimo de reír en el tono adecuado.

Tres semanas después, la Gräfin abordó a la Baronesa Sophie en una librería extranjera del Graben, donde, posiblemente, estaba comprando libros de devoción, aunque era el mostrador equivocado para ellos.

—Acabo de dejar a los queridos niños en casa de los Rodenstahl —fue el saludo de la Gräfin.

—¿Se les veía muy felices? —preguntó la Baronesa.

—Wratislav llevaba ropa inglesa nueva, así que, por supuesto, estaba muy feliz. Le oí contarle a Toni una historia bastante divertida sobre una monja y una ratonera, que no se puede repetir. Elsa le estaba contando a todo el mundo una agudeza sobre la Triple Alianza siendo como un paraguas de papel, que parece soportar la repetición con cristiana fortaleza.

—¿Parecían muy absortos el uno en el otro?

—Para ser sincera, Elsa parecía como si estuviera envuelta en una manta de caballo. ¿Y por qué dejarla vestir de color azafrán?

—Siempre pienso que le va bien con su tez.

—Desafortunadamente, no le va. Se queda con ella. Uf. No lo olvides, almuerzas conmigo el jueves.

La Baronesa llegó tarde a su cita para almorzar el jueves siguiente.

—¡Imagina lo que ha pasado! —gritó al irrumpir en la habitación.

— Algo extraordinario, para hacerte llegar tarde a una comida —dijo la Gräfin.

— ¡Elsa se ha fugado con el chófer de los Rodenstahl!

— ¡*Kolossal!*

— Algo así nunca lo ha hecho nadie en nuestra familia —jadeó la Baronesa.

— Quizás no les atraía de la misma manera —sugirió la Gräfin juiciosamente.

La Baronesa comenzó a sentir que no estaba recibiendo el asombro y la simpatía a los que su catástrofe le daban derecho.

— En cualquier caso —espetó—, ahora no puede casarse con Wratislav.

— No podría en ningún caso —dijo la Gräfin—; se fue de repente al extranjero anoche.

— ¡Al extranjero! ¿A dónde?

— A México, creo.

— ¡México! Pero, ¿para qué? ¿Por qué México?

— Los ingleses tienen un proverbio: «La conciencia nos hace vaqueros a todos».

— No sabía que Wratislav tuviera conciencia.

— Mi querida Sophie, no la tiene. Es la conciencia de los demás la que te envía al extranjero a toda prisa. Vayamos a comer.

EL HUEVO DE PASCUA

Fue decididamente una mala pasada para Lady Barbara, que provenía de una buena estirpe de luchadores y era una de las mujeres más valientes de su generación, que su hijo fuera tan manifiestamente cobarde. Cualesquiera que fuesen las buenas cualidades que Lester Slaggby pudiera poseer, y en algunos aspectos era encantador, ciertamente nunca se le pudo imputar el valor. De niño había sufrido una timidez infantil, de muchacho un miedo impropio de su edad, y de joven había cambiado los temores irracionales por otros más formidables por el hecho de tener una base cuidadosamente meditada. Tenía francamente miedo a los animales, se ponía nervioso con las armas de fuego y nunca cruzaba el Canal sin comparar mentalmente la proporción numérica de chalecos salvavidas con pasajeros. A caballo parecía necesitar tantas manos como un dios hindú, al menos cuatro para agarrar las riendas, y dos más para acariciar tranquilizadamente el cuello del caballo. Lady Barbara ya no pretendía no ver la debilidad predominante de su hijo; con su coraje habitual, afrontaba el conocimiento de ello directamente y, como buena madre, no lo amaba menos.

Viajar por el continente, en cualquier lugar alejado de las grandes rutas turísticas, era un pasatiempo favorito de Lady Barbara, y Lester se unía a ella tan a menudo como era posible. La época de Pascua solía encontrarla en Knobaltheim, una localidad de montaña en uno de esos pequeños principados que forman pecas discretas en el mapa de Europa Central.

Una antigua amistad con la familia reinante la convertía en un personaje de debida importancia a los ojos de su viejo amigo el Burgomaestre, y fue consultada ansiosamente por ese dignatario en la trascendental ocasión en

que el Príncipe dio a conocer su intención de venir en persona a inaugurar un sanatorio en las afueras de la ciudad. Todos los elementos habituales en un programa de bienvenida, algunos de ellos fatuos y triviales, otros pintorescos y encantadores, se habían organizado, pero el Burgomaestre esperaba que la ingeniosa dama inglesa pudiera sugerir algo nuevo y de buen gusto a modo de saludo leal. El Príncipe era conocido por el mundo exterior, si es que lo era, como un reaccionario a la antigua, que combatía el progreso moderno, por así decirlo, con una espada de madera; para su propio pueblo era conocido como un anciano amable con una cierta majestuosidad entrañable que no tenía nada de distante. Knobaltheim estaba ansioso por dar lo mejor de sí. Lady Barbara discutió el asunto con Lester y un par de conocidos en su pequeño hotel, pero las ideas eran difíciles de encontrar.

—¿Podría sugerirle algo a la *Gnädige Frau*? —preguntó una dama pálida de pómulos altos con quien la inglesa había hablado una o dos veces, y a quien había catalogado mentalmente como probablemente una esclava del sur.

—¿Podría sugerir algo para la Fiesta de Recepción? —continuó, con una cierta timidez ansiosa—. Nuestro pequeño niño aquí, nuestro bebé, lo vestiremos con un abrigo blanco, con pequeñas alas, como un ángel de Pascua, y llevará un gran huevo de Pascua blanco, y dentro habrá una cesta de huevos de chorlito, de los que el Príncipe es tan aficionado, y se lo entregará a su Alteza como ofrenda de Pascua. Es una idea tan bonita, la hemos visto hacer una vez en Estiria.

Lady Barbara miró con duda al propuesto ángel de Pascua, un niño rubio de cara impassible de unos cuatro años. Lo había notado el día anterior en el hotel, y se preguntaba cómo un niño tan rubio podía pertenecer a una pareja de rostro tan oscuro como la mujer y su marido; probablemente, pensó, un bebé adoptado, especialmente porque la pareja no era joven.

—Por supuesto, la *Gnädige Frau* acompañará al pequeño niño hasta el Príncipe —prosiguió la mujer—; pero será muy bueno y hará lo que se le diga.

—Tenemos algunos huevos de chorlito que vendrán frescos de Viena —dijo el marido.

El niño pequeño y Lady Barbara parecían igualmente poco entusiasmados con la bonita idea; Lester fue abiertamente desalentador, pero cuando el Burgomaestre se enteró, quedó encantado. La combinación de sentimiento y huevos de chorlito apeló fuertemente a su mente teutónica.

En el día señalado, el ángel de Pascua, vestido de manera realmente bonita y pintoresca, fue un centro de amable interés para la multitud de gala congregada para recibir a su Alteza. La madre fue discreta y menos quisquillosa de lo que la mayoría de los padres habrían sido en esas circunstancias, estipulando simplemente que ella misma colocaría el huevo de Pascua en los brazos que habían sido cuidadosamente instruidos sobre cómo sostener la preciosa carga. Entonces Lady Barbara avanzó, el niño marchando estoicamente y con sombría determinación a su lado. Se le habían prometido pasteles y dulces en abundancia si entregaba bien y verdaderamente el huevo al amable anciano que esperaba para recibirlo. Lester había intentado comunicarle en privado que espantosas zurras acompañarían cualquier fallo en su parte de los procedimientos, pero es dudoso que su alemán causara más que una angustia inmediata. Lady Barbara se había provisto pensativamente de un suministro de emergencia de bombones de chocolate; los niños a veces pueden ser oportunistas, pero no fomentan las cuentas a largo plazo. A medida que se acercaban al estrado principesco, Lady Barbara se apartó discretamente, y el infante de rostro impassible avanzó solo, con paso tambaleante pero firme, animado por un murmullo de aprobación senil. Lester, de pie en la primera fila de los espectadores, se volvió para escudriñar a la multitud en busca de los rostros radiantes de los felices padres. En una calle lateral que conducía a la estación de tren vio un coche de alquiler; subiendo al coche con toda la apariencia de prisa furtiva estaban la pareja de rostro oscuro que había estado tan plausiblemente ansiosa por la «bonita idea». El aguzado instinto de la cobardía le iluminó la situación en un rápido destello. La sangre rugió y se agolpó en su cabeza como si miles de compuertas se hubieran abierto en sus venas y arterias, y su cerebro fuera el desagüe común en el que todos los torrentes se encontraban. No vio más que una mancha borrosa a su alrededor. Luego, la sangre retrocedió en rápidas oleadas, hasta que su propio corazón pareció drenado y vacío, y se quedó sin nervios, impotente, observando mudamente al niño, que llevaba su maldita carga con pasos lentos e implacables cada vez más cerca del grupo que esperaba como ovejas para recibirlo. Una cu-

riosidad fascinada obligó a Lester a volver la cabeza hacia los fugitivos; el coche de alquiler había partido a toda velocidad en dirección a la estación.

Al instante siguiente, Lester corría, corría más rápido de lo que ninguno de los presentes había visto correr a un hombre, y —no estaba huyendo—. Durante esa fracción extraviada de su vida, algún impulso insólito lo asaltó, algún indicio de la estirpe de la que provenía, y corrió sin vacilar hacia el peligro. Se agachó y agarró el huevo de Pascua como se intenta recoger el balón en el rugby. No había considerado qué haría con él, lo importante era cogerlo. Pero al niño se le habían prometido pasteles y dulces si entregaba el huevo sano y salvo en manos del amable anciano; no emitió ningún grito, pero se aferró a su carga con la tenacidad de una lapa. Lester cayó de rodillas, tirando salvajemente de la carga firmemente agarrada, y gritos de enojo se elevaron de los espectadores escandalizados. Un círculo inquisitivo y amenazante se formó a su alrededor, luego retrocedió en un respingo cuando gritó una palabra espantosa. Lady Barbara oyó la palabra y vio a la multitud huir como ovejas descarriadas, vio al Príncipe ser alejado a la fuerza por sus asistentes; también vio a su hijo yaciendo postrado en una agonía de terror abrumador, su espasmo de audacia destrozado por la inesperada resistencia del niño, todavía aferrándose frenéticamente, como por seguridad, a esa chuchería de raso blanco, incapaz siquiera de arrastrarse lejos de su vecindad mortal, capaz solo de gritar y gritar y gritar. En su cerebro era vagamente consciente de sopesar, o de esforzarse por sopesar, la abyecta vergüenza que ahora lo dominaba contra el único y apremiante acto de valor que lo había arrojado grandiosa y locamente al punto de peligro. Fue solo por la fracción de un minuto que se quedó observando las dos figuras enredadas, el infante con su rostro obstinadamente impasible y su cuerpo tenso por la resistencia tenaz, y el muchacho flácido y ya casi muerto de un terror que casi ahogaba sus gritos; y sobre ellos, las largas serpentinas de gala ondeando alegremente al sol. Nunca olvidó la escena; pero claro, fue la última que vio.

Lady Barbara lleva su rostro marcado con sus ojos ciegos tan valientemente como siempre en el mundo, pero en la época de Pascua sus amigos tienen cuidado de mantener lejos de sus oídos cualquier mención del símbolo de Pascua de los niños.

FILBOID STUDGE, LA HISTORIA DE UN RATÓN QUE AYUDÓ

—Quiero casarme con su hija —dijo Mark Spayley con anhelo vacilante—. Solo soy un artista con un ingreso de doscientas libras al año, y ella es hija de un hombre enormemente rico, así que supongo que considerará mi oferta una presunción.

Duncan Dullamy, el gran inflador de empresas, no mostró ningún signo externo de disgusto. De hecho, se sentía secretamente aliviado ante la perspectiva de encontrarle a su hija Leonore incluso un marido de doscientas libras al año. Una crisis se precipitaba rápidamente sobre él, de la que sabía que saldría sin dinero ni crédito; todas sus empresas recientes habían fracasado, y el más plano de todos había sido el maravilloso nuevo alimento para el desayuno, Pipenta, en cuya publicidad había invertido sumas enormes. Apenas se podía decir que fuera un clavo en el mercado; la gente compraba clavos, pero nadie compraba Pipenta.

—¿Te casarías con Leonore si fuera hija de un hombre pobre? —preguntó el hombre de riqueza fantasma.

—Sí —dijo Mark, evitando sabiamente el error de la sobreprotestación. Y para su asombro, el padre de Leonore no solo dio su consentimiento, sino que sugirió una fecha bastante temprana para la boda.

—Ojalá pudiera mostrar mi gratitud de alguna manera —dijo Mark con genuina emoción—. Me temo que es un poco como el ratón proponiéndose ayudar al león.

—Consigue que la gente compre esa porquería asquerosa —dijo Dulamy, señalando con la cabeza salvajemente un cartel del despreciado Pipenta—, y habrás hecho más de lo que cualquiera de mis agentes ha sido capaz de lograr.

—Necesita un nombre mejor —dijo Mark reflexivamente—, y algo distintivo en el cartel. De todos modos, lo intentaré.

Tres semanas después, el mundo fue avisado de la llegada de un nuevo alimento para el desayuno, anunciado bajo el resonante nombre de «Filboid Studge». Spayley no publicó imágenes de bebés macizos que crecían con rapidez fúngica bajo su influencia forzada, ni de representantes de las principales naciones del mundo luchando con fatua avidez por su posesión. Un enorme y sombrío cartel representaba a los Condenados en el Infierno sufriendo un nuevo tormento por su incapacidad de alcanzar el Filboid Studge que elegantes demonios jóvenes sostenían en cuencos transparentes justo fuera de su alcance. La escena se hacía aún más espeluznante por una sutil sugerencia de los rasgos de hombres y mujeres destacados de la época en la representación de las Almas Perdidas; individuos prominentes de ambos partidos políticos, anfitrionas de la alta sociedad, conocidos autores dramáticos y novelistas, y distinguidos aeronautas eran vagamente reconocibles en esa multitud condenada; luces notables del escenario de la comedia musical parpadeaban débilmente en las sombras del Infierno, sonriendo todavía por fuerza de la costumbre, pero con la temible rabia sonriente del esfuerzo frustrado. El cartel no llevaba alusiones aduladoras a los méritos del nuevo alimento para el desayuno, sino que una única y sombría declaración corría en letras grandes a lo largo de su base: «Ahora no pueden comprarlo».

Spayley había comprendido el hecho de que la gente hará cosas por un sentido del deber que nunca intentaría por placer. Hay miles de hombres respetables de clase media que, si los encontraras inesperadamente en un baño turco, explicarían con toda sinceridad que un médico les había ordenado tomar baños turcos; si les dijeras a cambio que ibas allí porque te gustaba, te mirarían con asombro dolido ante la frivolidad de tu motivo. De la

misma manera, cada vez que se informa de una masacre de armenios desde Asia Menor, todo el mundo asume que se ha llevado a cabo «bajo órdenes» de algún lugar u otro, nadie parece pensar que hay gente a la que podría GUSTARLE matar a sus vecinos de vez en cuando.

Y así fue con el nuevo alimento para el desayuno. Nadie habría comido Filboid Studge por placer, pero la sombría austeridad de su publicidad llevó a las amas de casa en tropel a las tiendas de comestibles a clamar por un suministro inmediato. En cocinas pequeñas, hijas solemnes con trenzas ayudaban a madres deprimidas a realizar el primitivo ritual de su preparación. En las mesas de desayuno de salones desangelados se tomaba en silencio. Una vez que las mujeres descubrieron que era completamente insípido, su celo por imponérselo a sus familias no conoció límites. «¡No te has comido tu Filboid Studge!», se le gritaba al oficinista sin apetito mientras se apresuraba cansadamente a dejar la mesa del desayuno, y su cena sería precedida por un revoltijo recalentado que se explicaría como «tu Filboid Studge que no te comiste esta mañana». Esos extraños fanáticos que se mortifican ostentosamente, por dentro y por fuera, con galletas saludables y prendas saludables, se cebaron agresivamente en el nuevo alimento. Jóvenes serios y con gafas lo devoraban en las escaleras del Club Nacional Liberal. Un obispo que no creía en un estado futuro predicó contra el cartel, y la hija de un par murió por comer demasiado del compuesto. Se obtuvo una publicidad adicional cuando un regimiento de infantería se amotinó y fusiló a sus oficiales en lugar de comer la mezcla nauseabunda; afortunadamente, Lord Birrell de Blatherstone, que era Ministro de Guerra en ese momento, salvó la situación con su feliz epigrama de que «La disciplina, para ser efectiva, debe ser opcional».

Filboid Studge se había convertido en una palabra familiar, pero Dullamy se dio cuenta sabiamente de que no era necesariamente la última palabra en dietética para el desayuno; su supremacía sería desafiada tan pronto como se pusiera en el mercado algún alimento aún más insípido. Incluso podría haber una reacción a favor de algo sabroso y apetitoso, y la austeridad puritana del momento podría ser desterrada de la cocina doméstica. En un momento oportuno, por lo tanto, vendió sus intereses en el artículo que le había reportado una riqueza colosal en una coyuntura crítica, y puso su reputación financiera fuera del alcance de toda objeción. En cuanto a Leonore, que ahora era una heredera en una escala mucho mayor que nunca, naturalmente

le encontró algo mucho más alto en el mercado de maridos que un diseñador de carteles de doscientas libras al año. Mark Spayley, el ratón cerebral que había ayudado al león financiero con un efecto tan adverso, fue dejado para maldecir el día en que produjo el cartel milagroso.

—Después de todo —dijo Clovis, encontrádoselo poco después en su club—, tienes este dudoso consuelo, de que no está en los mortales revocar el éxito.

LA MÚSICA EN LA COLINA

Sylvia Seltoun desayunó en el salón de la mañana en Yessney con una agradable sensación de victoria final, tal como un ferviente *Ironsides* podría haberse permitido al día siguiente de la batalla de Worcester. Apenas era de temperamento belicoso, pero pertenecía a esa clase más exitosa de luchadores que son belicosos por circunstancia. El destino había querido que su vida estuviera ocupada por una serie de pequeñas luchas, generalmente con las probabilidades ligeramente en su contra, y generalmente había logrado salir victoriosa por poco. Y ahora sentía que había llevado su lucha más dura y ciertamente más importante a un desenlace exitoso. Haberse casado con Mortimer Seltoun, «Mortimer el Muerto» como lo llamaban sus enemigos más íntimos, desafiando la fría hostilidad de su familia, y a pesar de su indiferencia no afectada hacia las mujeres, fue ciertamente un logro que había necesitado cierta determinación y destreza para llevar a cabo; ayer había llevado su victoria a su etapa final al arrancar a su marido de la Ciudad y su grupo de balnearios satélites y «asentarlo», en el vocabulario de su clase, en esta remota granja señorial rodeada de bosques que era su casa de campo.

—Nunca conseguirás que Mortimer vaya —había dicho su madre con tono crítico—, pero si una vez va, se quedará; Yessney ejerce casi tanto hechizo sobre él como la Ciudad. Se puede entender lo que lo ata a la Ciudad, pero Yessney... —y la viuda se había encogido de hombros.

Había una agreste sombría, casi salvaje, en Yessney que ciertamente no era probable que atrajera a los gustos criados en la ciudad, y Sylvia, a pesar de su nombre, no estaba acostumbrada a nada mucho más silvano que el

«frondoso Kensington». Consideraba el campo como algo excelente y saludable a su manera, que era propenso a volverse problemático si se le alentaba en exceso. La desconfianza hacia la vida urbana era algo nuevo en ella, nacido de su matrimonio con Mortimer, y había observado con satisfacción la gradual desaparición de lo que llamaba «la mirada de Jermyn Street» en sus ojos a medida que los bosques y el brezal de Yessney se habían cerrado sobre ellos la noche anterior. Su fuerza de voluntad y estrategia habían prevalecido; Mortimer se quedaría.

Fuera de las ventanas del salón de la mañana había una ladera triangular de césped, que los indulgentes podrían llamar un prado, y más allá de su bajo seto de fucsias descuidadas una ladera más empinada de brezo y helechos descendía a hondonadas cavernosas cubiertas de roble y tejo. En su salvaje y abierta ferocidad parecía haber un sigiloso vínculo entre la alegría de la vida y el terror de las cosas invisibles. Sylvia sonrió complacientemente mientras contemplaba con una apreciación de Escuela de Arte el paisaje, y luego, de repente, casi se estremeció.

—Es muy agreste —le dijo a Mortimer, que se había unido a ella—; casi se podría pensar que en un lugar así el culto a Pan nunca ha muerto del todo.

—El culto a Pan nunca ha muerto del todo —dijo Mortimer—. Otros dioses más nuevos han apartado a sus devotos de vez en cuando, pero él es el Dios de la Naturaleza al que todos deben volver al final. Se le ha llamado el Padre de todos los Dioses, pero la mayoría de sus hijos han nacido muertos.

Sylvia era religiosa de una manera honesta y vagamente devocional, y no le gustaba oír hablar de sus creencias como meros retoños, pero al menos era algo nuevo y esperanzador oír a Mortimer el Muerto hablar con tanta energía y convicción sobre cualquier tema.

—¿Realmente no crees en Pan? —preguntó incrédula.

—He sido un tonto en la mayoría de las cosas —dijo Mortimer tranquilamente—, pero no soy tan tonto como para no creer en Pan cuando estoy aquí abajo. Y si eres sabia, no descreerás de él con demasiada jactancia mientras estés en su tierra.

No fue hasta una semana después, cuando Sylvia había agotado las atracciones de los paseos por el bosque alrededor de Yessney, que se aventuró en un recorrido de inspección de los edificios de la granja. Un corral de granja sugería en su mente una escena de alegre bullicio, con mantequeras, mayales y lecheras sonrientes, y yuntas de caballos bebiendo hasta las rodillas en estanques llenos de patos. Mientras deambulaba entre los desgarrados edificios grises de la granja señorial de Yessney, su primera impresión fue de una quietud y desolación aplastantes, como si se hubiera topado con alguna granja solitaria y abandonada, entregada desde hacía mucho tiempo a los búhos y las telarañas; luego vino una sensación de hostilidad furtiva y vigilante, la misma sombra de cosas invisibles que parecía acechar en las hondonadas y bosquecillos boscosos. Detrás de pesadas puertas y ventanas con postigos llegaba el inquieto patear de un casco o el chirrido de una cadena de cabestro, y a veces un mugido ahogado de alguna bestia estabulada. Desde un rincón distante, un perro peludo la observaba con ojos atentos y hostiles; al acercarse, se deslizó silenciosamente en su caseta, y volvió a salir tan silenciosamente cuando ella hubo pasado. Unas pocas gallinas, buscando comida bajo un almiar, se escabulleron por debajo de una puerta a su paso. Sylvia sintió que si se hubiera encontrado con algún ser humano en este desierto de graneros y establos, habrían huido como espectros de su mirada. Al final, al doblar una esquina rápidamente, se encontró con un ser vivo que no huyó de ella. Estirada en un charco de barro había una cerda enorme, gigantesca más allá de la más descabellada computación de carne porcina de la mujer de ciudad, y rápidamente alerta para resentir y si era necesario repeler la intrusión inusitada. Fue el turno de Sylvia de hacer una retirada discreta. Mientras se abría paso entre pajares, establos y largos muros en blanco, se sobresaltó de repente por un sonido extraño: el eco de la risa de un niño, dorada y equívoca. Jan, el único muchacho empleado en la granja, un palurdo de pelo estopa y cara avellanada, estaba visiblemente trabajando en un claro de patatas a media ladera de la colina más cercana, y Mortimer, cuando se le preguntó, no conocía a ningún otro probable o posible generador de la burla oculta que había emboscado la retirada de Sylvia. El recuerdo de ese eco irrastreable se sumó a sus otras impresiones de un «algo» furtivo y siniestro que flotaba alrededor de Yessney.

De Mortimer veía muy poco; la granja, los bosques y los arroyos trucheros parecían tragárselo desde el amanecer hasta el anochecer. Una vez, siguiendo la dirección que le había visto tomar por la mañana, llegó a

un claro en un bosquecillo de avellanos, aún más cerrado por enormes tejos, en cuyo centro se erigía un pedestal de piedra coronado por una pequeña figura de bronce de un Pan juvenil. Era una hermosa pieza de artesanía, pero su atención se centró principalmente en el hecho de que se había colocado un racimo de uvas recién cortado como ofrenda a sus pies. Las uvas no eran demasiado abundantes en la casa solariega, y Sylvia arrebató el racimo con enojo del pedestal. La molestia despectiva dominaba sus pensamientos mientras paseaba lentamente hacia casa, y luego dio paso a una aguda sensación de algo que estaba muy cerca del miedo; a través de una espesa maraña de maleza, el rostro de un muchacho la miraba con ceño fruncido, moreno y hermoso, con ojos de una maldad inefable. Era un sendero solitario, todos los senderos alrededor de Yessney eran solitarios, por cierto, y ella se apresuró hacia adelante sin esperar a dar un escrutinio más cercano a esta repentina aparición. No fue hasta que llegó a la casa que descubrió que se le había caído el racimo de uvas en su huida.

— Vi a un joven en el bosque hoy —le dijo a Mortimer esa noche—, de rostro moreno y bastante guapo, pero con pinta de sinvergüenza. Un muchacho gitano, supongo.

— Una teoría razonable —dijo Mortimer—, solo que no hay gitanos en estas partes actualmente.

— Entonces, ¿quién era? —preguntó Sylvia, y como Mortimer no parecía tener ninguna teoría propia, pasó a relatar su hallazgo de la ofrenda votiva.

— Supongo que fue obra tuya —observó—; es una locura inofensiva, pero la gente pensaría que eres terriblemente tonto si lo supieran.

— ¿Lo tocaste de alguna manera? —preguntó Mortimer.

— Yo... tiré las uvas. Parecía tan tonto —dijo Sylvia, observando el rostro impasible de Mortimer en busca de una señal de molestia.

— No creo que fueras sabia al hacer eso —dijo él reflexivamente—. He oído decir que los Dioses del Bosque son bastante horribles con quienes los molestan.

— Horribles quizás para quienes creen en ellos, pero verás, yo no creo —replicó Sylvia.

—Aun así —dijo Mortimer en su tono uniforme y desapasionado—, yo evitaría los bosques y los huertos si fuera tú, y me mantendría a buena distancia de las bestias con cuernos de la granja.

Era todo una tontería, por supuesto, pero en ese lugar solitario y rodeado de bosques, la tontería parecía capaz de engendrar una prole bastarda de inquietud.

—Mortimer —dijo Sylvia de repente—, creo que volveremos a la Ciudad pronto.

Su victoria no había sido tan completa como había supuesto; la había llevado a un terreno que ya estaba ansiosa por abandonar.

—No creo que vuelvas nunca a la Ciudad —dijo Mortimer. Parecía estar parafraseando la predicción de su madre sobre él mismo.

Sylvia notó con insatisfacción y algo de autodesprecio que el curso de su paseo de la tarde siguiente la llevó instintivamente lejos de la red de bosques. En cuanto al ganado cornudo, la advertencia de Mortimer apenas era necesaria, pues siempre los había considerado, en el mejor de los casos, de dudosa neutralidad: su imaginación despojaba de su sexo a las vacas lecheras más matronales y las convertía en toros propensos a «ver rojo» en cualquier momento. El carnero que pastaba en el estrecho prado debajo de los huertos lo había juzgado, tras una amplia y cautelosa prueba, de temperamento dócil; hoy, sin embargo, decidió dejar su docilidad sin probar, pues la bestia usualmente tranquila vagaba con todos los signos de inquietud de esquina a esquina de su prado. Un silbido bajo e intermitente, como de alguna flauta de caña, provenía de la profundidad de un bosquecillo cercano, y parecía haber alguna conexión sutil entre el paso inquieto del animal y la música salvaje del bosque. Sylvia dirigió sus pasos en dirección ascendente y escaló las laderas cubiertas de brezo que se extendían en ondulantes hombros muy por encima de Yessney. Había dejado atrás las notas sibilantes, pero a través de las hondonadas boscosas a sus pies el viento le trajo otro tipo de música, el aullido esforzado de los sabuesos en plena persecución. Yessney estaba justo en las afueras de la comarca de Devon y Somerset, y el ciervo cazado a veces pasaba por allí. Sylvia pudo ver en seguida un cuerpo oscuro, coronando colina tras colina, y hundiéndose una y otra vez fuera de la vista al cruzar las hondonadas, mientras detrás de él crecía constantemente ese coro implacable, y se tensó con la simpatía exci-

tada que uno siente por cualquier cosa cazada en cuya captura no está directamente interesado. Y al final rompió la línea más externa de matorrales de roble y helechos y se detuvo jadeante al aire libre, un ciervo gordo de septiembre con una cornamenta bien provista. Su curso obvio era bajar a las pozas marrones de Undercombe, y desde allí abrirse paso hacia el santuario favorito de los ciervos rojos, el mar. Para sorpresa de Sylvia, sin embargo, volvió la cabeza hacia la ladera y avanzó pesadamente con resolución sobre el brezo. «Será terrible», pensó, «los sabuesos lo derribarán ante mis propios ojos». Pero la música de la jauría parecía haberse desvanecido por un momento, y en su lugar oyó de nuevo ese silbido salvaje, que ahora se elevaba por este lado, ahora por aquel, como si instara al ciervo desfalleciente a un esfuerzo final. Sylvia se apartó bien de su camino, medio oculta en un espeso crecimiento de arbustos de arándano, y lo observó subir rígidamente, con los flancos oscuros de sudor, el pelo áspero de su cuello mostrando un contraste claro. La música de la flauta chilló de repente a su alrededor, pareciendo venir de los arbustos a sus mismos pies, y en el mismo momento la gran bestia viró y se abalanzó directamente sobre ella. En un instante, su piedad por el animal cazado se transformó en un terror salvaje por su propio peligro; las gruesas raíces del brezo se burlaron de sus torpes esfuerzos de huida, y miró frenéticamente hacia abajo en busca de un atisbo de los sabuesos que se acercaban. Las enormes puntas de la cornamenta estaban a pocos metros de ella, y en un destello de miedo paralizante recordó la advertencia de Mortimer, de tener cuidado con las bestias con cuernos de la granja. Y entonces, con un rápido latido de alegría, vio que no estaba sola; una figura humana estaba de pie a pocos pasos de distancia, hasta las rodillas en los arbustos de arándano.

—¡Ahuyéntalo! —gritó. Pero la figura no hizo ningún movimiento de respuesta.

La cornamenta se clavó directamente en su pecho, el olor agrio del animal cazado estaba en sus fosas nasales, pero sus ojos estaban llenos del horror de algo que veía además de su muerte inminente. Y en sus oídos resonaba el eco de la risa de un niño, dorada y equívoca.

LA HISTORIA DE SAN VESPALUUS

—Cuéntame una historia —dijo la Baronesa, mirando desesperadamente la lluvia; era esa lluvia ligera y apologética que parece que va a parar en cualquier momento y sigue durante la mayor parte de la tarde.

—¿Qué tipo de historia? —preguntó Clovis, dando a su mazo de croquet un empujón de despedida hacia el retiro.

—Una lo suficientemente cierta para ser interesante y no lo suficientemente cierta para ser aburrida —dijo la Baronesa.

Clovis reorganizó varios cojines para su solaz y satisfacción personal; sabía que a la Baronesa le gustaba que sus invitados estuvieran cómodos, y pensó que era correcto respetar sus deseos en ese particular.

—¿Te he contado alguna vez la historia de San Vespaluus? —preguntó.

—Me has contado historias de grandes duques y domadores de leones y viudas de financieros y un jefe de correos en Herzegovina —dijo la Baronesa—, y sobre un jockey italiano y una institutriz aficionada que fue a Varsovia, y varias sobre tu madre, pero ciertamente nunca nada sobre un santo.

—Esta historia sucedió hace mucho tiempo —dijo él—, en aquellos incómodos tiempos abigarrados en que un tercio de la gente era pagana, un tercio cristiana, y el tercio más grande de todos simplemente seguía la religión que la Corte profesara en ese momento. Había un cierto rey llamado Hkrikros, que tenía un genio terrible y ningún sucesor inmediato en su

propia familia; su hermana casada, sin embargo, le había proporcionado una gran cantidad de sobrinos de los que seleccionar a su heredero. Y el más elegible y aprobado por la realeza de todos estos sobrinos era Vespaluus, de dieciséis años. Era el más guapo, el mejor jinete y lanzador de jabalina, y tenía ese don principesco inestimable de poder pasar junto a un suplicante con un aire de no haberlo visto, pero que ciertamente habría dado algo si lo hubiera hecho. Mi madre tiene ese don hasta cierto punto; puede pasar sonriente y financieramente ilesa por un bazar de caridad, y encontrarse con los organizadores al día siguiente con un aire solícito de "si hubiera sabido que necesitabais fondos" que es realmente un triunfo de audacia. Ahora bien, Hkrikros era un pagano de primera, y mantenía el culto a las serpientes sagradas, que vivían en una arboleda consagrada en una colina cerca del palacio real, a un alto nivel de entusiasmo. A la gente común se le permitía hacer lo que quisiera, dentro de ciertos límites discretos, en materia de religión privada, pero cualquier funcionario al servicio de la Corte que se pasara al nuevo culto era menospreciado, literalmente y metafóricamente, siendo el menosprecio hecho desde la galería que rodeaba el foso de los osos real. En consecuencia, hubo un considerable escándalo y consternación cuando el joven Vespaluus apareció un día en una función de la Corte con un rosario metido en el cinturón, y anunció en respuesta a airadas preguntas que había decidido adoptar el cristianismo, o al menos darle una oportunidad. Si hubiera sido cualquiera de los otros sobrinos, el rey posiblemente habría ordenado algo drástico en forma de azotes y destierro, pero en el caso del favorecido Vespaluus, determinó considerar todo el asunto de la misma manera que un padre moderno podría considerar la intención anunciada de su hijo de adoptar el teatro como profesión. Envío, por consiguiente, a buscar al Bibliotecario Real. La biblioteca real en aquellos días no era un asunto muy extenso, y el guardián de los libros del rey tenía mucho tiempo libre. En consecuencia, era requerido con frecuencia para la resolución de los asuntos de otras personas cuando estos se desviaban de los límites normales y se volvían temporalmente inmanejables.

—«Debes razonar con el Príncipe Vespaluus», dijo el rey, «e inculcarle el error de sus caminos. No podemos tener al heredero al trono dando un ejemplo tan peligroso».

—«Pero, ¿dónde encontraré los argumentos necesarios?», preguntó el Bibliotecario.

— «Te doy total libertad para escoger y elegir tus argumentos en los bosques y bosquecillos reales», dijo el rey; «si no puedes reunir algunas observaciones cortantes y réplicas punzantes adecuadas para la ocasión, eres una persona de muy pocos recursos».

— Así que el Bibliotecario fue a los bosques y recogió una buena selección de varas y ramas altamente argumentativas, y luego procedió a razonar con Vespaluus sobre la locura, la iniquidad y, sobre todo, la indecencia de su conducta. Su razonamiento dejó una profunda impresión en el joven príncipe, una impresión que duró muchas semanas, durante las cuales no se oyó nada más sobre el desafortunado desliz hacia el cristianismo. Luego, otro escándalo de la misma naturaleza agitó la Corte. En un momento en que debería haber estado ocupado invocando audiblemente la graciosa protección y el patrocinio de las santas serpientes, se oyó a Vespaluus cantando un cántico en honor de San Odilón de Cluny. El rey se enfureció por este nuevo brote, y comenzó a tener una visión sombría de la situación; Vespaluus evidentemente iba a mostrar una peligrosa obstinación en persistir en su herejía. Y sin embargo, no había nada en su apariencia que justificara tal perversidad; no tenía el ojo pálido del fanático ni la mirada mística del soñador. Por el contrario, era el muchacho más guapo de la Corte; tenía una figura elegante y bien formada, una tez saludable, ojos del color de las moras muy maduras y cabello oscuro, liso y muy bien cuidado.

— Suena como una descripción de lo que imaginas que eras a los dieciséis años —dijo la Baronesa.

— Probablemente mi madre te ha estado mostrando algunas de mis primeras fotografías —dijo Clovis. Habiendo convertido el sarcasmo en un cumplido, reanudó su historia.

— El rey encerró a Vespaluus en una torre oscura durante tres días, con solo pan y agua para vivir, el chillido y el aleteo de los murciélagos para escuchar, y nubes a la deriva para observar a través de una pequeña rendija en la ventana. La sección antipagana de la comunidad comenzó a hablar portentosamente del niño mártir. El martirio fue mitigado, en lo que respecta a la comida, por el descuido del guardián de la torre, que una o dos veces dejó por error una porción de su propia cena de carne asada, fruta y vino en la celda del príncipe. Después de que el castigo terminó, Vespaluus fue vigilado de cerca en busca de cualquier otro síntoma de perversidad religiosa,

pues el rey estaba decidido a no tolerar más oposición en un asunto tan importante, ni siquiera de un sobrino favorito. Si había más de estas tonterías, dijo, la sucesión al trono tendría que ser alterada.

»Durante un tiempo todo fue bien; el festival de deportes de verano se acercaba, y el joven Vespaluus estaba demasiado absorto en competiciones de lucha, carreras a pie y lanzamiento de jabalina como para molestarse con la contienda de sistemas religiosos en conflicto. Luego, sin embargo, llegó el gran evento culminante del festival de verano, la danza ceremonial alrededor de la arboleda de las serpientes sagradas, y Vespaluus, como diríamos, "se la saltó". La afrenta a la religión del Estado fue demasiado pública y ostentosa para ser pasada por alto, incluso si el rey hubiera estado dispuesto a ello, y no estaba en lo más mínimo dispuesto. Durante un día y medio se sentó aparte y caviló, y todo el mundo pensó que estaba debatiendo dentro de sí la cuestión de la muerte o el perdón del joven príncipe; de hecho, simplemente estaba pensando en la manera de la muerte del muchacho. Como la cosa tenía que hacerse, y estaba destinada a atraer una enorme cantidad de atención pública en cualquier caso, era mejor hacerla lo más espectacular e impresionante posible.

»—«Aparte de su desafortunado gusto en religiones», dijo el rey, «y su obstinación en adherirse a ella, es un joven dulce y agradable, por lo tanto es justo y apropiado que sea ejecutado por los alados enviados de la dulzura».

»—«¿Su Majestad quiere decir...?», dijo el Bibliotecario Real.

»—«Quiero decir», dijo el rey, «que será picado hasta la muerte por las abejas. Por las abejas reales, por supuesto».

»—«Una muerte de lo más elegante», dijo el Bibliotecario.

»—«Elegante y espectacular, y decididamente dolorosa», dijo el rey; «cumple todas las condiciones que se podrían desear».

—El propio rey pensó en todos los detalles de la ceremonia de ejecución. Vespaluus debía ser despojado de sus ropas, sus manos debían ser atadas a la espalda, y luego debía ser colgado en posición reclinada inmediatamente sobre tres de las colmenas reales más grandes, de modo que el menor movimiento de su cuerpo lo pusiera en contacto discordante con ellas. El resto podía dejarse con seguridad a las abejas. Las agonías de la muerte,

calculó el rey, podrían durar entre quince y cuarenta minutos, aunque había división de opiniones y considerables apuestas entre los otros sobrinos sobre si la muerte no podría ser casi instantánea o, por otro lado, si no podría posponerse un par de horas. De todos modos, todos estuvieron de acuerdo, era mucho preferible a ser arrojado a un foso de osos maloliente y ser arañado y mutilado hasta la muerte por animales imperfectamente carnívoros.

»Sucedió, sin embargo, que el guardián de las colmenas reales tenía inclinaciones hacia el cristianismo, y además, como la mayoría de los funcionarios de la Corte, estaba muy apegado a Vespalius. En la víspera de la ejecución, por lo tanto, se ocupó de quitar los aguijones de todas las abejas reales; fue una operación larga y delicada, pero era un apicultor experto, y trabajando duro casi toda la noche logró desarmar a todas, o casi todas, las inquilinas de las colmenas.

—No sabía que se podía quitar el aguijón de una abeja viva —dijo la Baronesa incrédula.

—Toda profesión tiene sus secretos —replicó Clovis—; si no los tuviera, no sería una profesión. Bueno, llegó el momento de la ejecución; el rey y la Corte tomaron sus lugares, y se encontró alojamiento para tantos populares como desearan presenciar el inusual espectáculo. Afortunadamente, el colmenar real era de considerables dimensiones, y estaba dominado, además, por las terrazas que rodeaban los jardines reales; con un poco de apretujamiento y la erección de unas pocas plataformas se encontró espacio para todos. Vespalius fue llevado al espacio abierto frente a las colmenas, sonrojado y ligeramente avergonzado, pero no del todo disgustado por la atención que se centraba en él.

—Parece que se parecía a ti en más cosas que en la apariencia —dijo la Baronesa.

—No interrumpas en un punto crítico de la historia —dijo Clovis—. Tan pronto como fue cuidadosamente ajustado en la posición prescrita sobre las colmenas, y casi antes de que los carceleros tuvieran tiempo de retirarse a una distancia segura, Vespalius dio una patada vigorosa y bien dirigida, que envió las tres colmenas a caer una sobre otra. Al instante siguiente estaba envuelto de pies a cabeza en abejas; cada insecto individual albergaba el terrible y humillante conocimiento de que en esta hora suprema de

catástrofe no podía picar, pero cada uno sentía que debía fingir que lo hacía. Vespaluus chillaba y se retorció de risa, pues le estaban haciendo cosquillas casi hasta la muerte, y de vez en cuando daba una patada furiosa y decía una palabrota cuando una de las pocas abejas que habían escapado al desarme acertaba con su protesta. Pero los espectadores vieron con asombro que no mostraba signos de agonía cercana a la muerte, y a medida que las abejas caían cansadamente en racimos de su cuerpo, su carne se veía tan blanca y lisa como antes de la prueba, con un brillo lustroso por la capa de miel de innumerables patas de abeja, y aquí y allá una pequeña mancha roja donde una de las raras picaduras había dejado su marca. Era obvio que se había realizado un milagro en su favor, y un fuerte murmullo, de asombro o de exultación, se elevó de la multitud que observaba. El rey dio órdenes de que bajaran a Vespaluus para esperar nuevas órdenes, y regresó silenciosamente a su comida del mediodía, en la que se cuidó de comer abundantemente y beber copiosamente como si no hubiera sucedido nada inusual. Después de la cena, mandó llamar al Bibliotecario Real.

—«¿Cuál es el significado de este fiasco?», exigió.

—«Su Majestad», dijo ese funcionario, «o hay algo radicalmente mal con las abejas...»

—«No hay nada malo con mis abejas», dijo el rey altivamente, «son las mejores abejas».

—«O bien», dijo el Bibliotecario, «hay algo irremediablemente bien con el Príncipe Vespaluus».

—«Si Vespaluus está en lo cierto, yo debo estar equivocado», dijo el rey.

—El Bibliotecario guardó silencio por un momento. El habla apresurada ha sido la perdición de muchos; el silencio irreflexivo fue la ruina del desafortunado funcionario de la Corte.

—Olvidando la contención debida a su dignidad, y la regla de oro que impone el reposo de mente y cuerpo después de una comida pesada, el rey se abalanzó sobre el guardián de los libros reales y lo golpeó repetida y promiscuamente en la cabeza con un tablero de ajedrez de marfil, un jarro de vino de peltre y un candelabro de latón; lo golpeó violenta y a menudo contra un aplique de antorcha de hierro, y lo pateó tres veces alrededor del salón de banquetes con patadas rápidas y enérgicas. Finalmente, lo arrastró

por un largo pasillo por los pelos de la cabeza y lo arrojó por una ventana al patio de abajo.

—¿Se hizo mucho daño? —preguntó la Baronesa.

—Más herido que sorprendido —dijo Clovis—. Verás, el rey era notorio por su temperamento violento. Sin embargo, esta era la primera vez que se había desatado tan desenfrenadamente después de una comida pesada. El Bibliotecario agonizó durante muchos días; de hecho, por lo que sé, puede que finalmente se recuperara, pero Hkrikros murió esa misma tarde. Vespaluus apenas había terminado de quitarse las manchas de miel del cuerpo cuando una apresurada delegación vino a ponerle el óleo de la coronación en la cabeza. Y entre el milagro presenciado públicamente y la ascensión de un soberano cristiano, no fue sorprendente que hubiera una avalancha general de conversos a la nueva religión. Un obispo consagrado a toda prisa se vio desbordado por una oleada de bautismos en la improvisada Catedral de San Odilón. Y el niño-mártir-que-pudo-ser fue transpuesto en la imaginación popular a un niño-santo real, cuya fama atrajo a multitudes de curiosos y devotos visitantes a la capital. Vespaluus, que estaba ocupado organizando los juegos y las competiciones atléticas que marcarían el comienzo de su reinado, no tuvo tiempo de prestar atención al fervor religioso que efervescía en torno a su personalidad; el primer indicio que tuvo del estado de cosas existente fue cuando el Chambelán de la Corte (una adición reciente y muy ardiente a la comunidad cristiana) trajo para su aprobación los planes de un proyecto de tala ceremonial de la idólatra arboleda de las serpientes.

—«Su Majestad tendrá a bien cortar el primer árbol con un hacha especialmente consagrada», dijo el obsequioso funcionario.

—«Te cortaré la cabeza primero, con cualquier hacha que tenga a mano», dijo Vespaluus indignado; «¿supones que voy a empezar mi reinado ofendiendo mortalmente a las sagradas serpientes? Sería de muy mala suerte».

—«¿Pero los principios cristianos de Su Majestad?», exclamó el desconcertado Chambelán.

—«Nunca tuve ninguno», dijo Vespaluus; «solía fingir ser un converso cristiano solo para molestar a Hkrikros. Se ponía de un humor delicioso. Y era bastante divertido ser azotado, regañado y encerrado en una torre todo

por nada. Pero en cuanto a convertirme en cristiano de verdad, como parece que hacéis vosotros, no podría ni pensarlo. Y las santas y estimadas serpientes siempre me han ayudado cuando les he rezado por el éxito en mis carreras, luchas y cazas, y fue a través de su distinguida intercesión que las abejas no pudieron herirme con sus agujones. Sería una negra ingratitud volverme contra su culto al principio mismo de mi reinado. Te odio por sugerirlo».

—El Chambelán se retorció las manos desesperadamente.

—«Pero, Su Majestad», se lamentó, «el pueblo lo está reverenciando como a un santo, y los nobles se están cristianizando por lotes, y los potentados vecinos de esa Fe están enviando enviados especiales para darle la bienvenida como a un hermano. Se habla de convertirlo en el santo patrón de las colmenas, y un cierto tono de amarillo miel ha sido bautizado como oro vespaluusiano en la Corte del Emperador. Seguramente no puede retractarse de todo esto».

—«No me importa ser reverenciado, saludado y honrado», dijo Vespaluus; «ni siquiera me importa ser santificado con moderación, siempre y cuando no se espere que sea también santo. Pero deseo que entendáis clara y finalmente que NO renunciaré al culto de las augustas y auspiciosas serpientes».

—Había un mundo de foso de osos no dicho en la forma en que pronunció esas últimas palabras, y los ojos oscuros como moras brillaron peligrosamente.

—«Un nuevo reinado», se dijo el Chambelán a sí mismo, «pero el mismo viejo genio».

—Finalmente, como una necesidad de Estado, el asunto de las religiones se comprometió. A intervalos establecidos, el rey aparecía ante sus súbditos en la catedral nacional en el carácter de San Vespaluus, y la arboleda idólatra fue podada y talada gradualmente hasta que no quedó nada de ella. Pero las sagradas y estimadas serpientes fueron trasladadas a un matorral privado en los jardines reales, donde Vespaluus el Pagano y ciertos miembros de su casa las adoraban devota y decentemente. Esa es posiblemente la razón por la que el éxito del niño-rey en los deportes y la caza nunca lo abandonó has-

ta el final de sus días, y esa es también la razón por la que, a pesar de la veneración popular por su santidad, nunca recibió la canonización oficial.

—Ha dejado de llover —dijo la Baronesa.

EL CAMINO A LA LECHERÍA

La Baronesa y Clovis estaban sentados en un rincón muy frecuentado del Parque, intercambiando confidencias biográficas sobre la larga sucesión de transeúntes.

—¿Quiénes son esas jóvenes de aspecto deprimido que acaban de pasar? —preguntó la Baronesa—; tienen el aire de personas que se han rendido al destino y no están muy seguras de si el saludo será correspondido.

—Esas —dijo Clovis—, son las Brimley Bomefield. Me atrevo a decir que tú también parecerías deprimida si hubieras pasado por sus experiencias.

—Siempre estoy teniendo experiencias deprimentes —dijo la Baronesa—; pero nunca las expreso exteriormente. Es tan malo como aparentar la edad que uno tiene. Cuéntame sobre las Brimley Bomefield.

—Bueno —dijo Clovis—, el comienzo de su tragedia fue que encontraron una tía. La tía había estado allí todo el tiempo, pero casi habían olvidado su existencia hasta que un pariente lejano les refrescó la memoria recordándola muy claramente en su testamento; es maravilloso lo que la fuerza del ejemplo puede lograr. La tía, que había sido discretamente pobre, se volvió bastante agradablemente rica, y las Brimley Bomefield se preocuparon de repente por la soledad de su vida y la tomaron bajo sus alas colectivas. Tenía tantas alas a su alrededor en ese momento como una de esas bestias del Apocalipsis.

—Hasta ahora no veo ninguna tragedia desde el punto de vista de las Brimley Bomefield —dijo la Baronesa.

—Todavía no hemos llegado a ella —dijo Clovis—. La tía estaba acostumbrada a vivir muy sencillamente, y apenas había visto nada de lo que nosotros consideraríamos vida, y sus sobrinas no la animaron a hacer mucho en el sentido de darse bombo con su dinero. Una buena parte de él les llegaría a su muerte, y era una mujer bastante mayor, pero había una circunstancia que arrojaba una sombra de melancolía sobre la satisfacción que sentían por el descubrimiento y la adquisición de esta tía deseable: ella reconocía abiertamente que una cómoda porción de su pequeña fortuna iría a un sobrino del otro lado de su familia. Él era un canalla bastante deplorable, y un completo desastre en lo que a gastar dinero se refiere, pero había sido más o menos decente con la anciana en sus días de olvido, y ella no quería oír nada en su contra. Al menos, no prestaba atención a lo que oía, pero sus sobrinas se encargaron de que tuviera que escuchar bastante en esa línea. Parecía una lástima, decían entre ellas, que el buen dinero cayera en manos tan indignas. Habitualmente hablaban del dinero de su tía como «buen dinero», como si las tías de otras personas se dedicaran en su mayoría a la moneda falsa.

»Regularmente, después del Derby, el St. Leger y otros eventos hípicos notables, se entregaban a especulaciones audibles sobre cuánto dinero había despilfarrado Roger en desafortunadas apuestas.

»—Sus gastos de viaje deben ascender a una gran suma —dijo la mayor de las Brimley Bomefield un día—; dicen que asiste a todas las carreras de Inglaterra, además de a otras en el extranjero. No me extrañaría que fuera hasta la India para ver la carrera del Sorteo de Calcuta de la que tanto se oye hablar.

»—Viajar amplía la mente, mi querida Christine —dijo su tía.

»—Sí, querida tía, viajar emprendido con el espíritu adecuado —convino Christine—; pero viajar perseguido simplemente como un medio para el juego y la vida extravagante es más probable que contraiga el bolsillo que que amplíe la mente. Sin embargo, mientras Roger se divierta, supongo que no le importa cuán rápido o infructuosamente se vaya el dinero, o dónde ha de encontrar más. Es una lástima, eso es todo.

»Para entonces, la tía había empezado a hablar de otra cosa, y era dudoso que la moralina de Christine hubiera sido siquiera escuchada. Fue su comentario, sin embargo —el comentario de la tía, quiero decir—, sobre que viajar ampliaba la mente, lo que le dio a la más joven de las Brimley Bomefield su gran idea para desenmascarar a Roger.

»—Si pudiéramos llevar a la tía a algún sitio para que lo viera jugar y tirar el dinero —dijo—, le abriría los ojos sobre su carácter más eficazmente que cualquier cosa que podamos decir.

»—Mi querida Veronique —dijeron sus hermanas—, no podemos ir siguiéndolo a las carreras.

»—Ciertamente no a las carreras —dijo Veronique—, pero podríamos ir a algún lugar donde se pueda observar el juego sin participar en él.

»—¿Te refieres a Montecarlo? —le preguntaron, empezando a entusiasmarse con la idea.

»—Montecarlo está muy lejos y tiene una reputación terrible —dijo Veronique—; no me gustaría decirles a nuestros amigos que vamos a Montecarlo. Pero creo que Roger suele ir a Dieppe por estas fechas, y gente inglesa bastante respetable va allí, y el viaje no sería caro. Si la tía pudiera soportar la travesía del Canal, el cambio de aires podría hacerle mucho bien.

»Y así fue como la fatídica idea llegó a las Brimley Bomefield.

»Desde el primer momento, el desastre se cernió sobre la expedición, como recordaron después. Para empezar, todas las Brimley Bomefield se encontraron extremadamente mal durante la travesía, mientras que la tía disfrutaba del aire marino y hacía amistad con todo tipo de extraños compañeros de viaje. Luego, aunque habían pasado muchos años desde que había estado en el Continente, había hecho allí un aprendizaje muy práctico como dama de compañía, y su conocimiento del francés coloquial superaba al de ellas con creces. Se hizo cada vez más difícil mantener bajo sus alas colectivas a una persona que sabía lo que quería y era capaz de pedirlo y de asegurarse de que lo conseguía. Además, en lo que a Roger respectaba, en Dieppe no encontraron nada; resultó que se alojaba en Pourville, un pequeño balneario a una o dos millas más al oeste. Las Brimley Bomefield descubrieron que Dieppe estaba demasiado concurrido y era demasiado frívo-

lo, y persuadieron a la anciana para que emigrara a la relativa reclusión de Pourville.

»—No te aburrirás, ya sabes —le aseguraron—; hay un pequeño casino anexo al hotel, y puedes ver a la gente bailar y tirar su dinero en los *petits chevaux*.

»Fue justo antes de que los *petits chevaux* fueran suplantados por la *boule*.

»Roger no se alojaba en el mismo hotel, pero sabían que el casino contaría con su patrocinio la mayoría de las tardes y noches.

»En la primera noche de su visita, entraron en el casino después de una cena bastante temprana, y rondaron cerca de las mesas. Bertie van Tahn se alojaba allí en ese momento, y él me describió todo el incidente. Las Brimley Bomefield vigilaban furtivamente las puertas como si esperaran que apareciera alguien, y la tía se divertía e interesaba cada vez más viendo los caballitos girar y girar en el tablero.

»—¿Sabes?, el pobre numerito ocho no ha ganado en las últimas treinta y dos veces —le dijo a Christine—; he estado llevando la cuenta. Realmente tendré que ponerle cinco francos para animarlo.

»—Ven a ver el baile, querida —dijo Christine nerviosamente. Apenas formaba parte de su estrategia que Roger entrara y encontrara a la anciana apostando a su favorito en la mesa de los *petits chevaux*.

»—Espera a que le ponga cinco francos al número ocho —dijo la tía, y al instante siguiente su dinero estaba sobre la mesa. Los caballos comenzaron a moverse, fue una carrera lenta esta vez, y el número ocho se deslizó al final como un demonio astuto y colocó su nariz apenas una fracción por delante del número tres, que parecía estar ganando fácilmente. Hubo que recurrir a la medición, y el número ocho fue proclamado ganador. La tía recogió treinta y cinco francos. Después de eso, las Brimley Bomefield habrían tenido que usar la fuerza concertada para alejarla de las mesas. Cuando Roger apareció en escena, ella llevaba ganados cincuenta y dos francos; sus sobrinas rondaban desconsoladamente en el fondo, como pollos que han sido incubados por una pata y observan desesperadamente a su madre divirtiéndose en un elemento peligroso y poco congenial. La cena que Roger insistió en invitar esa noche en honor a su tía y a las tres señori-

tas Brimley Bomefield fue notable por la alegría desenfrenada de dos de los participantes y la alegría fúnebre de los demás invitados.

»—No creo —confió Christine después a una amiga, que se lo re-confió a Bertie van Tahn—, que pueda volver a probar el *pâté de foie gras*. Me traería recuerdos de esa noche terrible.

»Durante los dos o tres días siguientes, las sobrinas hicieron planes para volver a Inglaterra o trasladarse a otro lugar donde no hubiera casino. La tía estaba ocupada elaborando un sistema para ganar en los *petits chevaux*. El número ocho, su primer amor, no le había ido muy bien, y una serie de apuestas fuertes al número cinco habían resultado aún peor.

»—¿Sabéis?, he perdido más de setecientos francos en las mesas esta tarde —anunció alegremente en la cena de la cuarta noche de su visita.

»—¡Tía! ¡Veintiocho libras! Y anoche también estabas perdiendo.

»—Oh, lo recuperaré todo —dijo ella con optimismo—; pero no aquí. Estos caballitos tontos no sirven. Iré a algún sitio donde se pueda jugar cómodamente a la ruleta. No hace falta que pongáis esa cara de espanto. Siempre he sentido que, si se me diera la oportunidad, sería una jugadora empedernida, y ahora, queridas, me habéis puesto la oportunidad en bandeja. Debo beber a vuestra salud. ¡Camarero, una botella de Pontet Canet! Ah, es el número siete en la carta de vinos; apostaré fuerte al número siete esta noche. Ganó cuatro veces seguidas esta tarde cuando yo estaba apostando a ese tonto número cinco.

»El número siete no estaba de humor ganador esa noche. Las Brimley Bomefield, cansadas de observar el desastre desde la distancia, se acercaron a la mesa donde su tía era ahora una asidua honrada, y contemplaron con melancolía las sucesivas victorias del uno, el cinco, el ocho y el cuatro, que barrían el «buen dinero» del bolsillo de la obstinada apostadora del siete. Las pérdidas del día ascendieron a algo muy cercano a los dos mil francos.

»—¡Jugadoras incorregibles! —les dijo Roger en broma, cuando las encontró en las mesas.

»—No estamos jugando —dijo Christine con frialdad—; estamos mirando.

»—No me lo creo —dijo Roger con aire de sabelotodo—; por supuesto que sois un sindicato y la tía está poniendo las apuestas por todas vosotras. Cualquiera puede darse cuenta por vuestras caras cuando gana el caballo equivocado que tenéis una apuesta hecha.

»Tía y sobrino cenaron solos esa noche, o al menos lo habrían hecho si Bertie no se les hubiera unido; todas las Brimley Bomefield tenían dolor de cabeza.

»La tía se las llevó a todas a Dieppe al día siguiente y se puso alegremente a la tarea de recuperar algunas de sus pérdidas. Su suerte fue variable; de hecho, tuvo algunas rachas de buena fortuna, justo lo suficiente para mantenerla completamente entretenida con su nueva distracción; pero en general, fue una perdedora. Las Brimley Bomefield tuvieron un ataque colectivo de postración nerviosa el día que vendió una cantidad de acciones de los ferrocarriles argentinos. «Nada traerá de vuelta ese dinero», se comentaban lúgubrementemente entre ellas.

»Veronique al final no pudo soportarlo más y se fue a casa; verás, había sido idea suya llevar a la tía a esta desastrosa expedición, y aunque las otras no se lo echaban verbalmente en cara, había un cierto reproche latente en sus ojos que era más difícil de afrontar que las reprimendas reales. Las otras dos se quedaron, montando guardia desconsoladamente sobre su tía hasta que el declive de la temporada de Dieppe la hiciera volverse finalmente en dirección a casa y a la seguridad. Hicieron cálculos ansiosos sobre cuánto «buen dinero» podría, con suerte razonable, ser despilfarrado mientras tanto. Aquí, sin embargo, su cálculo se equivocó de lejos; el final de la temporada de Dieppe simplemente dirigió los pensamientos de su tía en busca de algún otro lugar de juego conveniente. «Muéstrale a un gato el camino a la lechería...» No recuerdo cómo sigue el proverbio, pero resumía la situación en lo que a la tía de las Brimley Bomefield se refería. Le habían presentado placeres inexplorados, y los encontró muy de su agrado, y no tenía prisa por renunciar a los frutos de su conocimiento recién adquirido. Verás, por primera vez en su vida, la anciana se estaba divirtiendo de verdad; estaba perdiendo dinero, pero se divertía y emocionaba mucho en el proceso, y le quedaba suficiente para vivir muy cómodamente. De hecho, apenas estaba aprendiendo el arte de darse buena vida. Era una anfitriona popular, y a cambio sus compañeros de juego siempre estaban dispuestos a invitarla a cenas y festines cuando tenían suerte. Sus sobrinas, que todavía per-

manecían a su servicio, con la patética renuencia de una tripulación a abandonar un barco del tesoro que se hunde pero que aún podría ser llevado a puerto, encontraban poco placer en estas festividades bohemias; ver el «buen dinero» despilfarrado en buena vida para el entretenimiento de un círculo heterogéneo de conocidos que probablemente no les serían socialmente útiles de ninguna manera, no las predisponía a un espíritu de juerga. Se las arreglaban, siempre que era posible, para excusarse de participar en las deploradas alegrías de su tía; los dolores de cabeza de las Brimley Bomefield se hicieron famosos.

»Y un día las sobrinas llegaron a la conclusión de que, como ellas lo habrían expresado, "no se conseguiría ningún propósito útil" con su continua asistencia a una pariente que se había emancipado tan completamente de la protectora protección de sus alas. La tía soportó el anuncio de su partida con una alegría que fue casi desconcertante.

»— Ya es hora de que os vayáis a casa y os hagáis ver esos dolores de cabeza por un especialista — fue su comentario sobre la situación.

»El viaje de regreso de las Brimley Bomefield fue una verdadera retirada de Moscú, y lo que lo hizo más amargo fue el hecho de que el Moscú, en este caso, no estaba abrumado por el fuego y las cenizas, sino simplemente extravagantemente sobreiluminado.

»De amigos y conocidos comunes, a veces reciben atisbos de su pariente pródiga, que se ha convertido en una jugadora maniática confirmada, viviendo de los restos de ingresos que los prestamistas complacientes le han dejado a su disposición.

»Así que no te sorprendas — concluyó Clovis —, si llevan un aire deprimido en público.

»— ¿Cuál es Veronique? — preguntó la Baronesa.

»— La de aspecto más deprimido de las tres — dijo Clovis.

LA OFRENDA DE PAZ

—Quiero que me ayudes a montar un espectáculo dramático de algún tipo —le dijo la Baronesa a Clovis—. Verás, ha habido una impugnación electoral aquí, un diputado destituido y un sinfín de amargura y rencor, y el Condado está socialmente dividido contra sí mismo. Pensé que una obra de teatro de algún tipo sería una excelente oportunidad para volver a unir a la gente y darles algo en qué pensar además de las aburridas disputas políticas.

La Baronesa evidentemente ambicionaba reproducir bajo su propio techo los efectos pacificadores tradicionalmente atribuidos a la célebre *Reel de Tullochgorum*.

—Podríamos hacer algo en la línea de la tragedia griega —dijo Clovis, tras la debida reflexión—; el Regreso de Agamenón, por ejemplo.

La Baronesa frunció el ceño.

—Suenan un poco reminiscente de un resultado electoral, ¿no crees?

—No era ese tipo de regreso —explicó Clovis—; era un regreso a casa.

—Pensé que habías dicho que era una tragedia.

—Bueno, lo era. Lo mataron en su baño, ya sabes.

—Ah, ahora conozco la historia, por supuesto. ¿Quieres que yo haga el papel de Charlotte Corday?

—Esa es una historia diferente y un siglo diferente —dijo Clovis—; las unidades dramáticas prohíben ambientar una escena en más de un siglo a la vez. El asesinato en este caso tiene que ser cometido por Clitemnestra.

—Un nombre bastante bonito. Haré ese papel. Supongo que tú quieres ser Aga..., comoquiera que se llame.

—Querida, no. Agamenón era padre de hijos adultos, y probablemente llevaba barba y parecía prematuramente envejecido. Yo seré su auriga o su asistente de baño, o algo decorativo de ese tipo. Debemos hacerlo todo al estilo de *Sumurun*, ya sabes.

—No lo sé —dijo la Baronesa—; al menos, lo sabría mejor si me explicaras exactamente qué quieres decir con el estilo de *Sumurun*.

Clovis complació: —Música extraña, y saltitos exóticos y brincos voladores, y muchos drapeados y desdrapeados. Particularmente desdrapeados.

—Creo que te dije que viene el Condado. El Condado no soportará nada muy griego.

—Puedes superar cualquier objeción llamándolo Higiene, o cultura de las extremidades, o algo por el estilo. Después de todo, todo el mundo expone sus entrañas a la mirada y simpatía del público hoy en día, así que ¿por qué no el exterior de uno?

—Mi querido muchacho, puedo invitar al Condado a una obra griega, o a una obra de época, pero a una obra de época griega, nunca. No conviene dejar que el instinto dramático nos lleve demasiado lejos; hay que considerar el entorno. Cuando uno vive entre galgos, debe evitar hacer imitaciones realistas de un conejo, a menos que quiera que le arranquen la cabeza de un mordisco. Recuerda, tengo este lugar en un contrato de arrendamiento de siete años. Y luego —continuó la Baronesa—, en cuanto a los saltitos y brincos voladores; debo pedirle a Emily Dushford que participe. Es una chica buena y encantadora, y hará cualquier cosa que se le diga, o lo intentará; pero, ¿puedes imaginarla dando un brinco volador bajo ninguna circunstancia?

—Ella puede ser Casandra, y solo necesita dar brincos voladores hacia el futuro, en un sentido metafórico.

—Casandra; un nombre bastante bonito. ¿Qué tipo de personaje es?

—Era una especie de agente de avanzadilla de las calamidades. Conocerla era conocer lo peor. Afortunadamente para la alegría de la época en que

vivió, nadie la tomaba muy en serio. Aun así, debe haber sido bastante irritante que apareciera después de cada catástrofe con un aire consciente de «quizás la próxima vez creeréis lo que digo».

— Yo habría querido matarla.

— Como Clitemnestra, creo que satisfaces ese deseo tan natural.

— Entonces, ¿tiene un final feliz, a pesar de ser una tragedia?

— Bueno, apenas —dijo Clovis—; verás, la satisfacción de poner un fin violento a Casandra debe haber sido considerablemente atenuada por el hecho de que ella había predicho lo que le iba a pasar. Probablemente muera con una sonrisa intensamente irritante de «te lo dije» en los labios. Por cierto, por supuesto, todos los asesinatos se harán al estilo de *Sumurun*.

— Por favor, explícamelo de nuevo —dijo la Baronesa, sacando un cuaderno y un lápiz.

— Poco y a menudo, ya sabes, en lugar de un solo golpe contundente. Verás, estás en tu propia casa, así que no hay necesidad de apresurarse con el asesinato como si fuera un deber desagradable pero necesario.

— ¿Y qué tipo de final tengo yo? Quiero decir, ¿qué telón me toca?

— Supongo que corres a los brazos de tu amante. Ahí es donde entrará uno de los brincos voladores.

La preparación y los ensayos de la obra parecían susceptibles de causar, en un área restringida, casi tantos sinsabores y rencores como la impugnación electoral. Clovis, como adaptador y director de escena, insistió, en la medida de lo posible, en que el auriga fuera el personaje más prominente de la obra, y su túnica de piel de pantera causó casi tantos problemas y discusiones como la espasmódica sucesión de amantes de Clitemnestra, que fracasaban en la prueba con una uniformidad alarmante. Cuando el reparto se fijó finalmente sin esperanza de indulto, las cosas apenas fueron más fluidas. Clovis y la Baronesa exageraron un poco el estilo de *Sumurun*, mientras que el resto de la compañía apenas se podría decir que lo intentara. En cuanto a Casandra, de quien se esperaba que improvisara sus propias profecías, parecía tan incapaz de dar brincos voladores hacia el futuro como de ejecutar más que un paseo severamente plantígrado por el escenario.

— ¡Ay! ¡Troyanos, ay de Troya! — fue el comentario más inspirado que pudo producir después de varias horas de estudio concienzudo de todas las autoridades disponibles.

— No sirve de nada predecir la caída de Troya — protestó Clovis —, porque Troya ha caído antes de que comience la acción de la obra. Y tampoco debes decir demasiado sobre tu propia perdición inminente, porque eso revelaría demasiado al público.

Después de varios minutos de dolorosa búsqueda mental, Casandra sonrió tranquilizadamente.

— Ya sé. Predeciré un largo y feliz reinado para Jorge V.

— Mi querida niña — protestó Clovis —, ¿has reflexionado que Casandra se especializaba en predecir calamidades?

Hubo otra pausa prolongada y otro resultado triunfante.

— Ya sé. Predeciré una temporada desastrosa para la jauría de caza del zorro.

— De ninguna manera — suplicó Clovis —; recuerda que todas las predicciones de Casandra se hicieron realidad. El Maestro de la Caza y el Secretario de la Caza son terriblemente supersticiosos, y ambos van a estar presentes.

Casandra se retiró apresuradamente a su dormitorio para lavarse los ojos antes de aparecer para el té.

La Baronesa y Clovis a estas alturas apenas se hablaban. Cada uno deseaba sinceramente que su respectivo papel fuera el eje en torno al cual girara toda la producción, y cada uno no perdía oportunidad para promover la causa que tenía en el corazón. Tan rápido como Clovis introducía alguna escena efectiva para el auriga (e introdujo muchas), la Baronesa la eliminaba sin piedad, o más a menudo la encajaba en su propio papel, mientras que Clovis tomaba represalias de manera similar siempre que era posible. El clímax llegó cuando Clitemnestra se anexionó unas líneas muy halagadoras, que debían ser dirigidas al auriga por un grupo de admiradoras doncellas griegas, y las puso en boca de su amante. Clovis permaneció de pie con aparente despreocupación mientras las palabras:

«Oh, hermoso jovencito, radiante como el alba», eran transpuestas a:

«Oh, Clitemnestra, radiante como el alba», pero había un brillo peligroso en sus ojos que podría haber advertido a la Baronesa. Él mismo había compuesto el verso, inspirado y completamente arrebatado por su tema; sufría, por lo tanto, una doble punzada al ver su tributo desviado de su objeto destinado, y sus palabras mutiladas y torcidas en lo que se convirtió en un panegírico extravagante sobre los encantos personales de la Baronesa. Fue a partir de este momento que se volvió amable y asiduo en su entrenamiento privado de Casandra.

El Condado, olvidando sus disensiones, se reunió en pleno para presenciar la tan comentada producción. La Providencia protectora que cuida de los niños pequeños y del teatro aficionado cumplió su promesa tradicional de que todo saldría bien en la noche del estreno. La Baronesa y Clovis parecían haber zanjado sus diferencias mutuas, y entre ambos dominaron la escena hasta el eclipse parcial de todos los demás personajes, quienes, en su mayoría, parecían contentos de permanecer en la sombra. Incluso Agamenón, con diez años de vida extenuante alrededor de Troya a su favor, parecía ser una personalidad discreta en comparación con su extravagante auriga. Pero llegó el momento de que Casandra (a quien se le había eximido de cualquier efusión muy definida durante los ensayos) apoyara su papel pronunciando unas cuantas anticipaciones bien escogidas de la desgracia pendiente. Los músicos contribuyeron con lamentos y golpes apropiadamente lúgubres, y la Baronesa aprovechó la oportunidad para correr al camerino a efectuar ciertas reparaciones en su maquillaje. Casandra, nerviosa pero resuelta, se acercó al proscenio y, como quien repite una lección cuidadosamente aprendida, lanzó sus comentarios directamente al público:

— Veo la desgracia para este hermoso país si la prole de políticos corruptos, egoístas, sin escrúpulos y sin principios —(aquí nombró a uno de los dos partidos rivales del Estado)— continúa infestando y envenenando nuestros consejos locales y socavando nuestra representación parlamentaria; si continúan arrebatando votos por medios nefastos y desacreditables...

Un zumbido como de una gran colmena de abejas desconcertadas y ofendidas ahogó sus demás comentarios y superó el zumbido de los músicos. La Baronesa, que debería haber sido recibida a su regreso al escenario con la agradable invocación «Oh, Clitemnestra, radiante como el alba», oyó en

cambio la voz imperiosa de Lady Thistledale ordenando su carruaje, y algo parecido a una tormenta de discordia abierta en la parte de atrás de la sala.

Las divisiones sociales en el Condado se curaron a su manera; ambos partidos encontraron un terreno común en la condena del gusto y la falta de tacto escandalosamente malos de la Baronesa.

Ha tenido la suerte de subarrendar durante la mayor parte de su contrato de siete años.

LA PAZ DE MOWSLE BARTON

Crefton Lockyer estaba sentado a sus anchas, una comodidad tanto del cuerpo como del alma, en el pequeño trozo de tierra, mitad huerto y mitad jardín, que colindaba con el corral de la granja en Mowsle Barton. Después del estrés y el ruido de largos años de vida en la ciudad, el reposo y la paz de la granja rodeada de colinas golpeaban sus sentidos con una intensidad casi dramática. El tiempo y el espacio parecían perder su significado y su brusquedad; los minutos se deslizaban en horas, y los prados y barbechos se inclinaban hacia la media distancia, suave e imperceptiblemente. Las malas hierbas silvestres del seto se adentraban en el jardín de flores, y las alhelíes y los arbustos del jardín hacían contra-incursiones en el corral y el camino. Gallinas de aspecto soñoliento y patos solemnes y preocupados estaban igualmente a gusto en el corral, el huerto o la carretera; nada parecía pertenecer definitivamente a ningún lugar; incluso las puertas no se encontraban necesariamente en sus goznes. Y sobre toda la escena se cernía la sensación de una paz que tenía casi una cualidad mágica. Por la tarde sentías que siempre había sido tarde, y que siempre debía seguir siendo tarde; en el crepúsculo sabías que nunca podría haber sido otra cosa que crepúsculo. Crefton Lockyer se sentó a sus anchas en el asiento rústico bajo un viejo níspero, y decidió que allí estaba el anclaje vital que su mente había imaginado con tanto cariño y que últimamente sus sentidos cansados y crispados tanto habían anhelado. Haría un alojamiento permanente entre esta gente sencilla y amable, aumentando gradualmente las modestas comodidades con las que le gustaría rodearse, pero adaptándose en la medida de lo posible a su modo de vida.

Mientras maduraba lentamente esta resolución en su mente, una anciana se acercó cojeando con paso incierto a través del huerto. La reconoció como miembro de la casa de la granja, la madre o posiblemente la suegra de la señora Spurfield, su actual casera, y formuló apresuradamente algún comentario agradable para decirle. Ella se le adelantó.

—Hay algo escrito con tiza en la puerta de allá. ¿Qué es?

Hablaba de una manera apagada e impersonal, como si la pregunta hubiera estado en sus labios durante años y fuera mejor deshacerse de ella. Sus ojos, sin embargo, miraban con impaciencia por encima de la cabeza de Crefton hacia la puerta de un pequeño granero que formaba el puesto de avanzada de una línea dispersa de edificios de la granja.

«Martha Pillamon es una vieja bruja» era el anuncio que encontró la escrutadora mirada de Crefton, y dudó un momento antes de dar mayor publicidad a la declaración. Por lo que él sabía, bien podría ser la propia Martha con quien estaba hablando. Era posible que el apellido de soltera de la señora Spurfield hubiera sido Pillamon. Y la anciana desgarbada y marchita a su lado ciertamente podría cumplir las condiciones locales en cuanto al aspecto exterior de una bruja.

—Es algo sobre alguien llamada Martha Pillamon —explicó con cautela.

—¿Qué dice?

—Es muy irrespetuoso —dijo Crefton—; dice que es una bruja. No deberían escribirse esas cosas.

—Es verdad, cada palabra —dijo su interlocutora con considerable satisfacción, añadiendo como nota descriptiva especial de su cosecha—, la vieja sabandija.

Y mientras se alejaba cojeando por el corral, gritó con su voz cascada: —¡Martha Pillamon es una vieja bruja!

—¿Oíste lo que dijo? —murmuró una voz débil y enojada en algún lugar detrás del hombro de Crefton. Volviéndose apresuradamente, vio a otra anciana, delgada, amarilla y arrugada, y evidentemente en un alto estado de disgusto. Obviamente, esta era Martha Pillamon en persona. El huerto parecía ser un paseo favorito para las ancianas del vecindario.

—'Son mentiras, son mentiras pecaminosas —continuó la débil voz—. Es Betsy Croot la vieja bruja. Ella y su hija, la rata sucia. Les echaré un maleficio, las viejas fastidiosas.

Mientras se alejaba cojeando lentamente, su ojo captó la inscripción de tiza en la puerta del granero.

—¿Qué hay escrito ahí? —exigió, volviéndose bruscamente hacia Crefton.

—Vote por Soarker —respondió él, con la audacia cobarde del pacificador experimentado.

La anciana gruñó, y sus murmullos y su chal rojo desvaído se perdieron gradualmente entre los troncos de los árboles. Crefton se levantó al poco y se dirigió hacia la casa de la granja. De alguna manera, gran parte de la paz parecía haberse desvanecido de la atmósfera.

El alegre bullicio de la hora del té en la vieja cocina de la granja, que a Crefton le había parecido tan agradable en tardes anteriores, parecía haberse agriado hoy en una cierta melancolía inquieta. Había un silencio pesado y arrastrado alrededor de la mesa, y el té mismo, cuando Crefton lo probó, era una brebaje insípido y tibio que habría ahuyentado el espíritu de juerga de un carnaval.

—No sirve de nada quejarse del té —dijo la señora Spurfield apresuradamente, mientras su huésped miraba su taza con aire de educada inquisición—. La tetera no hierve, esa es la verdad.

Crefton se volvió hacia el hogar, donde un fuego inusualmente violento estaba acumulado bajo una gran tetera negra, que enviaba una delgada voluta de vapor por su pico, pero que por lo demás parecía ignorar la acción de las rugientes llamas debajo de ella.

—Ha estado ahí más de una hora, y no quiere hervir —dijo la señora Spurfield, añadiendo, a modo de explicación completa—, estamos embrujados.

—Es Martha Pillamon quien lo ha hecho —intervino la anciana madre—; ya me las pagaré con esa vieja sabandija. Le echaré un maleficio.

—Tiene que hervir a su debido tiempo —protestó Crefton, ignorando las sugerencias de influencias malignas—. Quizás el carbón esté húmedo.

—No hervirá a tiempo para la cena, ni para el desayuno de mañana, ni aunque mantuvieras el fuego encendido toda la noche —dijo la señora Spurfield. Y no lo hizo. La casa subsistió a base de platos fritos y horneados, y un vecino amablemente preparaba té y lo enviaba en un estado moderadamente caliente.

—Supongo que nos dejará, ahora que las cosas se han puesto incómodas —observó la señora Spurfield en el desayuno—; hay gente que abandona a uno tan pronto como aparece la desgracia.

Crefton se apresuró a desmentir cualquier cambio inmediato de planes; observó, sin embargo, para sí mismo, que la cordialidad inicial había abandonado en gran medida la casa. Miradas sospechosas, silencios hoscos o discursos agudos se habían convertido en la orden del día. En cuanto a la anciana madre, se sentaba en la cocina o en el jardín todo el día, murmurando amenazas y maleficios contra Martha Pillamon. Había algo a la vez aterrador y lastimoso en el espectáculo de estos frágiles y viejos trozos de humanidad consagrandos sus últimas energías parpadeantes a la tarea de hacerse mutuamente desgraciadas. El odio parecía ser la única facultad que había sobrevivido con vigor e intensidad inalterados donde todo lo demás caía en una decadencia ordenada y simétrica. Y la parte extraña era que un poder horrible y malsano parecía destilarse de su rencor y sus maldiciones. Ninguna cantidad de explicación escéptica podía eliminar el hecho indudable de que ni la tetera ni la cacerola llegaban al punto de ebullición sobre el fuego más caliente. Crefton se aferró el mayor tiempo posible a la teoría de algún defecto en los carbones, pero un fuego de leña dio el mismo resultado, y cuando una pequeña tetera de alcohol, que encargó por transportista, mostró la misma obstinada negativa a permitir que su contenido hirviera, sintió que había entrado en contacto de repente con algún aspecto insospechado y muy maligno de fuerzas ocultas. A millas de distancia, a través de una abertura en las colinas, podía vislumbrar una carretera por donde a veces pasaban coches, y sin embargo aquí, tan poco alejado de las arterias de la última civilización, había una vieja granja infestada de murciélagos, donde algo inequívocamente parecido a la brujería parecía ejercer un dominio muy práctico.

Al salir por el jardín de la granja de camino a los senderos de más allá, donde esperaba recuperar la cómoda sensación de tranquilidad que tanto faltaba alrededor de la casa y el hogar —especialmente el hogar—, Crefton

se encontró con la anciana madre, sentada murmurando para sí misma en el asiento bajo el níspero. «Que se hunda el que nade, que se hunda el que nade», repetía una y otra vez, como un niño repite una lección a medio aprender. Y de vez en cuando rompía en una risa estridente, con una nota de malicia que no era agradable de oír. Crefton se alegró cuando se encontró fuera de su alcance auditivo, en la quietud y el aislamiento de los senderos profundos y cubiertos de maleza que parecían no llevar a ninguna parte; uno, más estrecho y profundo que el resto, atrajo sus pasos, y casi se molestó cuando descubrió que realmente servía como un camino en miniatura hacia una morada humana. Una casucha de aspecto desolado con un trozo de huerto de coles mal cuidado y unos pocos manzanos viejos se erigía en un ángulo donde un arroyo de corriente rápida se ensanchaba por un espacio en un estanque de tamaño decente antes de apresurarse de nuevo a través de los sauces que habían detenido su curso. Crefton se apoyó en el tronco de un árbol y miró a través de los remolinos del estanque hacia la humilde casita frente a él; la única señal de vida provenía de una pequeña procesión de patos de aspecto sucio que marchaban en fila india hasta la orilla del agua. Siempre hay algo bastante atractivo en la forma en que un pato se transforma en un instante de un lento y torpe caminante de la tierra a un grácil y boyante nadador de las aguas, y Crefton esperó con cierta atención detenida para ver al líder de la fila lanzarse a la superficie del estanque. Al mismo tiempo, fue consciente de un curioso instinto de advertencia de que algo extraño y desagradable estaba a punto de suceder. El pato se lanzó con confianza hacia el agua, y rodó inmediatamente bajo la superficie. Su cabeza apareció por un momento y volvió a hundirse, dejando un rastro de burbujas a su paso, mientras las alas y las patas batían el agua en un torbellino impotente de aleteos y pataleos. El pájaro obviamente se estaba ahogando. Crefton pensó al principio que se había enredado en algunas algas, o que estaba siendo atacado desde abajo por un lucio o una rata de agua. Pero no flotó sangre a la superficie, y el cuerpo que se balanceaba salvajemente recorrió el circuito de la corriente del estanque sin impedimento de ningún enredo. Un segundo pato ya se había lanzado al estanque, y un segundo cuerpo luchando rodaba y se retorció bajo la superficie. Había algo peculiarmente lastimoso en la vista de los picos jadeantes que se mostraban de vez en cuando sobre el agua, como en una protesta aterrorizada por esta traición de un elemento confiable y familiar. Crefton miró con algo parecido al horror mientras un tercer pato se posaba en la orilla y chapoteaba, para

compartir el destino de los otros dos. Se sintió casi aliviado cuando el resto de la bandada, alarmada tardíamente por la conmoción de los cuerpos que se ahogaban lentamente, se irguió con el cuello tenso y estirado, y se apartó de la escena del peligro, graznando una profunda nota de inquietud mientras se iban. En el mismo momento, Crefton se dio cuenta de que no era el único testigo humano de la escena; una anciana encorvada y marchita, a quien reconoció de inmediato como Martha Pillamon, de siniestra reputación, había bajado cojeando por el sendero de la casucha hasta la orilla del agua, y miraba fijamente el espantoso tiovivo de pájaros moribundos que daba vueltas en horrible procesión por el estanque. Al poco, su voz resonó en una nota estridente de rabia temblorosa:

—'Fue Betsy Croot quien lo hizo, la vieja rata. Le echaré un maleficio, ya verás si no.

Crefton se escabulló silenciosamente, inseguro de si la anciana había notado o no su presencia. Incluso antes de que ella hubiera proclamado la culpabilidad de Betsy Croot, el encantamiento murmurado de esta última, «Que se hunda el que nade», había cruzado incómodamente su mente. Pero fue la amenaza final de un maleficio de represalia lo que llenó su mente de recelo con exclusión de cualquier otro pensamiento o fantasía. Sus poderes de razonamiento ya no podían permitirse descartar estas amenazas de viejas como simples riñas vacías. La casa de Mowsle Barton estaba bajo el disgusto de una anciana vengativa que parecía capaz de materializar sus rencores personales de una manera muy práctica, y no se sabía qué forma podría tomar su venganza por tres patos ahogados. Como miembro de la casa, Crefton podría verse envuelto en alguna visitación general y muy desagradable de la ira de Martha Pillamon. Por supuesto, sabía que estaba cediendo a fantasías absurdas, pero el comportamiento de la tetera de alcohol y la escena posterior en el estanque lo habían puesto considerablemente nervioso. Y la vaguedad de su alarma aumentaba sus terrores; una vez que has incluido lo Imposible en tus cálculos, sus posibilidades se vuelven prácticamente ilimitadas.

Crefton se levantó a su hora temprana habitual a la mañana siguiente, después de una de las noches menos reparadoras que había pasado en la granja. Sus aguzados sentidos detectaron rápidamente esa sutil atmósfera de que las cosas no van del todo bien que se cierne sobre una casa afligida. Las vacas habían sido ordeñadas, pero estaban acurrucadas en el corral, esperando

impacientemente a que las llevaran al campo, y las aves de corral mantenían un importuno y quejumbroso recordatorio de la hora de comer diferida; la bomba del corral, que usualmente hacía música discordante a intervalos frecuentes durante la madrugada, estaba hoy ominosamente silenciosa. En la propia casa había un ir y venir de pasos apresurados, un correr y desvanecerse de voces apuradas, y largos e inquietos silencios. Crefton terminó de vestirse y se dirigió a la parte superior de una estrecha escalera. Pudo oír una voz apagada y quejumbrosa, una voz en la que se había deslizado un temor reverencial, y reconoció a la hablante como la señora Spurfield.

—Se irá, seguro —decía la voz—; hay quienes huyen de uno tan pronto como se muestra la verdadera desgracia.

Crefton sintió que probablemente él era uno de «esos», y que había momentos en los que era aconsejable ser fiel al tipo.

Regresó sigilosamente a su habitación, recogió y empacó sus pocas pertenencias, colocó el dinero adeudado por su alojamiento sobre una mesa y salió por una puerta trasera al corral. Una multitud de aves de corral se abalanzó expectante hacia él; sacudiéndose sus interesadas atenciones, se apresuró a pasar bajo la cubierta del establo, la pocilga y los pajares hasta que llegó al camino en la parte de atrás de la granja. Unos minutos de caminata, que solo el peso de su maleta impidió que se convirtiera en una carrera manifiesta, lo llevaron a una carretera principal, donde el primer transportista pronto lo alcanzó y lo condujo rápidamente a la ciudad vecina. En una curva de la carretera, echó un último vistazo a la granja; los viejos tejados a dos aguas y los graneros de paja, el huerto disperso y el níspero, con su asiento de madera, se destacaban con una claridad casi espectral a la luz de la madrugada, y sobre todo ello se cernía ese aire de posesión mágica que Crefton había confundido una vez con la paz.

El bullicio y el estruendo de la estación de Paddington golpearon sus oídos con un bienvenido saludo protector.

—Muy malo para nuestros nervios, toda esta prisa y ajetreo —dijo un compañero de viaje—; deme la paz y la tranquilidad del campo.

Crefton renunció mentalmente a su parte del bien deseado. Un music-hall abarrotado y brillantemente iluminado, donde una orquesta enérgica ofrecía

una exuberante interpretación de «1812», era lo que más se acercaba a su ideal de un sedante para los nervios.

EL ARTE DE DISUADIR A TARRINGTON

—¡Cielos! —exclamó la tía de Clovis—, ahí viene alguien que conozco. No recuerdo su nombre, pero almorzó con nosotros una vez en la ciudad. Tarrington, sí, eso es. Se ha enterado del pícnic que estoy organizando para la Princesa, y se me pegará como un salvavidas hasta que le dé una invitación; luego me preguntará si puede traer a todas sus esposas, madres y hermanas con él. Eso es lo peor de estos pequeños balnearios; uno no puede escapar de nadie.

—Yo cubriré la retaguardia si quieres huir ahora —se ofreció Clovis—; tienes diez metros de ventaja si no pierdes tiempo.

La tía de Clovis respondió valientemente a la sugerencia, y se alejó con el traqueteo de un vapor del Nilo, con una larga estela castaña de spaniel pequinés a su paso.

—Finge que no lo conoces —fue su consejo de despedida, teñido del coraje temerario del no combatiente.

Al instante siguiente, las insinuaciones de un caballero afablemente dispuesto estaban siendo recibidas por Clovis con una mirada de «silencio en un pico de Darién», que denotaba una ausencia total de conocimiento previo del objeto escrutado.

—Supongo que no me reconoce con mi bigote —dijo el recién llegado—; solo me lo he dejado crecer en los últimos dos meses.

—Al contrario —dijo Clovis—, el bigote es lo único de usted que me resultaba familiar. Estaba seguro de haberlo visto en alguna parte antes.

—Mi nombre es Tarrington —reanudó el candidato al reconocimiento.

—Un nombre muy útil —dijo Clovis—; con un nombre de ese tipo nadie le culparía si no hiciera nada particularmente heroico o notable, ¿verdad? Y sin embargo, si levantara una tropa de caballería ligera en un momento de emergencia nacional, «la Caballería Ligera de Tarrington» sonaría bastante apropiado y emocionante; mientras que si se llamara Snoopin, por ejemplo, la cosa estaría fuera de lugar. Nadie, ni siquiera en un momento de emergencia nacional, podría pertenecer a la Caballería de Snoopin.

El recién llegado sonrió débilmente, como quien no se deja desanimar por la mera frivolidad, y comenzó de nuevo con paciente persistencia:

—Creo que debería recordar mi nombre...

—Lo haré —dijo Clovis, con un aire de inmensa sinceridad—. Mi tía me estaba pidiendo esta misma mañana que le sugiriera nombres para cuatro lechuzas jóvenes que acaba de recibir como mascotas. Las llamaré a todas Tarrington; así, si una o dos de ellas mueren o se escapan, o nos dejan de alguna de las maneras en que las lechuzas mascotas suelen hacerlo, siempre quedarán una o dos para continuar con su nombre. Y mi tía no me dejará olvidarlo; siempre estará preguntando «¿Han comido sus ratones los Tarrington?» y preguntas de ese tipo. Dice que si tienes criaturas salvajes en cautiverio debes atender sus necesidades, y por supuesto tiene toda la razón en eso.

—Lo conocí en un almuerzo en casa de su tía una vez... —intervino el señor Tarrington, pálido pero aún resuelto.

—Mi tía nunca almuerza —dijo Clovis—; pertenece a la Liga Nacional Anti-Almuerzo, que está haciendo un gran trabajo de una manera tranquila y discreta. Una suscripción de media corona por trimestre te da derecho a saltarte noventa y dos almuerzos.

—Esto debe ser algo nuevo —exclamó Tarrington.

—Es la misma tía que siempre he tenido —dijo Clovis fríamente.

—Recuerdo perfectamente haberlo conocido en un almuerzo que dio su tía —insistió Tarrington, que empezaba a sonrojarse con un tono rosado

moteado poco saludable.

—¿Qué había de almuerzo? —preguntó Clovis.

—Oh, bueno, eso no lo recuerdo...

—Qué amable de su parte recordar a mi tía cuando ya no puede recordar los nombres de las cosas que comió. Mi memoria funciona de manera muy diferente. Puedo recordar un menú mucho después de haber olvidado a la anfitriona que lo acompañaba. Cuando tenía siete años, recuerdo que una duquesa o algo así me dio un melocotón en una fiesta en el jardín; no recuerdo nada de ella, excepto que imagino que nuestra relación debió de ser de lo más superficial, ya que me llamó «un niño bueno», pero tengo recuerdos imborrables de ese melocotón. Era uno de esos melocotones exuberantes que te salen al encuentro, por así decirlo, y se te echan encima en un momento. Era un hermoso y prístino producto de invernadero, y sin embargo se las arreglaba con bastante éxito para darse aires de compota. Tenías que morderlo y beberlo al mismo tiempo. Para mí siempre ha habido algo encantador y místico en la idea de ese delicado globo de fruta de terciopelo, madurando y calentándose lentamente hasta la perfección a través de los largos días de verano y las noches perfumadas, y luego cruzándose de repente en mi vida en el momento supremo de su existencia. Nunca podré olvidarlo, ni aunque quisiera. Y cuando hube devorado todo lo comestible, todavía quedaba el hueso, que un niño descuidado y desconsiderado sin duda habría tirado; yo lo metí por el cuello de un joven amigo que llevaba un traje de marinero muy escotado. Le dije que era un escorpión, y por la forma en que se retorció y gritaba, evidentemente lo creyó, aunque de dónde se imaginaba el tonto que yo podría conseguir un escorpión vivo en una fiesta en el jardín, no lo sé. En conjunto, ese melocotón es para mí un recuerdo imborrable y feliz...

El derrotado Tarrington ya se había retirado fuera del alcance del oído, consolándose como buenamente pudo con la reflexión de que un pícnic que incluyera la presencia de Clovis podría resultar una experiencia dudosamente agradable.

—Ciertamente me dedicaré a la carrera parlamentaria —se dijo Clovis mientras se volvía complacientemente para reunirse con su tía—. Como orador para desechar proyectos de ley inconvenientes, sería invaluable.

LOS SABUESOS DEL DESTINO

En la luz mortecina de una tarde de otoño cerrada y plomiza, Martin Stoner se abría paso por caminos embarrados y senderos llenos de surcos que no sabía exactamente a dónde conducían. En algún lugar delante de él, imaginaba, se encontraba el mar, y hacia el mar sus pasos parecían dirigirse persistentemente; por qué se esforzaba fatigosamente hacia esa meta, apenas podría haberlo explicado, a menos que estuviera poseído por el mismo instinto que lleva a un ciervo acosado hacia el acantilado en su última extremidad. En su caso, los sabuesos del Destino ciertamente lo acosaban con implacable insistencia; el hambre, la fatiga y una desesperanza desesperada habían entumecido su cerebro, y apenas podía reunir la energía suficiente para preguntarse qué impulso subyacente lo impulsaba hacia adelante. Stoner era uno de esos individuos desafortunados que parecen haberlo intentado todo; una pereza e imprevisión naturales siempre habían intervenido para malograr cualquier posibilidad de éxito, incluso moderado, y ahora estaba al final de su cuerda, y no había nada más que intentar. La desesperación no había despertado en él ninguna reserva latente de energía; por el contrario, un letargo mental creció en torno a la crisis de su fortuna. Con la ropa que llevaba puesta, medio penique en el bolsillo y ni un solo amigo o conocido a quien recurrir, sin perspectivas de una cama para la noche ni de una comida para el día siguiente, Martin Stoner avanzaba estoicamente, entre setos húmedos y bajo árboles goteantes, con la mente casi en blanco, excepto que era subconscientemente consciente de que en algún lugar delante de él se encontraba el mar. Otra conciencia se le imponía de vez en cuando: el conocimiento de que estaba miserablemente hambriento. Al poco, se detuvo junto a una puerta abierta que conducía a un espacioso y bastante descuida-

do jardín de granja; había pocas señales de vida, y la casa de la granja en el otro extremo del jardín parecía fría e inhóspita. Una llovizna, sin embargo, comenzaba a caer, y Stoner pensó que quizás allí podría obtener unos minutos de refugio y comprar un vaso de leche con su última moneda. Se volvió lenta y fatigosamente hacia el jardín y siguió un estrecho sendero de losas hasta una puerta lateral. Antes de que tuviera tiempo de llamar, la puerta se abrió y un anciano encorvado y de aspecto marchito se hizo a un lado en el umbral como para dejarlo pasar.

—¿Podría entrar para guarecerme de la lluvia? —comenzó Stoner, pero el anciano lo interrumpió.

—Entre, señor Tom. Sabía que volvería uno de estos días.

Stoner cruzó el umbral tambaleándose y se quedó mirando incomprensiblemente al otro.

—Siéntese mientras le preparo algo de cena —dijo el anciano con una ansiedad temblorosa. Las piernas de Stoner cedieron por el puro cansancio, y se hundió inertemente en el sillón que le habían acercado. En otro minuto estaba devorando la carne fría, el queso y el pan que le habían colocado en la mesa a su lado.

—Poco ha cambiado usted en estos cuatro años —continuó el anciano, con una voz que a Stoner le sonó como algo en un sueño, lejana e intrascendente—; pero a nosotros nos encontrará muy cambiados, sí. No queda nadie en la casa como cuando se fue; nada más que yo y su tía. Iré a decirle que ha venido; no querrá verlo, pero le dejará quedarse, eso sí. Siempre dijo que si volvía, podría quedarse, pero que nunca volvería a verlo ni a hablarle.

El anciano colocó una jarra de cerveza en la mesa frente a Stoner y luego se alejó cojeando por un largo pasillo. La llovizna se había convertido en un furioso aguacero, que golpeaba violentamente contra la puerta y las ventanas. El vagabundo pensó con un escalofrío en cómo debía verse la orilla del mar bajo esta lluvia torrencial, con la noche cayendo por todos lados. Terminó la comida y la cerveza y se sentó entumecido esperando el regreso de su extraño anfitrión. A medida que los minutos pasaban en el reloj de pie de la esquina, una nueva esperanza comenzó a parpadear y a crecer en la mente del joven; era simplemente la expansión de su antiguo anhelo de comida y unos minutos de descanso en un deseo de encontrar refugio para la

noche bajo este techo aparentemente hospitalario. Un golpeteo de pasos por el pasillo anunció el regreso del viejo sirviente de la granja.

—La señora no quiere verlo, señor Tom, pero dice que se quede. Es justo, viendo que la granja será suya cuando a ella la entierren. He mandado encender un fuego en su habitación, señor Tom, y las criadas han puesto sábanas limpias en la cama. No encontrará nada cambiado allí arriba. Quizás esté cansado y quiera irse ahora.

Sin una palabra, Martin Stoner se levantó pesadamente y siguió a su ángel ministerial por un pasillo, subió una corta escalera que crujía, recorrió otro pasillo y entró en una habitación grande iluminada por un fuego alegremente crepitante. Había pocos muebles, sencillos, anticuados y de buena calidad; una ardilla disecada en una vitrina y un calendario de pared de hacía cuatro años eran casi los únicos síntomas de decoración. Pero Stoner apenas tenía ojos para otra cosa que no fuera la cama, y apenas pudo esperar para quitarse la ropa antes de rodar en un lujo de cansancio en sus cómodas profundidades. Los sabuesos del Destino parecían haberse detenido por un breve momento.

A la fría luz de la mañana, Stoner se rio sin alegría mientras se daba cuenta lentamente de la situación en la que se encontraba. Quizás podría tomar un poco de desayuno gracias a su parecido con este otro granuja desaparecido, y marcharse a salvo antes de que nadie descubriera el fraude que le habían impuesto. En la habitación de abajo encontró al anciano encorvado listo con un plato de tocino y huevos fritos para el desayuno del «señor Tom», mientras una criada de rostro adusto y de edad avanzada traía una tetera y le servía una taza de té. Mientras estaba sentado a la mesa, un pequeño spaniel se acercó e hizo avances amistosos.

—Es el cachorro de la vieja Bowker —explicó el anciano, a quien la criada de rostro adusto había llamado George—. Le tenía mucho cariño a usted; nunca pareció la misma después de que se fuera a Australia. Murió hace un año. Es su cachorro.

A Stoner le resultó difícil lamentar su fallecimiento; como testigo de identificación habría dejado algo que desear.

—¿Saldrá a montar, señor Tom? —fue la siguiente proposición sorprendente que vino del anciano—. Tenemos un bonito rocín que va bien con sil-

la. La vieja Biddy ya está un poco entrada en años, aunque todavía va bien, pero haré que ensillen el rocín y lo traigan a la puerta.

—No tengo ropa de montar —tartamudeó el náufrago, casi riendo mientras miraba su único traje de ropa muy gastada.

—Señor Tom —dijo el anciano seriamente, casi con aire ofendido—, todas sus cosas están tal como las dejó. Un poco de aireado ante el fuego y estarán bien. Será una pequeña distracción, un poco de equitación y caza de aves acuáticas de vez en cuando. Encontrará que la gente de por aquí tiene un corazón duro y amargo hacia usted. No han olvidado ni perdonado. Nadie se le acercará, así que mejor que se distraiga como pueda con el caballo y el perro. Son buena compañía, también.

El viejo George se alejó cojeando para dar sus órdenes, y Stoner, sintiéndose más que nunca como en un sueño, subió a inspeccionar el guardarropa del «señor Tom». Montar a caballo era uno de los placeres más queridos de su corazón, y había cierta protección contra el descubrimiento inmediato de su impostura en la idea de que ninguno de los antiguos compañeros de Tom probablemente lo favorecería con una inspección cercana.¹ Mientras el intruso se enfundaba unos pantalones de montar tolerablemente bien ajustados, se preguntó vagamente qué tipo de fechoría habría cometido el verdadero Tom para poner a todo el campo en su contra. El golpeteo de cascos rápidos y ansiosos sobre la tierra húmeda interrumpió sus especulaciones. El rocín había sido llevado a la puerta lateral.

«Hablando de mendigos a caballo», pensó Stoner para sí mismo, mientras trotaba rápidamente por los caminos embarrados donde había caminado ayer como un marginado sin dinero; y luego arrojó la reflexión indolentemente a un lado y se entregó al placer de un enérgico galope por el lado cubierto de hierba de un tramo llano de carretera. En una puerta abierta, redujo el paso para permitir que dos carros giraran hacia un campo. Los muchachos que conducían los carros encontraron tiempo para lanzarle una mirada prolongada, y al pasar oyó una voz emocionada gritar: —¡Es Tom Prike! Lo reconocí de inmediato; ¿mostrándose por aquí de nuevo, eh?

Evidentemente, el parecido que se había impuesto de cerca a un anciano senil era lo suficientemente bueno como para engañar a ojos más jóvenes a corta distancia.

En el curso de su paseo, encontró amplias pruebas para confirmar la afirmación de que la gente local no había olvidado ni perdonado el crimen pasado que le había llegado como un legado del ausente Tom. Miradas ceñudas, murmullos y codazos lo saludaban cada vez que se topaba con seres humanos; el cachorro de Bowker, que trotaba plácidamente a su lado, parecía el único elemento de amabilidad en un mundo hostil.

Al desmontar en la puerta lateral, vislumbró fugazmente a una mujer alta y demacrada que lo observaba desde detrás de la cortina de una ventana superior. Evidentemente, esta era su tía adoptiva.

Durante la abundante comida del mediodía que le esperaba, Stoner pudo examinar las posibilidades de su extraordinaria situación. El verdadero Tom, después de cuatro años de ausencia, podría aparecer de repente en la granja, o podría llegar una carta suya en cualquier momento. Además, en su carácter de heredero de la granja, el falso Tom podría ser llamado a firmar documentos, lo que sería una situación embarazosa. O podría llegar un pariente que no imitara la actitud distante de la tía. Todas estas cosas significarían una exposición ignominiosa. Por otro lado, la alternativa era el cielo abierto y los caminos embarrados que conducían al mar. La granja le ofrecía, en cualquier caso, un refugio temporal de la indigencia; la agricultura era una de las muchas cosas que había «probado», y podría hacer una cierta cantidad de trabajo a cambio de la hospitalidad a la que tan poco derecho tenía.

—¿Quiere cerdo frío para cenar —preguntó la criada de rostro adusto, mientras recogía la mesa—, o lo quiere caliente?

—Caliente, con cebollas —dijo Stoner. Era la única vez en su vida que había tomado una decisión rápida. Y al dar la orden supo que se quedaría.

Stoner se mantuvo rígidamente en las partes de la casa que parecían habersele asignado por un tácito tratado de delimitación. Cuando participaba en las labores de la granja, era como alguien que trabajaba bajo órdenes y nunca las iniciaba. El viejo George, el rocín y el cachorro de Bowker eran sus únicos compañeros en un mundo que por lo demás era gélidamente silencioso y hostil. De la dueña de la granja no veía nada. Una vez, cuando supo que ella había ido a la iglesia, hizo una visita furtiva al salón de la granja en un intento de obtener algún conocimiento fragmentario del joven cuyo lugar había usurpado y cuya mala reputación se había atribuido. Había

muchas fotografías colgadas en las paredes o metidas en marcos sencillos, pero el parecido que buscaba no estaba entre ellas. Finalmente, en un álbum apartado de la vista, encontró lo que quería. Había toda una serie, etiquetada como «Tom», un niño regordete de tres años, con un vestido fantástico, un niño torpe de unos doce años, sosteniendo un bate de críquet como si lo detestara, un joven bastante apuesto de dieciocho años con el pelo muy liso y bien peinado, y, finalmente, un joven con una expresión algo hosca y temeraria. En este último retrato, Stoner miró con particular interés; el parecido consigo mismo era inconfundible.

De los labios del viejo George, que era bastante locuaz en la mayoría de los temas, intentó una y otra vez averiguar algo sobre la naturaleza del delito que lo apartaba como una criatura a la que había que rehuir y odiar por sus semejantes.

—¿Qué dice la gente de por aquí de mí? —preguntó un día mientras caminaban de regreso de un campo lejano.

El anciano negó con la cabeza.

—Están amargados contra usted, mortalmente amargados. Sí, es un asunto triste, un asunto triste.

Y nunca se le pudo sacar nada más esclarecedor.

En una tarde clara y helada, unos días antes de la festividad de Navidad, Stoner estaba de pie en un rincón del huerto que dominaba una amplia vista del campo. Aquí y allá podía ver los puntos parpadeantes del resplandor de una lámpara o una vela que hablaban de hogares humanos donde reinaban la buena voluntad y la alegría de la temporada. Detrás de él yacía la granja sombría y silenciosa, donde nadie reía nunca, donde incluso una pelea habría parecido alegre. Al volverse para mirar la larga fachada gris del edificio ensombrecido, una puerta se abrió y el viejo George salió apresuradamente. Stoner oyó llamar a su nombre adoptivo en un tono de tensa ansiedad. Al instante supo que algo adverso había sucedido, y con un rápido cambio de perspectiva, su santuario se convirtió a sus ojos en un lugar de paz y contento, del que temía ser expulsado.

—Señor Tom —dijo el anciano en un susurro ronco—, debe escabullirse de aquí por unos días. Michael Ley ha vuelto al pueblo, y jura que lo matará si lo encuentra. Lo hará, además, tiene la mirada de un asesino. Márchese al

amparo de la noche, es solo por una semana más o menos, no estará aquí más tiempo.

—Pero, ¿a dónde voy a ir? —tartamudeó Stoner, que se había contagiado del evidente terror del anciano.

—Váyase por la costa hasta Punchford y escóndase allí. Cuando Michael se haya ido, llevaré el rocín al Dragón Verde en Punchford; cuando vea el caballo estabulado en el Dragón Verde, será señal de que puede volver.

—Pero... —comenzó Stoner vacilante.

—No se preocupe por el dinero —dijo el otro—; la señora está de acuerdo en que es mejor que haga lo que le digo, y me ha dado esto.

El anciano sacó tres soberanos y algunas monedas de plata.

Stoner se sintió más tramposo que nunca al escabullirse esa noche por la puerta trasera de la granja con el dinero de la anciana en el bolsillo. El viejo George y el cachorro de Bowker lo observaron en una despedida silenciosa desde el corral. Apenas podía imaginar que volvería alguna vez, y sintió una punzada de remordimiento por esos dos humildes amigos que esperarían con anhelo su regreso. Quizás algún día el verdadero Tom regresaría, y habría un asombro salvaje entre esa gente sencilla de la granja sobre la identidad del huésped sombrío que habían albergado bajo su techo. Por su propio destino no sentía ninguna ansiedad inmediata; tres libras rinden poco en el mundo cuando no hay nada detrás, pero para un hombre que ha contado su erario en peniques parece un buen punto de partida. La fortuna le había hecho un caprichoso favor la última vez que pisó estos caminos como un aventurero sin esperanza, y todavía podría haber una oportunidad de encontrar algún trabajo y empezar de nuevo; a medida que se alejaba de la granja, su ánimo se elevaba. Había una sensación de alivio al recuperar una vez más su identidad perdida y dejar de ser el fantasma inquieto de otro. Apenas se molestó en especular sobre el enemigo implacable que había caído de la nada en su vida; como esa vida ya estaba detrás de él, un elemento irreal más hacía poca diferencia. Por primera vez en muchos meses, comenzó a tararear un estribillo despreocupado y alegre. Entonces, de la sombra de un roble que se cernía sobre el camino, salió un hombre con una escopeta. No había necesidad de preguntarse quién podría ser; la luz de la luna que caía sobre su rostro blanco y tenso revelaba un fulgor de odio humano como

Stoner, en los altibajos de sus andanzas, nunca había visto antes. Saltó a un lado en un esfuerzo salvaje por atravesar el seto que bordeaba el camino, pero las ramas duras lo sujetaron con fuerza. Los sabuesos del Destino lo habían esperado en esos estrechos caminos, y esta vez no iban a ser negados.

EL RECESIONAL

Clovis estaba sentado en la zona más caliente, salvo dos, de un baño turco, alternativamente inerte en contemplación estatuaría y maniobrando rápidamente una pluma estilográfica sobre las páginas de un cuaderno.

—No me interrumpas con tu charla infantil —le observó a Bertie van Tahn, que se había colgado lánguidamente en una silla vecina y parecía inclinado a la conversación—; estoy escribiendo versos inmortales.

Bertie pareció interesado.

—Vaya, qué bendición serías para los retratistas si realmente te hicieras famoso como poeta. Si no pudieran colgar tu retrato en la Academia como «Clovis Sangrail, Esq., trabajando en su último poema», podrían colarte como un Estudio del Desnudo u Orfeo descendiendo a Jermyn Street. Siempre se quejan de que la ropa moderna los limita, mientras que una toalla y una pluma estilográfica...

—Fue sugerencia de la señora Packletide que escribiera esto —dijo Clovis, ignorando los atajos a la fama que Bertie van Tahn le estaba señalando—. Verás, a Loona Bimberton le aceptaron una Oda a la Coronación en el *New Infancy*, un periódico que se ha creado con la idea de hacer que el *New Age* parezca anticuado y anquilosado. «Qué lista eres, querida Loona», comentó la Packletide cuando la leyó; «por supuesto, cualquiera podría escribir una Oda a la Coronación, pero a nadie más se le habría ocurrido hacerlo». Loona protestó que estas cosas eran extremadamente difíciles de hacer, y nos dio a entender que eran más o menos del dominio de unos pocos dotados. Ahora bien, la Packletide ha sido bastante decente conmigo en mu-

chos aspectos, una especie de ambulancia financiera, ya sabes, que te saca del campo cuando estás malherido, lo que es una ocurrencia frecuente conmigo, y no tengo ningún aprecio por Loona Bimberton, así que intervine y dije que podría producir ese tipo de material por metros cuadrados si me lo propusiera. Loona dijo que no podría, y apostamos, y entre tú y yo creo que el dinero está bastante seguro. Por supuesto, una de las condiciones de la apuesta es que la cosa tiene que publicarse en algo, periódicos locales excluidos; pero la señora Packletide se ha granjeado el cariño del editor del *Smoky Chimney* con muchos pequeños actos de consideración, así que si puedo sacar algo que se acerque al nivel de la producción habitual de Odas, deberíamos estar bien. Hasta ahora me va tan cómodamente que empiezo a temer que debo ser uno de los pocos dotados.

—Es un poco tarde para una Oda a la Coronación, ¿no? —dijo Bertie.

—Por supuesto —dijo Clovis—; esto va a ser un Recesional del Durbar, el tipo de cosa que puedes guardar para siempre si quieres.

—Ahora entiendo tu elección de un lugar para escribirlo —dijo Bertie van Tahn, con el aire de quien ha desentrañado de repente un problema hasta ahora oscuro—; quieres captar la temperatura local.

—Vine aquí para librarme de las interrupciones necias de los deficientes mentales —dijo Clovis—, pero parece que le pedí demasiado al destino.

Bertie van Tahn se preparó para usar su toalla como un arma de precisión, pero reflexionando que él mismo tenía una buena cantidad de línea de costa desprotegida, y que Clovis estaba equipado con una pluma estilográfica además de una toalla, se relajó pacíficamente en las profundidades de su silla.

—¿Se pueden oír extractos de la obra inmortal? —preguntó—. Prometo que nada de lo que oiga ahora me predispondrá en contra de pedir prestada una copia del *Smoky Chimney* en el momento oportuno.

—Es un poco como echar margaritas a los cerdos —comentó Clovis agradablemente—, pero no me importa leerte trozos. Comienza con una dispersión general de los participantes del Durbar:

»De vuelta a sus hogares en las alturas del Himalaya

»Los elefantes viejos y pálidos de Cutch Behar

»Ruedan como grandes galeones en un mar sin marea...

—No creo que Cutch Behar esté cerca de la región del Himalaya —interrumpió Bertie—. Deberías tener un atlas a mano cuando haces este tipo de cosas; ¿y por qué viejos y pálidos?

—Después de las altas horas y la emoción, por supuesto —dijo Clovis—; y dije que sus *hogares* estaban en el Himalaya. Puedes tener elefantes del Himalaya en Cutch Behar, supongo, igual que tienes caballos de raza irlandesa corriendo en Ascot.

—Dijiste que volvían al Himalaya —objetó Bertie.

—Bueno, naturalmente los enviarían a casa a recuperarse. Es lo habitual allí soltar a los elefantes en las colinas, igual que nosotros ponemos a los caballos a pastar en este país.

Clovis al menos podía halagarse de haber infundido algo del esplendor temerario de Oriente en su mendacidad.

—¿Va a ser todo en verso blanco? —preguntó el crítico.

—Por supuesto que no; «Durbar» rima con «Cutch Behar» al final de la cuarta línea.

—Eso parece tan cobarde; sin embargo, explica por qué elegiste Cutch Behar.

—Hay más conexión entre los topónimos geográficos y la inspiración poética de lo que generalmente se reconoce; una de las principales razones por las que hay tan pocos poemas realmente grandes sobre Rusia en nuestro idioma es que no se puede rimar con nombres como Smolensk, Tobolsk y Minsk.

Clovis hablaba con la autoridad de quien lo ha intentado.

—Por supuesto, podrías rimar Omsk con Tomsk —continuó—; de hecho, parecen estar ahí para ese propósito, pero el público no soportaría ese tipo de cosas indefinidamente.

—El público soportará mucho —dijo Bertie malévolamente—, y una proporción tan pequeña conoce el ruso que siempre podrías poner una nota a pie de página explicativa afirmando que las últimas tres letras de Smolen-

sk no se pronuncian. Es tan creíble como tu afirmación sobre poner a los elefantes a pastar en la cordillera del Himalaya.

—Tengo un trozo bastante bonito —reanudó Clovis con serenidad imperturbable—, que describe una escena vespertina en las afueras de un pueblo de la jungla:

»Donde la cobra enroscada en el crepúsculo se regodea,

»Y panteras merodeadoras acechan a las cabras cautelosas.

—Prácticamente no hay crepúsculo en los países tropicales —dijo Bertie con indulgencia—; pero me gusta la magistral reticencia con la que tratas el motivo del regodeo de la cobra. Lo desconocido es proverbialmente lo siniestro. Puedo imaginar a lectores nerviosos del *Smoky Chimney* manteniendo la luz encendida en sus dormitorios toda la noche por pura y enfermiza incertidumbre sobre *de qué* podría haberse estado regodeando la cobra.

—Las cobras se regodean naturalmente —dijo Clovis—, igual que los lobos siempre están voraces por pura fuerza de la costumbre, incluso después de haberse sobrealimentado desesperadamente. Tengo una buena pintura de colores más adelante —añadió—, donde describo el amanecer sobre el río Brahmaputra:

»El Este ámbar bañado en alba con rayos de sol besado,

»Teñido de albaricoque sanguíneo y amatista,

»Sobre el esmeralda lavado de los manglares

»Cuelga en una niebla de malvas opalescentes,

»Mientras vuelos de loros pintados inciden en la bruma

»Con escarlata, calcedonia y crisoprasa.

—Nunca he visto el amanecer sobre el río Brahmaputra —dijo Bertie—, así que no puedo decir si es una buena descripción del evento, pero suena más como el relato de un extenso robo de joyas. De todos modos, los loros dan un buen toque de color local. Supongo que has introducido algunos tigres en el paisaje. Un paisaje indio tendría un aspecto bastante desnudo e inacabado sin uno o dos tigres en la media distancia.

—Tengo una tigresa en alguna parte del poema —dijo Clovis, buscando en sus notas—. Aquí está:

- »La tigresa leonada entre la teca enmarañada
- »Arrastra a los oídos extasiados de sus cachorros ronroneantes
- »El áspero estertor de la muerte en el pico del pavo real,
- »Una nana de la jungla de sangre y lágrimas.

Bertie van Tahn se levantó apresuradamente de su posición reclinada y se dirigió a la puerta de cristal que conducía al siguiente compartimento.

—Creo que tu idea de la vida hogareña en la jungla es perfectamente horrible —dijo—. La cobra ya era siniestra, pero el sonajero improvisado en la guardería de los tigres es el colmo. Si vas a hacerme sentir calor y frío a la vez, mejor me voy a la sala de vapor de una vez.

—Solo escucha esta línea —dijo Clovis—; haría la reputación de cualquier poeta corriente:

- »Y sobre la cabeza
- »El paciente-péndulo Punkah, padre de la brisa nonata.

—La mayoría de tus lectores pensarán que «punkah» es un tipo de bebida helada o el descanso en el polo —dijo Bertie, y desapareció en el vapor.

El *Smoky Chimney* publicó debidamente el «Recesional», pero resultó ser su canto del cisne, pues el periódico nunca llegó a tener otro número.

Loona Bimberton abandonó su intención de asistir al Durbar y se internó en una casa de reposo en los Sussex Downs. El agotamiento nervioso después de una temporada particularmente extenuante fue la explicación generalmente aceptada, pero hay tres o cuatro personas que saben que nunca se recuperó realmente del amanecer sobre el río Brahmaputra.

UNA CUESTIÓN DE SENTIMIENTO

Era la víspera de la gran carrera, y apenas un miembro de la fiesta en casa de Lady Susan tenía todavía una sola apuesta hecha. Era uno de esos años insatisfactorios en los que un caballo mantenía una posición dominante en el mercado, no por ninguna creencia general en su aplastante superioridad, sino porque era extremadamente difícil elegir a cualquier otro candidato al que aferrar la fe. Peradventure II era el favorito, no en el sentido de ser un favorito popular, sino en virtud de una falta de confianza en cualquiera de sus rivales bastante mediocres. Los cerebros de los clubes se ejercitaban mucho en buscar méritos posibles donde ninguno era muy obvio a la inteligencia desnuda, y la fiesta en casa de Lady Susan estaba poseída por la misma incertidumbre e irresolución que infectaba a círculos más amplios.

—Es justo el momento para dar un buen golpe —dijo Bertie van Tahn.

—Indudablemente. Pero, ¿con qué? —demandó Clovis por vigésima vez.

Las mujeres de la fiesta estaban igualmente interesadas en el asunto, e igualmente perplejas; incluso la madre de Clovis, que generalmente obtenía buena información de carreras de su modista, se confesó libre de preferencias en esta ocasión. El Coronel Drake, que era profesor de historia militar en un establecimiento de preparación menor, era la única persona que tenía una selección definida para el evento, pero como su elección variaba cada tres horas, era peor que inútil como guía inspirado. La dificultad culminante del problema era que solo podía discutirse de manera intermitente y furtiva.

Lady Susan desaprobaba las carreras. Desaprobaba muchas cosas; algunas personas llegaban a decir que desaprobaba la mayoría de las cosas. La desaprobación era para ella lo que la neuralgia y las labores de aguja son para muchas otras mujeres. Desaprobaba el té de la mañana y el bridge de subasta, el esquí y el two-step, el ballet ruso y el baile del Chelsea Arts Club, la política francesa en Marruecos y la política británica en todas partes. No era que fuera particularmente estricta o estrecha en sus puntos de vista sobre la vida, sino que había sido la hermana mayor de una gran familia de niños autoindulgentes, y su forma particular de indulgencia había consistido en desaprobar abiertamente las debilidades de los demás. Desafortunadamente, la afición había crecido con ella. Como era rica, influyente y muy, muy amable, la mayoría de la gente se contentaba con considerar su té de la mañana como bien perdido en su nombre. Aun así, la necesidad de abandonar apresuradamente la discusión de un tema apasionante y suprimir toda mención de él durante su presencia en la escena era una aflicción en un momento como el presente, cuando el tiempo se escapaba y la indecisión era la nota predominante.

Después de un almuerzo de conversación bastante ahogada e incómoda, Clovis logró reunir a la mayor parte del grupo en el otro extremo de los huertos, con el pretexto de admirar los faisanes del Himalaya. Había hecho un descubrimiento importante. Motkin, el mayordomo, quien (como lo expresó Clovis) había encanecido prematuramente al servicio de Lady Susan, añadía a sus otras excelentes cualidades un interés inteligente en asuntos relacionados con las carreras.² Sobre la próxima carrera no era esclarecedor, excepto en la medida en que compartía la renuencia general a ver un ganador en Peradventure II. Pero donde superaba a todos los miembros de la fiesta en casa era en el hecho de que tenía un primo segundo que era mozo de cuadra principal en un establecimiento de carreras vecino, y generalmente dotado de mucha información interna sobre la forma privada y las posibilidades. Solo el hecho de que a su señoría se le hubiera ocurrido invitar a una fiesta en casa para la última semana de mayo había impedido que el señor Motkin hiciera una visita de consulta a su pariente con respecto a la gran carrera; todavía había tiempo de ir en bicicleta si podía obtener un permiso de ausencia por la tarde con alguna excusa plausible.

—Esperemos que lo haga —dijo Bertie van Tahn—; en estas circunstancias, un primo segundo es casi tan útil como la segunda vista.

—Esa cuadro debería saber algo, si es que se puede encontrar conocimiento en alguna parte —dijo la señora Packletide esperanzada.

—Espero que descubras que se hace eco de mi preferencia por Motorboat —dijo el Coronel Drake.

En este momento, el tema tuvo que ser abandonado apresuradamente. Lady Susan se abalanzó sobre ellos, apoyada en el brazo de la madre de Clovis, a quien le estaba confiando el hecho de que desaprobaba la moda de los spaniels pequineses. Era la tercera cosa de la que había tenido tiempo de desaprobado desde el almuerzo, sin contar su desaprobación silenciosa y permanente de la forma en que la madre de Clovis se peinaba.

—Hemos estado admirando los faisanes del Himalaya —dijo la señora Packletide suavemente.

—Se fueron a una exposición de aves en Nottingham esta mañana temprano —dijo Lady Susan, con el aire de quien desaprueba las mentiras apresuradas e irreflexivas.

—Su casa, quiero decir; unas disposiciones para dormir tan perfectas, y todo tan limpio —reanudó la señora Packletide, con un creciente ardor de entusiasmo. El odioso Bertie van Tahn murmuraba oraciones audibles por el definitivo alejamiento de la señora Packletide de los caminos de la falsedad.

—Espero que no les importe que la cena se retrase un cuarto de hora esta noche —dijo Lady Susan—; Motkin ha recibido una citación urgente para ir a ver a un pariente enfermo esta tarde.³ Quería ir en bicicleta, pero lo voy a enviar en el coche.

—¡Qué amable de su parte! Por supuesto que no nos importa que se retrase la cena. —Las seguridades llegaron con unánime y cordial sinceridad.

En la mesa de la cena de esa noche, una corriente subterránea de curiosidad furtiva se dirigió hacia el semblante impasible de Motkin. Uno o dos de los invitados casi esperaban encontrar un trozo de papel oculto en sus servilletas, con el nombre de la selección del primo segundo. No tuvieron que esperar mucho. Mientras el mayordomo pasaba con la pregunta murmurada «¿Jerez?», añadió en un tono aún más bajo las crípticas palabras «Mejor no». La señora Packletide dio un respingo de alarma y rechazó el jerez; parecía haber alguna sugerencia siniestra en la advertencia del mayordomo, como si su anfitriona se hubiera vuelto adicta de repente al hábito de

los Borgia. Un momento después, le vino a la mente la explicación de que «Mejor No» era el nombre de uno de los corredores en la gran carrera. Clovis ya lo estaba apuntando en su puño, y el Coronel Drake, a su vez, estaba señalando a todo el mundo con susurros roncós y mímica el hecho de que siempre había preferido a «M.N.».

A la mañana siguiente temprano, un fajo de telegramas se dirigió a la ciudad, representando las órdenes de mercado de la fiesta en casa y del personal de servicio.

Era una tarde lluviosa, y la mayoría de los invitados de Lady Susan holgazaneaban en el vestíbulo, esperando aparentemente la aparición del té, aunque apenas era la hora. La llegada de un telegrama aceleró a todos en un revuelo de expectación; el botones que le llevó el telegrama a Clovis esperó con una alerta inusual para saber si podría haber una respuesta.

Clovis leyó el mensaje y soltó una exclamación de molestia.

—No son malas noticias, espero —dijo Lady Susan. Todos los demás sabían que las noticias no eran buenas.

—Es solo el resultado del Derby —soltó él—; ganó Sadowa; un completo desconocido.

—¡Sadowa! —exclamó Lady Susan—; ¡no me digas! ¡Qué extraordinario! Es la primera vez que apuesto a un caballo; de hecho, desapruebo las carreras de caballos, pero solo por una vez aposté a este caballo, y ha ganado.

—¿Puedo preguntar —dijo la señora Packletide, en medio del silencio general—, por qué apostó a este caballo en particular? Ninguno de los profetas deportivos lo mencionó como si tuviera la más remota posibilidad.

—Bueno —dijo Lady Susan—, pueden reírse de mí, pero fue el nombre lo que me atrajo. Verán, siempre estuve relacionada con la guerra franco-prusiana; me casé el día que se declaró la guerra, y mi hijo mayor nació el día que se firmó la paz, así que cualquier cosa relacionada con la guerra siempre me ha interesado. Y cuando vi que había un caballo corriendo en el Derby llamado como una de las batallas de la guerra franco-prusiana, dije que TENÍA que apostar algo, por una vez, aunque desapruebo las carreras. Y realmente ha ganado.

Hubo un gemido general. Nadie gimió más profundamente que el profesor de historia militar.

EL PECADO SECRETO DE SEPTIMUS BROPE

—¿Quién y qué es el señor Brope? —demandó de repente la tía de Clovis.

La señora Riversedge, que había estado cortando las cabezas de las rosas marchitas y pensando en nada en particular, se puso apresuradamente en guardia mental. Era una de esas anfitrionas a la antigua que consideran que uno debe saber algo sobre sus invitados, y que ese algo debe ser a su favor.

—Creo que viene de Leighton Buzzard —observó a modo de explicación preliminar.

—En estos días de viajes rápidos y convenientes —dijo Clovis, que estaba dispersando una colonia de pulgones con visitas de humo de cigarrillo—, venir de Leighton Buzzard no denota necesariamente una gran fuerza de carácter. Podría significar simplemente mera inquietud. Ahora, si se hubiera marchado de allí bajo una nube, o como protesta contra la incurable y desalmada frivolidad de sus habitantes, eso nos diría algo sobre el hombre y su misión en la vida.

—¿A qué se dedica? —prosiguió la señora Troyle magistralmente.

—Edita el *Cathedral Monthly* —dijo su anfitriona—, y es enormemente erudito en bronces conmemorativos y transeptos y la influencia del culto bizantino en la liturgia moderna, y todo ese tipo de cosas. Quizás sea un poco pesado e inmerso en un solo campo de temas, pero de todo tiene que

haber en una buena fiesta, ya sabes. No lo encuentras *demasiado* aburrido, ¿verdad?

—La sosería podría pasarla por alto —dijo la tía de Clovis—; lo que no puedo perdonar es que le haga el amor a mi doncella.

—¡Mi querida señora Troyle! —jadeó la anfitriona—, ¡qué idea tan extraordinaria! Le aseguro que al señor Brope ni se le ocurriría hacer tal cosa.

—Sus sueños me son indiferentes; por mí, sus sueños pueden ser una larga indiscreción de insinuaciones eróticas inadecuadas, en las que podría estar involucrado todo el servicio. Pero en sus horas de vigilia no le hará el amor a mi doncella. No sirve de nada discutirlo, soy firme en ese punto.

—Pero debe de estar equivocada —insistió la señora Riversedge—; el señor Brope sería la última persona en hacer tal cosa.

—Es la primera persona en hacer tal cosa, hasta donde llega mi información, y si tengo algo que decir al respecto, ciertamente será la última. Por supuesto, no me refiero a amantes con intenciones respetables.

—Simplemente no puedo pensar que un hombre que escribe de manera tan encantadora e informativa sobre transeptos e influencias bizantinas se comportaría de una manera tan falta de principios —dijo la señora Riversedge—; ¿qué pruebas tiene de que está haciendo algo por el estilo? No quiero dudar de su palabra, por supuesto, pero no debemos estar demasiado dispuestos a condenarlo sin escucharlo, ¿verdad?

—Lo condenemos o no, ciertamente no ha pasado desapercibido. Tiene la habitación contigua a mi tocador, y en dos ocasiones, cuando me atrevo a decir que pensó que yo no estaba, lo he oído claramente anunciar a través de la pared: «Te quiero, Florrie». Esas paredes divisorias de arriba son muy delgadas; casi se puede oír el tic-tac de un reloj en la habitación de al lado.

—¿Su doncella se llama Florence?

—Su nombre es Florinda.

—¿Qué nombre tan extraordinario para darle a una doncella!

—No se lo di yo; llegó a mi servicio ya bautizada.

—Lo que quiero decir es —dijo la señora Riversedge—, que cuando me tocan doncellas con nombres inadecuados, las llamo Jane; pronto se

acostumbran.

—Un plan excelente —dijo fríamente la tía de Clovis—; desafortunadamente, yo me he acostumbrado a que me llamen Jane. Resulta que es mi nombre.

Interrumpió el torrente de disculpas de la señora Riversedge comentando abruptamente:

—La cuestión no es si debo llamar a mi doncella Florinda, sino si se le debe permitir al señor Brope llamarla Florrie. Soy de la firme opinión de que no se le debe permitir.

—Puede que estuviera repitiendo la letra de alguna canción —dijo la señora Riversedge esperanzada—; hay montones de esos estribillos tontos con nombres de chicas —continuó, volviéndose hacia Clovis como posible autoridad en el tema—. «No debes llamarme Mary...»

—Ni se me ocurriría hacerlo —le aseguró Clovis—; en primer lugar, siempre he entendido que su nombre era Henrietta; y además, apenas la conozco lo suficiente como para tomarme tal libertad.

—Quiero decir que hay una *canción* con ese estribillo —explicó apresuradamente la señora Riversedge—, y está «Rhoda, Rhoda tenía una pagoda», y «Maisie es una maravilla», y montones de otras. Ciertamente, no parece propio del señor Brope cantar tales canciones, pero creo que deberíamos darle el beneficio de la duda.

—Ya lo había hecho —dijo la señora Troyle—, hasta que me llegaron más pruebas.

Cerró los labios con la resuelta finalidad de quien disfruta de la bendita certeza de que le implorarán que los abra de nuevo.

—¡Más pruebas! —exclamó su anfitriona—; ¡cuéntemelo!

—Mientras subía las escaleras después del desayuno, el señor Brope pasaba justo por mi habitación. De la manera más natural del mundo, un trozo de papel se cayó de un paquete que sostenía en la mano y revoloteó hasta el suelo justo en mi puerta. Iba a gritarle «Se le ha caído algo», y entonces, por alguna razón, me contuve y no me mostré hasta que estuvo a salvo en su habitación. Verá, se me ocurrió que yo rara vez estaba en mi habitación a esa hora, y que Florinda casi siempre estaba allí ordenando las

cosas en ese momento. Así que recogí ese trozo de papel de aspecto inocente.

La señora Troyle hizo una pausa de nuevo, con el aire de autoaplausos de quien ha detectado un áspid al acecho en una carlota de manzana.

La señora Riversedge cortó vigorosamente el rosal más cercano, decapitando de paso una «Viscountess Folkestone» que justo empezaba a florecer.

—¿Qué había en el papel? —preguntó.

—Solo las palabras a lápiz: «Te quiero, Florrie», y luego debajo, tachado con una línea débil, pero perfectamente legible: «Encuéntrame en el jardín junto al tejo».

—*Hay* un tejo al fondo del jardín —admitió la señora Riversedge.

—Al menos parece ser veraz —comentó Clovis.

—¡Pensar que un escándalo de este tipo esté ocurriendo bajo mi techo! —dijo la señora Riversedge indignada.

—Me pregunto por qué el escándalo parece mucho peor bajo un techo —observó Clovis—; siempre lo he considerado una prueba de la superior delicadeza de la tribu felina, que lleva a cabo la mayoría de sus escándalos sobre las tejas.

—Ahora que lo pienso —reanudó la señora Riversedge—, hay cosas sobre el señor Brope que nunca he podido explicarme. Sus ingresos, por ejemplo: solo gana doscientas libras al año como editor del *Cathedral Monthly*, y sé que su familia es bastante pobre, y no tiene medios propios. Sin embargo, se las arregla para permitirse un piso en algún lugar de Westminster, y va al extranjero a Brujas y lugares por el estilo todos los años, y siempre viste bien, y da almuerzos bastante agradables en la temporada. No se puede hacer todo eso con doscientas libras al año, ¿verdad?

—¿Escribe para otros periódicos? —inquirió la señora Troyle.

—No, verás, se especializa tanto en liturgia y arquitectura eclesiástica que su campo es bastante restringido. Una vez lo intentó con el *Sporting and Dramatic* con un artículo sobre edificios eclesiásticos en famosos centros de caza del zorro, pero no se consideró de suficiente interés general

como para ser aceptado. No, no veo cómo puede mantenerse en su estilo de vida actual simplemente con lo que escribe.

—Quizás vende transeptos falsos a entusiastas americanos —sugirió Clovis.

—¿Cómo se podría vender un transepto? —dijo la señora Riversedge—; tal cosa sería imposible.

—Haga lo que haga para complementar sus ingresos —interrumpió la señora Troyle—, ciertamente no va a llenar sus momentos de ocio haciéndole el amor a mi doncella.

—Por supuesto que no —convino su anfitriona—; hay que poner fin a eso de inmediato. Pero no sé muy bien qué deberíamos hacer.

—Podrían poner un enredo de alambre de espino alrededor del tejo como medida de precaución —dijo Clovis.

—No creo que la desagradable situación que ha surgido mejore con la frivolidad —dijo la señora Riversedge—; una buena doncella es un tesoro...

—Estoy segura de que no sé qué haría sin Florinda —admitió la señora Troyle—; entiende mi pelo. Hace mucho tiempo que renuncié a intentar hacer algo con él yo misma. Considero el pelo como considero a los maridos: mientras se nos vea juntos en público, nuestras divergencias privadas no importan. Seguramente esa era la campana del almuerzo.

Septimus Brope y Clovis tenían el salón de fumar para ellos solos después del almuerzo. El primero parecía inquieto y preocupado, el segundo, tranquilamente observador.

—¿Qué es un *lorry*? —preguntó Septimus de repente—; no me refiero a la cosa con ruedas, por supuesto que sé lo que es, pero ¿no hay un pájaro con un nombre así, la forma más grande de un loriquito?

—Me parece que es un *lory*, con una «r» —dijo Clovis perezosamente—, en cuyo caso no te sirve de nada.

Septimus Brope se quedó mirándolo con cierto asombro.

—¿Cómo que no me sirve de nada? —preguntó, con más que un rastro de inquietud en su voz.

—No rima con Florrie —explicó Clovis brevemente.

Septimus se enderezó en su silla, con una alarma inconfundible en el rostro.

—¿Cómo te enteraste? Quiero decir, ¿cómo supiste que estaba tratando de encontrar una rima para Florrie? —preguntó bruscamente.

—No lo sabía —dijo Clovis—, solo lo supuse. Cuando quisiste convertir el prosaico *lorry* del comercio en un poema emplumado revoloteando por la verdura de un bosque tropical, supe que debías de estar trabajando en un soneto, y Florrie era el único nombre femenino que se me ocurrió que rimara con *lorry*.

Septimus todavía parecía inquieto.

—Creo que sabes más —dijo.

Clovis rio en voz baja, pero no dijo nada.

—¿Cuánto sabes? —preguntó Septimus desesperadamente.

—El tejo del jardín —dijo Clovis.

—¡Ahí está! Estaba seguro de que se me había caído en alguna parte. Pero debiste de haber adivinado algo antes. Mira, has sorprendido mi secreto. No me delatarás, ¿verdad? No es nada de lo que avergonzarse, pero no sería conveniente que el editor del *Cathedral Monthly* se dedicara abiertamente a ese tipo de cosas, ¿verdad?

—Bueno, supongo que no —admitió Clovis.

—Verás —continuó Septimus—, saco bastante dinero de ello. Nunca podría vivir con el estilo que llevo con lo que gano como editor del *Cathedral Monthly*.

Clovis se sorprendió aún más de lo que Septimus lo había estado antes en la conversación, pero era más hábil en reprimir la sorpresa.

—¿Quieres decir que sacas dinero de... Florrie? —preguntó.

—No de Florrie, por ahora —dijo Septimus—; de hecho, no me importa decir que estoy teniendo bastantes problemas con Florrie. Pero hay muchas otras.

El cigarrillo de Clovis se apagó.

—Esto es *muy* interesante —dijo lentamente. Y entonces, con las siguientes palabras de Septimus Brope, se le hizo la luz.

—Hay montones de otras; por ejemplo:

»Cora de labios de coral,

»Tú y yo nunca vamos a pelear.

»Ese fue uno de mis primeros éxitos, y todavía me da derechos de autor. Y luego está «Esmeralda, cuando por vez primera la vi», y «Bella Teresa, cómo me gusta complacerla», ambas han sido bastante populares. Y hay una bastante espantosa —continuó Septimus, sonrojándose hasta un profundo carmesí—, que me ha dado más dinero que ninguna de las otras:

»Alegre y pequeña Lucie

»Con su traviesa nez retroussé.

»Por supuesto, detesto a todas ellas; de hecho, me estoy convirtiendo rápidamente en algo así como un misógino bajo su influencia, pero no puedo permitirme ignorar el aspecto financiero del asunto. Y al mismo tiempo, puedes entender que mi posición como autoridad en arquitectura eclesiástica y temas litúrgicos se debilitaría, si no se arruinaría por completo, si alguna vez se supiera que soy el autor de «Cora de labios de coral» y todo el resto.

Clovis se había recuperado lo suficiente como para preguntar con voz comprensiva, aunque bastante vacilante, cuál era el problema especial con «Florrie».

—No puedo darle forma lírica, por más que lo intento —dijo Septimus con tristeza—. Verás, hay que incluir muchos cumplidos sentimentales y azucarados con una rima pegadiza, y una cierta cantidad de biografía o profecía personal. Todas ellas tienen que tener una larga lista de éxitos pasados registrados, o si no tienes que predecir cosas maravillosas sobre ellas y sobre ti en el futuro. Por ejemplo, está:

»Delicada y pequeña Mavis,

»Es toda una rara avis,

»Todo el dinero que puedo ahorrar es

»Todo para mi Mavis.

»Va con una melodía de vals empalagosa y ñoña, y durante meses no se cantó ni tarareó otra cosa en Blackpool y otros centros populares.

Esta vez el autocontrol de Clovis se vino abajo por completo.

—Por favor, discúlpame —balbuceó—, pero no puedo evitarlo cuando recuerdo la terrible solemnidad de ese artículo tuyo que tan amablemente nos leíste anoche, sobre la Iglesia Copta en su relación con el culto cristiano primitivo.

Septimus gimió.

—Ya ves cómo sería —dijo—; tan pronto como la gente supiera que soy el autor de esa miserable tontería sentimental, todo el respeto por los trabajos serios de mi vida se habría ido. Me atrevo a decir que sé más sobre bronces conmemorativos que nadie vivo, de hecho, espero publicar algún día una monografía sobre el tema, pero sería señalado en todas partes como el hombre cuyas cancioncillas estaban en boca de los juglares negros a lo largo de toda la costa de nuestra Isla. ¿Te extraña que odie positivamente a Florrie todo el tiempo que estoy tratando de producir rapsodias edulcoradas sobre ella?

—¿Por qué no dar rienda suelta a tus emociones y ser brutalmente ofensivo? Un estribillo poco halagador tendría un éxito instantáneo como novedad si fueras lo suficientemente franco.

—Nunca lo había pensado —dijo Septimus—, y me temo que no podría romper con el hábito de la adulación empalagosa y cambiar de estilo de repente.

—No necesitas cambiar tu estilo en lo más mínimo —dijo Clovis—; simplemente invierte el sentimiento y mantén la fraseología necia de la cosa. Si tú haces el cuerpo de la canción, yo me encargo del estribillo, que es lo que principalmente importa, creo. Cobraré la mitad de los derechos de autor, y añadiré mi silencio sobre tu secreto culpable. A los ojos del mundo, seguirás siendo el hombre que ha dedicado su vida al estudio de los transeptos y el ritual bizantino; solo que a veces, en las largas tardes de invierno, cuando el viento aúlla lúgubrementemente por la chimenea y la lluvia golpea contra las ventanas, pensaré en ti como el autor de «Cora de labios de coral». Por supuesto, si por pura gratitud por mi silencio quieres llevarme de vaca-

ciones, muy necesarias, al Adriático o a algún lugar igualmente interesante, pagando todos los gastos, ni se me ocurriría negarme.

Más tarde, por la tarde, Clovis encontró a su tía y a la señora Riversedge haciendo un ejercicio suave en el jardín jacobino.

—He hablado con el señor Brope sobre F. — anunció.

—¡Qué espléndido de tu parte! ¿Qué dijo? —llegó en un rápido coro de las dos damas.

—Fue bastante franco y directo conmigo cuando vio que yo conocía su secreto —dijo Clovis—, y parece que sus intenciones eran bastante serias, aunque ligeramente inadecuadas. Traté de mostrarle la impracticabilidad del curso que estaba siguiendo. Dijo que quería ser comprendido, y parecía pensar que Florinda sobresaldría en ese requisito, pero le señalé que probablemente había docenas de jóvenes inglesas delicadamente criadas y de corazón puro que serían capaces de comprenderlo, mientras que Florinda era la única persona en el mundo que entendía el pelo de mi tía. Eso le pesó bastante, porque en realidad no es un animal egoísta, si lo tomas de la manera correcta, y cuando apelé al recuerdo de sus felices días de infancia, pasados entre los campos de margaritas de Leighton Buzzard (supongo que las margaritas crecen allí), se vio obviamente afectado. De todos modos, me dio su palabra de que se olvidaría por completo de Florinda, y ha accedido a hacer un corto viaje al extranjero como la mejor distracción para sus pensamientos. Yo voy con él hasta Ragusa. Si mi tía deseara regalarme un alfiler de corbata realmente bonito (a elegir por mí), como un pequeño reconocimiento del considerable servicio que le he prestado, ni se me ocurriría negarme. No soy de los que piensan que porque uno esté en el extranjero puede ir vestido de cualquier manera.

Pocas semanas después, en Blackpool y lugares donde se canta, el siguiente estribillo reinó indiscutiblemente:

Cómo me aburres, Florrie,

Con esos ojos de azul vacío;

Lo lamentarás mucho, Florrie,

Si me caso contigo.

Aunque soy tolerante, Florrie,

Esto juro que es verdad,
Te arrojaré a una cantera, Florrie,
Si me caso contigo.

«MINISTROS DE GRACIA»

Aunque apenas había salido de la adolescencia, el Duque de Scaw ya se destacaba como una personalidad muy diferente a otras de su casta y época. No en lo externo; en eso se conformaba correctamente al tipo. Su cabello recordaba ligeramente a Houbigant, y en el otro extremo, sus zapatos exhalaban el *soupçon* adecuado de guadarnés; sus calcetines exigían la atención sin perder el respeto; y su actitud en reposo tenía justo esa sugerencia de la madre de Whistler, tan favorecedora en los muy jóvenes. Era en el interior donde residía el problema, si es que podía considerarse un problema, lo que lo distinguía de sus semejantes. El Duque era religioso. No en ninguno de los sentidos ordinarios de la palabra; prestaba poca atención a los puntos de vista de la Alta Iglesia o de los evangélicos, se mantenía al margen de todos los movimientos, misiones, cultos y cruzadas del día, indiferente y desinteresado. Sin embargo, de una manera místico-práctica propia, que le había servido ileso e inquebrantable a través de los volubles años de la niñez, era intensa e intensivamente religioso. Su familia estaba naturalmente, aunque discretamente, angustiada por ello. —Tengo tanto miedo de que afecte a su bridge —decía su madre.

El Duque estaba sentado en una silla de un penique en St. James's Park, escuchando los pesimismos de Belturbet, quien analizaba la situación política existente desde el punto de vista más sombrío.

—Donde creo que ustedes, los obreros de la política, son tan tontos —dijo el Duque—, es en la mala dirección de sus esfuerzos. Gastan miles de libras de dinero, y sabe Dios cuánta fuerza dinámica de poder cerebral y energía personal, en tratar de elegir o desplazar a este o aquel hombre, mien-

tras que podrían alcanzar sus fines mucho más simplemente utilizando a los hombres tal como los encuentran. Si no se ajustan a su propósito tal como son, transfórmenlos en algo más satisfactorio.

—¿Se refiere a la sugestión hipnótica? —preguntó Belturbet, con el aire de quien está siendo tomado a broma.

—Nada de eso. ¿Entiende lo que quiero decir con el verbo *koepenickear*? Es decir, reemplazar una autoridad por una imitación espuria que tendría tanto peso en el momento como el original desplazado; la ventaja, por supuesto, sería que la réplica *koepenickeada* haría lo que usted quisiera, mientras que el original hace lo que le parece mejor a sus propios ojos.

—Supongo que todo hombre público tiene un doble, si no dos o tres —dijo Belturbet—; pero sería una tarea bastante difícil *koepenickear* a todo un grupo de ellos y mantener a los originales fuera del camino.

—Ha habido casos en la historia europea de *koepenickería* de gran éxito —dijo el Duque soñadoramente.

—Oh, por supuesto, ha habido Falsos Demetrios y Perkin Warbecks, que engañaron al mundo durante un tiempo —asintió Belturbet—, pero personificaban a personas que estaban muertas o a buen recaudo. Eso era un asunto comparativamente simple. Sería mucho más fácil hacerse pasar por el Aníbal muerto que por el Haldane vivo, por ejemplo.

—Estaba pensando —dijo el Duque—, en el caso más famoso de todos, el ángel que *koepenickeó* al Rey Roberto de Sicilia con resultados tan brillantes. ¡Imagínese qué ventaja sería tener ángeles sustituyendo, por usar una palabra horrible pero conveniente, a Quinston y a Lord Hugo Sizzle, por ejemplo! ¡Cuánto más suavemente funcionaría la maquinaria parlamentaria que en la actualidad!

—Ahora estás diciendo tonterías —dijo Belturbet—; los ángeles no existen hoy en día, al menos, no de esa manera, así que ¿de qué sirve traerlos a una discusión seria? Es simplemente una tontería.

—Si me hablas así, simplemente *lo haré* —dijo el Duque.

—¿Hacer qué? —preguntó Belturbet. Había momentos en que las extrañas observaciones de su joven amigo lo asustaban un poco.

—Convocaré fuerzas angelicales para que se hagan cargo de algunas de las personalidades más problemáticas de nuestra vida pública, y enviaré a los originales derrocados a un retiro temporal en organismos animales adecuados. No todo el mundo tendría el conocimiento o el poder necesarios para llevar a cabo tal cosa...

—Oh, deja ya esa basura necia —dijo Belturbet enfadado—; se está volviendo tedioso. Ahí viene Quinston —añadió, mientras se acercaba por el sendero casi desierto la conocida figura de un joven ministro del gabinete, cuya personalidad evocaba una curiosa mezcla de interés público e impopularidad.

—Apúrese, mi querido amigo —dijo el joven Duque al ministro, que le había hecho un gesto condescendiente—; su tiempo se está acabando —continuó en un tono provocador—; toda la inepta multitud de ustedes será barrida en breve a la papelera del mundo.

—Pobre e insignificante nulidad de hoja de fresa —dijo el ministro, deteniéndose un momento en su paso y pronunciando sus palabras espasmodicamente—; ¿quién nos va a barrer, me gustaría saber? Las masas votantes están de nuestro lado, y toda la habilidad y el talento administrativo también están de nuestro lado. Ningún poder de la tierra o del Cielo nos moverá de nuestro lugar hasta que decidamos abandonarlo. Ningún poder de la tierra o...

Belturbet vio, con los ojos desorbitados, un vacío repentino donde un momento antes había habido un ministro del gabinete; un vacío enfatizado más que aliviado por la presencia de un gorrión hinchado y de aspecto desconcertado, que saltó por un momento de manera aturdida y luego se entregó a un violento piar y regañar.

—Si pudiéramos entender el lenguaje de los gorriones —dijo el Duque serenamente—, me parece que oiríamos algo infinitamente peor que «nulidad de hoja de fresa».

—Pero, ¡cielos santos, Eugène! —dijo Belturbet con voz ronca—, ¿qué ha pasado con...? ¡Vaya, ahí está! ¿Cómo diablos ha llegado ahí? —Y señaló con un dedo tembloroso hacia una apariencia del ministro desaparecido, que se acercaba una vez más por el sendero poco frecuentado.

El Duque se rio.

—Es Quinston en toda su apariencia externa —dijo con calma—, pero me parece que descubrirá, en una investigación más cercana, que es un sustituto angelical del artículo real.

El Ángel-Quinston los saludó con una sonrisa amistosa.

—¡Qué endiabladamente felices se ven ustedes dos sentados ahí! —dijo con nostalgia.

—No supongo que le gustaría cambiar de lugar con nosotros, pobres de nosotros —replicó el Duque en broma.

—¿Y qué hay de mí, pobre de mí? —dijo el Ángel modestamente—. Tengo que correr detrás de las ruedas de la popularidad, como un perro moteado detrás de un carruaje, recibiendo todo el polvo y tratando de parecer que soy una parte importante de la máquina. Debo parecerles un perfecto tonto a ustedes, los espectadores, a veces.

—Creo que es usted un perfecto ángel —dijo el Duque.

El Ángel-que-había-sido-Quinston sonrió y siguió su camino, perseguido a través de la amplitud del Horse Guards Parade por un molesto gorrión que le piaba incesante y furiosamente.

—Eso es solo el principio —dijo el Duque con aire complaciente—; lo he hecho operativo con todos ellos, independientemente de los partidos.

Belturbet no dio una respuesta coherente; estaba ocupado tomándose el pulso. El Duque fijó su atención con cierto interés en un cisne negro que nadaba con una altiva y estirada indiferencia entre la multitud de aves acuáticas menores que salpicaban el estanque ornamental. A pesar de su porte orgulloso, algo evidentemente lo estaba alterando y enfureciendo; a su manera, parecía tan enojado y asombrado como lo había estado el gorrión.

En el mismo momento, una figura humana apareció por el sendero. Belturbet levantó la vista con aprensión.

—Kedzon —susurró brevemente.

—Un Ángel-Kedzon, si no me equivoco —dijo el Duque—. Mira, está hablando afablemente con un ser humano. Eso lo confirma.

Un holgazán mal vestido se había acercado al hombre que había sido Virrey en el espléndido Oriente, y que aún reflejaba en su semblante algo de la

fría dignidad de los picos nevados del Himalaya.

—¿Podría decirme, señor, si esas aves blancas son cigüeñas o albatroses? Tuve una discusión...

La fría dignidad se derritió de inmediato en una cordial amabilidad.

—Esos son pelícanos, mi querido señor. ¿Le interesan las aves? Si me acompaña con un bollo y un vaso de leche en el puesto de allá, podría contarle algunas cosas interesantes sobre las aves de la India. ¡Perfecto! Ahora, el miná de las colinas, por ejemplo...

Los dos hombres desaparecieron en dirección al puesto de bollos, charlando volublemente mientras caminaban, y seguidos desde el otro lado del recinto vallado por un cisne negro, cuyo temperamento parecía haber llegado al límite de la rabia inarticulada.

Belturbet miró con la boca abierta y asombrado a la pareja que se alejaba, luego transfirió su atención al cisne enfurecido, y finalmente se volvió con una mirada de comprensión asustada hacia su joven amigo que holgazaneaba despreocupadamente en su silla. Ya no había lugar a dudas sobre lo que estaba sucediendo. La «charla tonta» se había traducido en una acción aterradora.

—Creo que una ostra de la pradera sobre un buen brandy con soda podría salvar mi razón —dijo Belturbet débilmente, mientras cojeaba hacia su club.

Fue tarde en el día antes de que pudiera calmar sus nervios lo suficiente como para echar un vistazo a los periódicos de la tarde. El informe parlamentario resultó ser una lectura significativa, y confirmó los temores que había estado tratando de sacudirse. El señor Ap Dave, el Canciller, cuyo animado estilo polémico lo congraciaba con sus partidarios y lo enemistaba, políticamente hablando, con sus oponentes, se había levantado en su escaño para ofrecer una disculpa no provocada por haber aludido en un discurso reciente a ciertos contribuyentes que protestaban como «holgazanes». Se había dado cuenta, tras reflexionar, de que con toda probabilidad eran perfectamente honestos en su incapacidad para comprender ciertos tecnicismos legales de las nuevas leyes de finanzas. La Cámara apenas se había recuperado de esta sensación cuando Lord Hugo Sizzle causó un nuevo revuelo de asombro al desviarse de su camino para permitirse una apreciación franca

de la equidad, la lealtad y la franqueza no solo del Canciller, sino de todos los miembros del Gabinete. Un ingenioso había sugerido gravemente levantar la sesión de la Cámara en vista de las circunstancias inesperadas que habían surgido.

Belturbet ojeó ansiosamente otra noticia impresa inmediatamente debajo del informe parlamentario: «Gato montés encontrado en estado de agotamiento en Palace Yard».

«Ahora me pregunto cuál de ellos...», reflexionó, y entonces se le ocurrió una idea espantosa. «¡Suponiendo que los haya metido a ambos en la misma bestia!». Apresuradamente pidió otra ostra de la pradera.

Belturbet era conocido en su club como un bebedor estrictamente moderado; su consumo de estimulantes alcohólicos ese día dio lugar a considerables comentarios.

Los acontecimientos de los días siguientes fueron picantemente desconcertantes para el mundo en general; para Belturbet, que sabía vagamente lo que estaba sucediendo, la situación estaba cargada de alarmas recurrentes. El viejo dicho de que en política lo inesperado siempre sucede recibió una justificación que hasta entonces le había faltado, y la epidemia de sorprendentes cambios de frente personales no se limitó por completo al ámbito de la política real. El eminente magnate del chocolate, Sadbury, cuya antipatía por las carreras de caballos y todo lo relacionado con ellas era de conocimiento general, evidentemente había sido reemplazado por un Ángel-Sadbury, que procedió a electrizar al público floreciendo como propietario de caballos de carreras, dando como razón su convicción madurada de que el deporte era, después de todo, uno que proporcionaba una recreación saludable al aire libre a un gran número de personas de todas las clases de la comunidad, e incidentalmente estimulaba la importante industria de la cría de caballos. Sus colores, aros de chocolate y crema salpicados de estrellas rosas, prometían volverse tan populares como cualquiera en las pistas. Al mismo tiempo, para dar efecto a su condena de los males resultantes de la propagación del hábito del juego entre las clases trabajadoras, que en su mayoría vivían al día, suprimió todas las noticias sobre apuestas y los pronósticos de los informadores en el popular periódico vespertino que estaba bajo su control. Su acción recibió un reconocimiento y apoyo instantáneos del Ángel-propietario del *Evening Views*, el principal periódico rival

de la tarde, quien de inmediato emitió un ucase decretando una prohibición similar sobre las noticias de apuestas, y en poco tiempo la prensa vespertina regular fue purgada de toda mención de precios de salida y probables ganadores. Una caída considerable en la circulación de todos estos periódicos fue el resultado inmediato, acompañada, por supuesto, de una disminución en el valor publicitario, mientras que una cosecha de hojas sueltas especiales sobre apuestas surgió para satisfacer la necesidad recién creada. Bajo su influencia, el hábito de apostar se difundió si cabe aún más que antes. El Duque posiblemente había pasado por alto la futilidad de *koepenickear* a los líderes de la nación con sustitutos angelicales excelentemente intencionados, mientras dejaba a la masa del pueblo en su condición original.

Mayor sensación y dislocación se causó en el mundo de la prensa por el súbito y dramático *rapprochement* que tuvo lugar entre el Ángel-Editor del *Scrutator* y el Ángel-Editor del *Anglian Review*, quienes no solo dejaron de criticar y menospreciar el tono y las tendencias de la publicación del otro, sino que acordaron intercambiar editoriales por períodos alternos. Aquí nuevamente el apoyo público no estuvo del lado de los ángeles; los lectores constantes del *Scrutator* se quejaron amargamente de la carne fuerte que se les imponía a intervalos irregulares en lugar de la dieta casi vegetariana a la que se habían acostumbrado con confianza; incluso aquellos que no eran mentalmente adversos a la carne fuerte como un plato separado se molestaron, con razón, de que se les sirviera en las páginas del *Scrutator*. Enfrentarse de repente a una ensalada de arenque picante cuando uno se había preparado para el té y las tostadas, o descubrir un segmento ricamente trufado de *pâté de foie* disimulado en un tazón de pan con leche, sería una experiencia que podría alterar la ecuanimidad del mortal más plácidamente dispuesto. Un clamor igualmente vehemente surgió de los suscriptores regulares del *Anglian Review* que protestaron por que se les sirviera de vez en cuando un plato literario que ninguna persona joven de dieciséis años podría desear devorar en secreto. Tomar infinitas precauciones, se quejaban, contra la lectura juvenil de una literatura tan eminentemente inocua era como leer el Acta de Revueltas en una isla deshabitada. Ambas revistas sufrieron una seria caída en la circulación y la influencia. La paz tiene sus devastaciones, así como la guerra.

Las esposas de hombres públicos notables formaron otro elemento de desconcierto que el joven Duque había dejado casi por completo fuera de sus cálculos. Es suficientemente embarazoso mantenerse al día con los posibles tambaleos y virajes de un marido humano, quien, por la fuerza o la debilidad de su carácter personal, puede saltar por encima o deslizarse a través de las barreras que dividen a los partidos; por esta razón, un político misericordioso generalmente se casa tarde en la vida, cuando ha decidido definitivamente en qué lado desea que su esposa sea socialmente valiosa. Pero estas pruebas no eran nada en comparación con el desconcierto causado por los maridos-ángeles que parecían en algunos casos haber revolucionado su visión de la vida en el intervalo entre el desayuno y la cena, sin premonición ni preparación de ningún tipo, y aparentemente sin darse cuenta de la menor necesidad de una explicación posterior. La paz temporal que reinaba sobre la situación parlamentaria no se reproducía en absoluto en los círculos familiares de los principales estadistas y políticos. Se había comentado frecuente y extensamente de la señora Exe que pondría a prueba la paciencia de un ángel; ahora las tornas se habían invertido, y ella, sin saberlo, tuvo la oportunidad de descubrir que la capacidad de comportamiento exasperante no estaba toda de un lado.

Y entonces, con la presentación de los Presupuestos de la Marina, la paz parlamentaria se disolvió de repente. Era la vieja disputa entre los ministros y la oposición sobre la adecuación o no del programa naval del Gobierno. El Ángel-Quinston y el Ángel-Hugo-Sizzle lograron mantener los debates libres de personalismos y pullas, pero se creó una enorme sensación cuando el elegante y lánguido Halfan Halfour amenazó con traer a cincuenta mil partidarios para destrozar la Cámara si los Presupuestos no se revisaban de inmediato sobre una base de Dos Potencias. Fue una escena memorable cuando se levantó en su escaño, en respuesta a los gritos escandalizados de sus oponentes, y tronó: «¡Caballeros, me glorío en el nombre de Apache!».

Belturbet, que había hecho varios intentos infructuosos de llamar a su joven amigo desde la fatídica mañana en St. James's Park, lo localizó una tarde en su club, pulcro, elegante e imperturbable como siempre.

—Dime, ¿en qué diablos has convertido a Cocksley Coxon? —preguntó Belturbet ansiosamente, mencionando el nombre de uno de los pilares de la heterodoxia en la Iglesia Anglicana—. No creo que *crea* en los ángeles, y si encuentra a un ángel predicando sermones ortodoxos desde su púlpito

mientras él ha sido convertido en un fox-terrier, desarrollará la rabia en menos que canta un gallo.

—Creo recordar que era un fox-terrier —dijo el Duque perezosamente.

Belturbet gimió pesadamente y se hundió en una silla.

—Escucha, Eugène —susurró con voz ronca, habiendo mirado primero a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera al alcance del oído—, tienes que parar esto. Los Consols están saltando arriba y abajo como broncos, y ese discurso de Halfour en la Cámara anoche simplemente ha asustado a todo el mundo. Y luego, encima de todo, Thistlebery...

—¿Qué ha estado diciendo? —preguntó el Duque rápidamente.

—Nada. Eso es precisamente lo que es tan inquietante. Todo el mundo pensaba que era simplemente inevitable que saliera con un gran discurso que hiciera época en esta coyuntura, y acabo de ver en el teletipo que se ha negado a dirigirse a ninguna reunión por el momento, dando como razón su opinión de que se necesitaba algo más que meros discursos.

El joven Duque no dijo nada, pero sus ojos brillaron con una exultación silenciosa.

—Es tan impropio de Thistlebery —continuó Belturbet—; al menos —dijo con recelo—, es impropio del *verdadero* Thistlebery...

—El verdadero Thistlebery está volando por ahí como una avefría vocalmente industriosa —dijo el Duque con calma—; espero grandes cosas del Ángel-Thistlebery —añadió.

En ese momento hubo una estampida magnética de miembros hacia el vestíbulo, donde los teletipos estaban anunciando algunas noticias de importancia más que ordinaria.

«GOLPE DE ESTADO en el Norte. Thistlebery toma el Castillo de Edimburgo. Amenaza con una guerra civil a menos que el Gobierno amplíe el programa naval».

En el babel que siguió, Belturbet perdió de vista a su joven amigo. Durante la mayor parte de la tarde buscó en un posible refugio tras otro, espoleado por los sensacionales carteles que los periódicos de la tarde exhibían por todo el West End. «El General Baden-Baden moviliza a los Boy-

Scouts. Se teme otro GOLPE DE ESTADO. ¿Está seguro el Castillo de Windsor?». Este fue uno de los primeros carteles, y fue seguido por uno de un cariz aún más siniestro: «¿Tendrá que posponerse el partido de críquet?». Fue esta inquietante pregunta la que hizo comprender la verdadera gravedad de la situación al público londinense, y hizo que la gente se preguntara si no se pagaría un precio demasiado alto por las ventajas del gobierno de partidos. Belturbet, buscando en la esperanza de encontrar al originador del problema, con una vaga idea de poder inducirlo a restaurar las cosas a su estado humano normal, se encontró con un conocido anciano del club que se dedicaba extensamente a algunos de los valores de mercado más sensibles. Estaba pálido de indignación, y su palidez se acentuó cuando un vendedor de periódicos sin aliento pasó corriendo con un cartel que decía: «El distrito electoral del Primer Ministro acosado por salteadores. Halfour envía un telegrama de aliento a los alborotadores. Letchworth Garden City amenaza con represalias. Los extranjeros se refugian en las Embajadas y en el Club Nacional Liberal».

— ¡Esto es obra del diablo! —dijo enojado.

Belturbet sabía que no era así.

Al final de St. James's Street, una furgoneta de reparto de periódicos, que acababa de llegar rápidamente por Pall Mall, estaba rodeada por un grupo de gente que hablaba animadamente, y por primera vez esa tarde Belturbet oyó expresiones de alivio y felicitación.

Mostraba un cartel con el bienvenido anuncio: «Crisis terminada. El Gobierno cede. Importante expansión del programa naval».

No parecía haber una necesidad inmediata de continuar la búsqueda del Duque errante, y Belturbet se dispuso a volver a casa a través de St. James's Park. Su mente, sintonizada con las alarmas y excursiones de la tarde, se dio cuenta vagamente de que alguna excitación de naturaleza ajena estaba ocurriendo a su alrededor. A pesar de la fermentación política que reinaba en las calles, una multitud bastante grande se había reunido para observar el desarrollo de una tragedia que había tenido lugar en la orilla del estanque ornamental. Un gran cisne negro, que recientemente había mostrado signos de una disposición salvaje y peligrosa, había atacado de repente a un joven caballero que caminaba por la orilla, lo había arrastrado bajo la superficie y lo había ahogado antes de que nadie pudiera acudir en su ayuda. En el mo-

mento en que Belturbet llegó al lugar, varios guardas del parque estaban ocupados levantando el cadáver en una barca. Belturbet se agachó para recoger un sombrero que yacía cerca de la escena de la lucha. Era un elegante sombrero de fieltro suave, que recordaba ligeramente a Houbigant.

Pasó más de un mes antes de que Belturbet se recuperara lo suficiente de su ataque de postración nerviosa como para interesarse de nuevo por lo que sucedía en el mundo de la política. La sesión parlamentaria seguía en pleno apogeo, y se avecinaban unas elecciones generales en un futuro próximo. Pidió un lote de periódicos de la mañana y ojeó rápidamente los discursos del Canciller, Quinston y otros líderes ministeriales, así como los de los principales campeones de la oposición, y luego se recostó en su silla con un suspiro de alivio. Evidentemente, el hechizo había dejado de actuar después de la tragedia que había sobrevenido a su invocador. No había rastro de ángel en ninguna parte.

LA REMODELACIÓN DE GROBY LINGTON

«Dime con quién andas y te diré quién eres».

En el salón de la mañana de la casa de su cuñada, Groby Lington se deshacía de los minutos que pasaban con la inquieta y recatada agitación de la mediana edad avanzada. Faltaba aproximadamente un cuarto de hora para que fuera el momento de despedirse y cruzar la plaza del pueblo hasta la estación, con una selecta escolta de sobrinos y sobrinas. Era un hombre de buen natural y amable disposición, y en teoría estaba encantado de hacer visitas periódicas a la esposa e hijos de su difunto hermano William; en la práctica, prefería infinitamente la comodidad y el aislamiento de su propia casa y jardín, y la compañía de sus libros y su loro a estas incursiones bastante vacías y tediosas en un círculo familiar con el que tenía poco en común. No era tanto el acicate de su propia conciencia lo que lo impulsaba a hacer el ocasional y corto viaje en tren para visitar a sus parientes, como una concesión obediente a la conciencia más insistente pero vicaria de su hermano, el Coronel John, quien era propenso a acusarlo de descuidar a la familia del pobre y viejo William. Groby solía olvidar o ignorar la existencia de sus parientes vecinos hasta que se veía amenazado por una visita del Coronel, momento en el cual arreglaba las cosas con una apresurada peregrinación a través de las pocas millas de campo intermedio para renovar su conocimiento con los jóvenes y asumir un interés amable, aunque algo forzado, en el bienestar de su cuñada. En esta ocasión, había apurado tanto el tiempo entre su visita exculpatoria y la llegada del Coronel John, que

apenas llegaría a casa antes de que este último debiera llegar. De todos modos, Groby ya lo había superado, y podrían pasar seis o siete meses decentemente antes de que necesitara sacrificar de nuevo sus comodidades e inclinaciones en el altar de la sociabilidad familiar. Estaba inclinado a estar claramente alegre mientras saltaba por la habitación, cogiendo primero un objeto, luego otro, y sometiendo cada uno a un breve escrutinio de pájaro.

Al poco, su alegre apatía cambió bruscamente a una actitud de atención molesta. En un álbum de recortes de dibujos y caricaturas perteneciente a uno de sus sobrinos, se había topado con un boceto cruelmente ingenioso de él mismo y su loro, enfrentándose solemnemente en posturas de ridícula gravedad y reposo, y guardando un parecido entre sí que el artista había hecho todo lo posible por acentuar. Después de que el primer rubor de molestia hubo pasado, Groby se rio con buen humor y admitió para sí la habilidad del dibujo. Luego, el sentimiento de resentimiento lo poseyó de nuevo, resentimiento no contra el caricaturista que había encarnado la idea en pluma y tinta, sino contra la posible verdad que la idea representaba. ¿Era realmente el caso que la gente llegaba con el tiempo a parecerse a los animales que tenían como mascotas, y se había vuelto él inconscientemente cada vez más como el pájaro cómicamente solemne que era su compañero constante? Groby estuvo inusualmente silencioso mientras caminaba hacia el tren con su escolta de sobrinos y sobrinas parlanchines, y durante el corto viaje en tren su mente se vio cada vez más poseída por una convicción introspectiva de que se había instalado gradualmente en una especie de existencia de loro. ¿A qué, después de todo, se reducía su rutina diaria sino a un deambular, picotear y posarse sereno, en su jardín, entre sus árboles frutales, en su silla de mimbre en el césped, o junto a la chimenea en su biblioteca? ¿Y cuál era la suma total de su conversación con los vecinos con los que se encontraba por casualidad? «Un día muy primaveral, ¿no es así?». «Parece que va a llover». «Me alegro de verle de nuevo por aquí; debe cuidarse». «Cómo crecen los jóvenes, ¿verdad?». Le vinieron a la mente sartas de comentarios estúpidos, inevitables y superficiales, comentarios que ciertamente no eran el intercambio mental de inteligencias humanas, sino mera palabrería vacía de loro. Realmente, uno podría saludar a sus conocidos con un «¡Lorito bonito! ¡Miau, miau!». Groby comenzó a enfurecerse contra la imagen de sí mismo como un ave tonta y emplumada que el boceto de su sobrino había sugerido primero, y que su propia imaginación acusadora estaba llenando con detalles tan poco halagadores.

—Regalaré a ese pájaro asqueroso —dijo resentido; aunque sabía al mismo tiempo que no haría tal cosa. Parecería tan absurdo, después de todos los años que había tenido al loro y lo había mimado, tratar de encontrarle de repente un nuevo hogar.

—¿Ha llegado mi hermano? —preguntó al mozo de cuadra, que había venido con el coche de ponis a recibirlo.

—Sí, señor, llegó en el de las dos y cuarto. Su loro ha muerto. —El muchacho hizo este último anuncio con el deleite que su clase encuentra en proclamar una catástrofe.

—¿Mi loro muerto? —dijo Groby—. ¿Cuál fue la causa de su muerte?

—El bicho ese —dijo el muchacho brevemente.

—¿El bicho ese? —preguntó Groby—. ¿Qué es eso?

—El bicho que trajo el Coronel con él —fue la respuesta bastante alarmante.

—¿Quiere decir que mi hermano está enfermo? —preguntó Groby—. ¿Es algo infeccioso?

—El Coronel está tan bien como siempre —dijo el muchacho; y como no hubo más explicaciones, Groby tuvo que armarse de paciencia desconcertada hasta llegar a casa. Su hermano lo esperaba en la puerta principal.

—¿Has oído lo del loro? —preguntó de inmediato—. ¡Por mi alma, lo siento muchísimo! En el momento en que vio al mono que había traído como sorpresa para ti, graznó «¡Que te den, señor!», y el bendito mono dio un salto hacia él, lo agarró por el cuello y lo hizo girar como una matraca. Estaba más muerto que una piedra para cuando lo saqué de las garras del pequeño diablo. Siempre ha sido una bestia tan amigable, el mono, nunca habría pensado que tuviera dentro de sí la capacidad de ver rojo de esa manera. No puedo decirte cuánto lo siento, y ahora, por supuesto, odiarás al mono.

—En absoluto —dijo Groby sinceramente. Unas horas antes, el trágico final que había sufrido su loro se le habría presentado como una calamidad; ahora llegaba casi como una amable atención por parte de los Hados.

—El pájaro se estaba haciendo viejo, ya sabes —continuó, en explicación de su obvia falta de un decente pesar por la pérdida de su mascota—. Realmente empezaba a preguntarme si era una amabilidad pura dejarlo seguir viviendo hasta que sucumbiera a la vejez. ¡Qué mono tan encantador! —añadió, cuando le presentaron al culpable.

El recién llegado era un pequeño mono de cola larga del Hemisferio Occidental, con un comportamiento gentil, medio tímido y medio confiado que capturó instantáneamente la confianza de Groby; un estudioso del carácter simio podría haber visto en la intermitente luz roja de sus ojos alguna indicación del temperamento subyacente que el loro había puesto a prueba tan imprudentemente con consecuencias tan dramáticas para sí mismo. Los sirvientes, que habían llegado a considerar al difunto pájaro como un miembro regular de la casa, y uno que realmente daba muy pocos problemas, se escandalizaron al encontrar a su sanguinario agresor instalado en su lugar como una honrada mascota doméstica.

—Un bicho pagano y asqueroso que nunca dice nada sensato y alegre, como hacía el pobre Polly —fue el veredicto desfavorable de las cocinas.

Un domingo por la mañana, unos doce o catorce meses después de la visita del Coronel John y la tragedia del loro, la señorita Wepley estaba sentada decorosamente en su banco en la iglesia parroquial, inmediatamente delante del que ocupaba Groby Lington. Era, comparativamente hablando, una recién llegada al vecindario, y no conocía personalmente a su compañero de culto en el asiento de atrás, pero durante los últimos dos años el servicio dominical los había traído regularmente dentro de la esfera de conciencia del otro. Sin haber prestado particular atención al tema, probablemente podría haber dado una interpretación correcta de la forma en que él pronunciaba ciertas palabras que aparecían en las respuestas, mientras que él era muy consciente del hecho trivial de que, además de su libro de oraciones y su pañuelo, un pequeño paquete de papel de pastillas para la garganta siempre reposaba en el asiento a su lado. La señorita Wepley rara vez recurría a sus pastillas, pero en caso de que le diera un ataque de tos, deseaba tener la emergencia debidamente prevista. En este domingo en particular, las pastillas ocasionaron una diversión inusual en el curso uniforme de sus devociones, mucho más perturbadora para ella personalmente de lo que habría sido un prolongado ataque de tos. Al levantarse para participar en el canto del primer himno, le pareció ver que la mano de su vecino, que estaba

solo en el banco de atrás, hacía un furtivo movimiento hacia abajo para agarrar el paquete que yacía en el asiento; al volverse bruscamente, descubrió que el paquete ciertamente había desaparecido, pero el señor Lington estaba, a todas luces, serenamente absorto en su himnario. Ninguna cantidad de miradas interrogativas por parte de la dama despojada pudo traer la menor sombra de culpa consciente a su rostro.

«Lo peor estaba por venir», como comentó después a una escandalizada audiencia de amigos y conocidos. «Apenas me había arrodillado para orar cuando una pastilla, una de mis pastillas, llegó zumbando al banco, justo debajo de mi nariz. Me di la vuelta y miré fijamente, pero el señor Lington tenía los ojos cerrados y los labios moviéndose como si estuviera orando. En el momento en que reanudé mis devociones, otra pastilla llegó traqueteando, y luego otra. No hice caso durante un rato, y luego me di la vuelta de repente justo cuando el espantoso hombre estaba a punto de lanzarme otra. Rápidamente fingió estar pasando las hojas de su libro, pero esa vez no me dejé engañar. Vio que había sido descubierto y no llegaron más pastillas. Por supuesto, he cambiado de banco».

—Ningún caballero habría actuado de una manera tan vergonzosa —dijo una de sus oyentes—; y sin embargo, el señor Lington solía ser tan respetado por todos. Parece haberse comportado como un colegial maleducado.

—Se comportó como un mono —dijo la señorita Wepley.

Su veredicto desfavorable encontró eco en otros lugares por la misma época. Groby Lington nunca había sido un héroe a los ojos de sus sirvientes personales, pero había compartido la aprobación concedida a su difunto loro como un ser alegre y de buena disposición, que no daba problemas particulares. En los últimos meses, sin embargo, este carácter difícilmente habría sido respaldado por los miembros de su establecimiento doméstico. El mozo de cuadra impasible, que le había anunciado por primera vez el trágico final de su mascota emplumada, fue uno de los primeros en dar voz a los murmullos de desaprobación que se volvieron rampantes y generales en las dependencias de los sirvientes, y tenía motivos bastante sólidos para su desafección. En un estallido de calor veraniego, había obtenido permiso para bañarse en un estanque de tamaño modesto en el huerto, y hacia allí una tarde Groby había dirigido sus pasos, atraído por fuertes imprecaciones de ira mezcladas con el parloteo más agudo del lenguaje de los monos. Vio a

su regordete y diminuto sirviente, vestido solo con un chaleco y un par de calcetines, increpando ineficazmente al mono, que estaba sentado en una rama baja de un manzano, manoseando distraídamente el resto del atuendo del muchacho, que había retirado justo fuera de su alcance.

—El bicho ese me ha quitado la ropa —se quejó el muchacho, con la pasión de su clase por explicar lo obvio. Su atuendo incompleto lo avergonzaba un poco, pero recibió la llegada de Groby con alivio, como una promesa de apoyo moral y material en sus esfuerzos por recuperar sus prendas saqueadas. El mono había cesado su parloteo desafiante, y sin duda con un poco de persuasión de su amo devolvería el botín.

—Si te levanto —sugirió Groby—, apenas podrás alcanzar la ropa.

El muchacho estuvo de acuerdo, y Groby lo agarró firmemente por el chaleco, que era casi todo lo que había para agarrar, y lo levantó del suelo. Luego, con un hábil impulso, lo lanzó contra un macizo de altas ortigas, que se cerraron receptivamente a su alrededor. La víctima no había sido educada en una escuela que enseña a reprimir las emociones; si un zorro hubiera intentado roerle las entrañas, habría corrido a quejarse al comité de caza más cercano en lugar de adoptar una actitud de estoica indiferencia. En esta ocasión, el volumen de sonido que produjo bajo el estímulo del dolor, la rabia y el asombro fue generoso y sostenido, pero por encima de sus bramidos podía oír distintamente el parloteo triunfante de su enemigo en el árbol, y una carcajada aguda de Groby.

Cuando el muchacho terminó una caracola improvisada de San Vito, que le habría dado fama en los escenarios del Coliseo, y que de hecho encontró pronta apreciación y aplauso de la figura en retirada de Groby Lington, descubrió que el mono también se había retirado discretamente, mientras que su ropa estaba esparcida en la hierba al pie del árbol.

—Son dos bichos, eso es lo que son —murmuró enojado, y si su juicio era severo, al menos hablaba bajo el aguijón de una considerable provocación.

Fue una o dos semanas después que la doncella dio su preaviso, habiendo sido aterrorizada casi hasta las lágrimas por un arrebató de repentina ira por parte del amo a propósito de unas chuletas poco hechas. —Me rechinó los

dientes, de verdad que sí —informó a una comprensiva audiencia en la cocina.

—Me gustaría verle hablarme así a mí, sí que me gustaría —dijo la cocinera desafiante, pero su cocina a partir de ese momento mostró una notable mejora.

Era raro que Groby Lington se apartara tanto de sus costumbres habituales como para ir a formar parte de una fiesta en una casa, y no le picó poco que la señora Glenduff lo hubiera alojado en la rancia y vieja ala georgiana de la casa, en la habitación contigua, además, a Leonard Spabbink, el eminente pianista.

—Toca a Liszt como un ángel —había sido el entusiasta testimonio de la anfitriona.

—Puede tocarlo como una trucha por lo que a mí respecta —había sido el comentario mental de Groby—, pero no me importaría apostar a que ronca. Es justo el tipo y la forma que lo haría. Y si lo oigo roncar a través de esas ridículas paredes de paneles delgados, habrá problemas.

Lo oyó, y los hubo.

Groby lo soportó durante unos dos minutos y cuarto, y luego se abrió paso por el pasillo hasta la habitación de Spabbink. Bajo las enérgicas medidas de Groby, la figura flácida y redundante del músico se incorporó en una desconcertada semiconsciencia, como un helado al que se le ha enseñado a pedir. Groby lo espoléó hasta despertarlo por completo, y entonces el pianista petulante y satisfecho de sí mismo perdió por completo los estribos y le dio una bofetada en la mano a su dominante visitante. Al instante siguiente, Spabbink estaba siendo casi asfixiado y muy eficazmente amordazado con una funda de almohada fuertemente atada alrededor de su cabeza, mientras sus regordetas extremidades en pijama eran arrastradas fuera de la cama y abofeteadas, pellizcadas, pateadas y golpeadas en un avance de lucha libre por el suelo, hacia la bañera plana y poco profunda en cuyas profundidades completamente inadecuadas Groby se esforzaba perseverantemente por ahogarlo. Durante unos momentos, la habitación estuvo casi a oscuras: la vela de Groby se había volcado en una etapa temprana de la refrigera, y su parpadeo apenas llegaba al lugar donde las salpicaduras, los golpes, los gritos ahogados y los borboteos, y un parloteo de rabia simiesca

hablaban de la lucha que se libraba en las orillas de la bañera. Unos instantes después, el combate desigual fue brillantemente iluminado por el resplandor de las cortinas en llamas y los paneles que se encendían rápidamente.

Cuando los miembros de la fiesta, apresuradamente despertados, salieron en estampida al césped, el ala georgiana estaba bien encendida y arrojaba masas de humo, pero pasaron algunos momentos antes de que Groby apareciera con el pianista medio ahogado en sus brazos, habiendo recordado justo a tiempo las superiores facilidades para ahogar que ofrecía el estanque al fondo del césped. El aire fresco de la noche aplacó su ira, y cuando descubrió que era inocentemente aclamado como el heroico rescatador del pobre Leonard Spabbink, y alabado en voz alta por su presencia de ánimo al atarle un paño húmedo alrededor de la cabeza para protegerlo de la asfixia por humo, aceptó la situación, y posteriormente dio un vívido relato de cómo encontró al músico dormido con una vela volcada a su lado y el incendio bien comenzado. Spabbink dio *su* versión unos días después, cuando se hubo recuperado parcialmente del shock de su castigo e inmersión de medianoche, pero las suaves sonrisas compasivas y los comentarios evasivos con que fue recibida su historia le advirtieron que el oído del público no estaba a su disposición. Se negó, sin embargo, a asistir a la presentación ceremonial de la medalla de salvamento de la Royal Humane Society.

Fue por esta época que el mono mascota de Groby cayó víctima de la enfermedad que ataca a tantos de su especie cuando se les somete a la influencia de un clima norteño. Su amo pareció estar profundamente afectado por su pérdida, y nunca recuperó del todo el nivel de ánimo que había alcanzado recientemente. En compañía de la tortuga, que el Coronel John le regaló en su última visita, deambula por su césped y su huerto, sin nada de su antigua vivacidad; y sus sobrinos y sobrinas tienen bastante justificación al referirse a él como «el viejo Tío Groby».

AGRADECIMIENTOS

«El trasfondo» apareció originalmente en la *Leinsters' Magazine*; «La estampida de Lady Bastable» en el *Daily Mail*; «El tigre de la señora Packletide», «La guirnalda», «La ofrenda de paz», «Filboid Studge» y «Ministros de gracia» (en forma abreviada) en el *Bystander*; y el resto de los cuentos (con la excepción de «La música en la colina», «La historia de San Vespalus», «El pecado secreto de Septimus Brope», «La remodelación de Groby Lington» y «El camino a la lechería», que nunca han sido publicados previamente) en la *Westminster Gazette*. Agradezco a los editores de estos periódicos su amable permiso para reimprimirlos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB